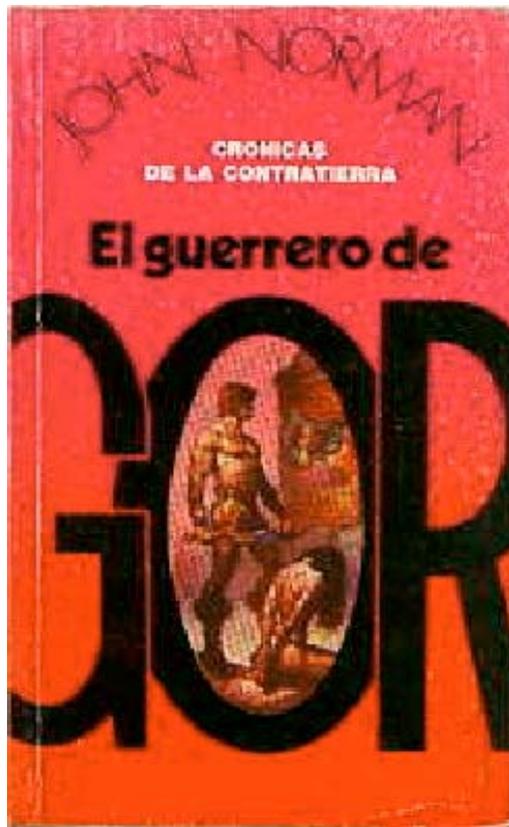


EL GUERRERO DE GOR



Crónicas de la contratierra/1
John Norman



John Norman

Título Original: Tarnsman of Gor

Traducción: Carlota Romero

© 1967 by John Norman

© 1981 Editorial Lidiun

Florida 336 - Buenos Aires

Edición digital: Arant

R6 11/02

1 - UN PUÑADO DE TIERRA

Me llamo Tarl Cabot. Mi apellido, según dicen, deriva del nombre italiano Caboto, pero yo no sé de ninguna vinculación al respecto, tanto más que mi familia, unos modestos comerciantes de Bristol, mi familia se caracterizó por tener un color de piel claro y el pelo llamativamente rojo y rebelde. También mi nombre de pila es poco común y, especialmente en mi época estudiantil, me ocasionó más de un disgusto. Este nombre me lo dio mi padre, que desapareció de mi vida cuando yo era aún muy joven. Lo consideraba muerto hasta que, casi veinte años después de su desaparición, recibí de él un extraño mensaje. Mi madre falleció aproximadamente en la época en que comencé a ir a la escuela. Los detalles biográficos suelen ser una lectura fatigosa; por ello me limitaré a comentar que fui un niño inteligente, bastante evolucionado para mi edad, y que me educó una tía, que me dio todo lo que un niño puede desear, todo menos amor.

Pude también terminar decorosamente mis estudios en la Universidad de Oxford y por fin me encontré, adecuadamente educado, en el umbral de la vida, con la convicción de que no podría integrarme sin más en el mundo del que me hablaban los libros. Dado que me había desempeñado bastante bien en mis estudios de historia inglesa me presenté como aspirante al cargo de profesor de Historia, ante varios pequeños colleges norteamericanos. Mis profesores de Oxford tuvieron la amabilidad de confirmar, con recomendaciones escritas, el informe algo exagerado acerca de mi formación y, de este modo, hallé finalmente un pequeño y liberal instituto en New Hampshire dispuesto a admitirme.

Yo estaba seguro de que pronto se enterarían de la verdad, pero, por el momento, tenía un pasaje pagado a los Estados Unidos y un puesto en el que podría desempeñarme por lo menos un año. Esta circunstancia me resultaba muy grata, si bien no podía liberarme de la sospecha de que fundamentalmente me habían incorporado como elemento exótico; con seguridad existían otros aspirantes norteamericanos que, exceptuando mi inconfundible acento británico, me superaban en mucho en cuanto a conocimientos y a recomendaciones.

Los Estados Unidos me gustaron mucho, a pesar de que en el primer semestre tuve que esforzarme bastante para poder aventajar al menos en algo a mis alumnos. Hice el descubrimiento poco grato de que, por el solo hecho de ser inglés, no se es automáticamente también una autoridad en el campo de la historia inglesa. Por suerte, mi superior, un hombre benévolo que usaba anteojos, sabía aún menos que yo sobre el tema, o al menos así me lo hizo creer.

Las vacaciones de Navidad me resultaron sumamente útiles; me proponía aprovechar el tiempo libre para lograr adelantarme algo más con respecto a mis alumnos. Pero después de todas las pruebas y exámenes del primer semestre sentí el deseo irresistible de dejar de lado al Imperio Británico y usar mis días libres para hacer una excursión, pensaba irme de campamento a las White Mountains, próximas a mí lugar de trabajo.

A uno de mis pocos amigos del instituto le pedí prestado un equipo para acampar y el mismo me llevó en su coche hasta las montañas. Nos pusimos de acuerdo en que, exactamente al cabo de tres días, volvería a buscarme en el mismo lugar. Mi primera precaución fue la de revisar mi brújula, como si ya supiera exactamente lo que habría de sucederme; poco después me encontraba caminando en medio del bosque. No temía el encuentro con la naturaleza; más bien me sentía a gusto de hallarme solo entre los pinos verdes y los campos de nieve.

Habría caminado unas dos horas cuando empezó a pesarme la mochila sobre la espalda. Me detuve para ingerir una comida fría y poco después me interné aún más en las montañas.

Al anochecer coloqué mis cosas sobre una meseta rocosa y comencé a juntar leña para hacer fuego. Me había alejado algunos metros de mi campamento provisional cuando me detuve desconcertado. En la oscuridad, a mi izquierda, algo emitía un brillo azul, sereno. Cautelosamente me acerqué al objeto. Parecía tratarse de un sobre de metal, rectangular, apenas más grande que un sobre común. Lo toqué y me pareció que estaba caliente. Mis cabellos se erizaron, mis pupilas se dilataron. En el sobre se leían en letras inglesas antiguas dos palabras: mi nombre, Tarl Cabot.

Naturalmente, se trataba de una broma. De alguna manera mi amigo me había seguido y se escondía en la oscuridad. Me reí y lo llamé por el nombre, pero no hubo respuesta. Después de una búsqueda infructuosa, que me irritó bastante, llegué a la conclusión de que había dejado el sobre con el fin de que yo lo encontrara. Lo tomé en la mano. Me pareció más frío, si bien seguía irradiando cierto calor. A decir verdad, era un objeto extraño.

Lo llevé a mi campamento y encendí el fuego que debía protegerme del frío y de la oscuridad. Respiraba con dificultad; el corazón me latía violentamente. Tenía miedo.

Moviéndome lentamente calenté una lata de habas y las comí para desviar, mediante una actividad rutinaria, mis pensamientos del sobre inquietante. Cuando por fin volví a observarlo ya no estaba caliente. ¿Cuánto tiempo había estado allí en el bosque? Casi parecería que su brillo sólo hubiera tenido como propósito atraer mi atención, y ese propósito se había logrado.

La escritura, que parecía incrustada en el metal, me recordaba las reproducciones de documentos en mis libros de Historia. El sobre no tenía juntas; al pasar mi pulgar por encima de él no dejó ninguna huella. De mala gana cogí el abridor de latas y traté de atravesar el sobre con la punta de metal. A pesar de lo liviano que parecía ser, opuso tal resistencia al metal, como si tuviera que vérmelas con un yunque. El abridor se torció hacia un lado, mientras el extraño objeto no denotó ni un simple rasguño.

Confundido, volví a observarlo. Sobre el reverso se advertía un pequeño círculo, en el que se veía la impresión de un pulgar. Lo limpié con mi manga, pero la mancha no desapareció. Lo apreté con el dedo índice y no sucedió nada.

Cansado de estas adivinanzas decidí acostarme. Durante mucho tiempo no pude conciliar el sueño, pues me sentía solo, experimentaba una extraña soledad, como si fuera el único ser vivo sobre el planeta. Casi tenía la impresión de que mi destino se hallaba fuera de nuestro pequeño mundo, en otra parte, en otros lejanos, extraños mundos del Universo.

Y de repente se me ocurrió algo y supe qué debía hacer. Ese sobre no era una broma ni un truco. Algo en mi fuero interno sabía la verdad, la había sabido desde el principio. Medio dormido coloqué más leña sobre el fuego crepitante, tomé el sobre y apreté lentamente el pulgar derecho sobre el círculo. Y tal como esperaba, como lo había temido, el sobre, que aparentemente constaba de una sola pieza, se abrió con un crujido.

Un objeto cayó de él: un anillo de metal rojo con un sencillo signo, una «C». En mi estado de excitación apenas reparé en ello. Un texto cubría la parte interior del sobre, con la misma letra que había visto en la parte exterior.

Me quedé helado cuando observé la fecha. La carta había sido escrita el 3 de febrero de 1.640, hace más de trescientos años. Extrañamente, el día en que esto acontecía también era un 3 de febrero. La firma debajo de la carta estaba escrita en caracteres modernos.

Yo conocía esa letra, la había visto una o dos veces sobre cartas que conservaba mi tía, aunque no recordaba a la persona: se trataba de la firma de mi padre, Matthew Cabot, que había desaparecido en mi temprana juventud.

El bosque giraba a mi alrededor. Sentí que no podía moverme. Por un instante perdí el sentido, pero de inmediato di una sacudida, apreté los dientes y me dije que todavía estaba vivo, que no soñaba, que aquí, en mi mano, tenía una carta, que había llegado a

destino trescientos años después de haber sido enviada, escrita por un hombre que, según nuestra cronología, debía tener unos cincuenta años.

Aún hoy recuerdo cada palabra de esa carta:

Escrito el 3 de febrero del año de Nuestro Señor de 1.640

Tarl Cabot, hijo mío:

Perdóname, pero no existe otra alternativa. La decisión ha sido tomada. Haz siempre lo que consideres justo según tu propio interés, pero has sido elegido y no puedes eludir tu destino. Te deseo lo mejor a ti y a tu madre. Lleva contigo el anillo de metal rojo y tráeme, por favor, un puñado de tierra verde.

No conserves esta carta. Debe ser destruida.

Afectuosamente
Matthew Cabot

Leí el texto una y otra vez y mientras lo hacía me iba sintiendo extraordinariamente tranquilo. Estaba seguro de que todavía estaba en mi sano juicio. Metí la carta en la mochila. Debía regresar inmediatamente a la ciudad. No sabía de cuánto tiempo disponía, pero si se trataba de algunas horas, quizá aún lograría llegar a una carretera, un río o una choza.

Lleno de inquietud miré a mi alrededor. De algún modo tenía la sensación de ser observado, una sensación bastante desagradable. Me puse las botas y el abrigo, recogí mi mochila y apagué el fuego.

Algo relumbraba en la ceniza. Me agaché y recogí el anillo. Estaba caliente por el fuego, pero era duro y sólido; un pedazo de realidad. Existía. Lo deslicé dentro del bolsillo de mi abrigo.

Apremiado por el impulso indefinido de abandonar el campamento me marché en la oscuridad. Era algo así como desafiar al destino, porque apenas podía ver mi mano delante de los ojos. Había avanzado a tientas entre los árboles unos veinte minutos cuando advertí horrorizado que se incendiaban la bolsa de dormir y la mochila sobre mi espalda. Con un movimiento precipitado arrojé lejos de mí la carga quemante. Parecía como si estuviera contemplando un alto horno. Yo sabía que la carta era la causa de este infierno y me estremecí al imaginar qué habría ocurrido si hubiera guardado el sobre en el bolsillo del abrigo.

Si reflexiono acerca de esto en la actualidad, resulta en realidad extraño que no haya huido despavorido. Por el contrario, examiné los restos de mi bolsa de dormir con una pequeña linterna y comprobé que, en apariencia, el sobre se había disuelto sin dejar ningún rastro. Al mismo tiempo se percibía un perfume desconocido en el aire.

Reflexioné acerca de si el anillo podría incendiarse de la misma manera, pero aunque parezca extraño, lo puse en duda.

¿Acaso no me habían indicado expresamente que llevara el anillo y me deshiciera de la carta? Una advertencia que, por imprudente, había desoído.

De todos modos, todavía me quedaba la brújula, que representaba un fuerte vínculo con la realidad. La silenciosa llamarada me había confundido; había perdido el sentido de la orientación. Mi brújula me auxiliaría. Pero al tomar la bitácora, me pareció que mi corazón dejaba de latir: la aguja se movía ciegamente trazando un círculo, como si de repente ya no existieran las leyes de la naturaleza.

Por primera vez después de haber hecho el extraño hallazgo perdí la serenidad. La brújula había sido mi ancla, mi apoyo, algo en que confiar. Se escuchó un ruido intenso: indudablemente mi propia voz, que estalló en un alarido repentino y asustado que siempre recordaré con vergüenza.

Momentos después salí corriendo como un animal aterrorizado. Ya no recuerdo cuánto tiempo corrí. Quizá durante algunas horas, quizá sólo unos minutos. Innumerables veces tropecé o caí, y otras tantas veces las ramas de pino se me clavaban en la carne y me retenían.

De repente salió la luna e iluminó la pendiente con su fría luz. Caí al suelo exhausto. Por primera vez en mi vida había sentido un miedo incontrolable, al que me había sometido por completo, como a una fuerza a la que no puede ofrecérsele ninguna resistencia. Debía cuidarme de este poder. Miré a mi alrededor y distinguí la meseta rocosa sobre la que había instalado mi campamento, y las cenizas del fuego. Había regresado al campamento.

Sentí la tierra debajo de mí, la presión contra mis músculos doloridos, el cuerpo bañado en sudor. Y sabía que era bueno sentir dolor. Era importante poder sentir: eso me indicaba que estaba vivo.

Entonces, vi descender la nave. Durante un breve instante pareció una estrella fugaz, luego la distinguí con claridad, como un ancho y grueso disco plateado. Silenciosamente aterrizó sobre la meseta rocosa. Un leve soplo estremeció las hojas en el suelo y me levanté. Al mismo tiempo se abrió una puerta en el costado de la nave. Tenía que entrar en ella. Recordé las palabras de mi padre: «No puedes eludir tu destino». Antes de embarcarme, permanecí un instante de pie y recogí un puñado de tierra verde, en respuesta al pedido de mi padre. También para mí mismo era importante tener algo que representara mi patria. Tierra de mi planeta, de mi mundo.

2 - LA CONTRATIERRA

Cuando desperté, me sentía descansado. No tenía la menor idea acerca de qué había ocurrido conmigo después de mi ascenso a la nave. Abrí los ojos, y casi esperaba encontrarme en mi cuarto en el college. Pero no era así; yacía sobre una superficie lisa, dura, quizás una mesa, en una habitación circular con techo bajo. Las ventanas largas y estrechas me recordaban las cañoneras de torres medievales. A mi derecha colgaba un gran tapiz con una escena de caza. Un grupo de cazadores atacaba a un animal de aspecto desagradable, semejante a un jabalí; aunque, por cierto, en comparación con los hombres, resultaba excesivamente grande. Además tenía cuatro colmillos, que parecían tan afilados como cuchillos.

Del otro lado colgaba un escudo redondo con unas lanzas cruzadas por detrás. El escudo me recordaba los escudos griegos de épocas tempranas, pero no pude descifrar los signos que contenía. Encima del escudo había un casco con una incisión más o menos en forma de Y para los ojos, la nariz y la boca. De las armas, que colgaban allí de la pared, emanaba cierta dignidad severa, como si estuvieran listas para el combate.

Aparte de estos adornos en la pared y de dos bloques de piedra, que quizá servían de sillas, la habitación estaba vacía; las paredes, el techo y el suelo eran lisos como si fueran de mármol. Parecía que no había puertas. Me incorporé, me dejé deslizar por la mesa de piedra y fui hacia una ventana. Miré hacia fuera y vi el Sol, tenía que ser nuestro Sol. Aparentaba ser algo más grande de lo que yo recordaba. El cielo era azul, lo mismo que en la Tierra. Respiraba libremente, y esto me hacía pensar en una atmósfera que contenía mucho oxígeno. Por consiguiente, tenía que estar en la Tierra. Pero cuando seguí mirando a mi alrededor, comencé a darme cuenta de que no podía tratarse de mi planeta de origen. El edificio en el que me encontraba parecía formar parte de un enorme grupo de torres, cilindros planos que se extendían interminablemente, de formas y tamaños diferentes, comunicados entre sí por puentes angostos y coloreados.

No pude asomarme por la ventana lo suficiente como para reconocer también el suelo, pero en la lejanía podían divisarse montañas cubiertas de vegetación verde.

Desconcertado, volví a acercarme a la mesa, contra la cual casi me golpeé la cadera. Sentí como si, a causa de un vahído, hubiera tropezado. Di una vuelta por la habitación y, por fin, salté sobre la mesa de la misma manera que normalmente subo un escalón. Era diferente, era otro movimiento. Sí, debía de tratarse de eso: una fuerza de gravitación menor. El planeta era pues, más pequeño que nuestra Tierra y, de acuerdo con el tamaño aparente del Sol, estaba quizás algo más cerca de él.

Mi vestimenta consistía en una túnica roja, sostenida en las caderas por un cordón amarillo. Vi que me habían colocado el anillo rojo con la «C». Tenía hambre y trataba de concentrarme, pero no me servía de nada. Me veía a mí mismo como a un niño que se encuentra de repente en un mundo de adultos completamente incomprensible.

Un sector de la pared se desplazó hacia un lado y apareció, un hombre alto y pelirrojo. Tendría alrededor de cincuenta años y estaba vestido igual que yo. Evidentemente se trataba de un hombre procedente de la Tierra. Me sonrió, colocó sus manos sobre mis hombros y dijo con cierto dejo de orgullo:

—¿Eres Tarl Cabot?

—Sí, soy Tarl Cabot —respondí.

—Yo soy tu padre —dijo y me dio la mano. El gesto familiar me tranquilizó un poco. Me sentía sorprendido, ya que no sólo aceptaba a este extraño como a un ser de mi mundo, sino también como a aquel padre a quien no podía recordar.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó y sus ojos denotaban preocupación.

—Murió hace mucho tiempo —dije.

Me miró. —De todas fue a ella a la que más quise —dijo, y se apartó. Me sentía furioso conmigo mismo, ya que aun contra mi voluntad sentí compasión por él. ¿Acaso no nos había abandonado a mi madre y a mí? Pero de algún modo me sentí urgido a acercarme a mi padre y colocar mi mano sobre su brazo, a tocarlo. Algo se estaba moviendo dentro de mí, surgían recuerdos vagos y dolorosos que se habían mantenido en estado latente durante muchos años.

—¡Padre! —dije.

Se irguió, se dio la vuelta y me miró con tristeza. —¡Hijo mío! —respondió.

Nos encontramos en la mitad de la habitación y nos abrazamos. Llorábamos los dos. Más tarde me enteraría de que en este mundo un hombre puede mostrar sin reparos sus sentimientos.

Finalmente nos separamos.

Mi padre me examinó con una mirada tranquila. —Ella será la última —dijo—. No tenía derecho a su amor.

Luego hizo una pausa. —Muchas gracias por tu regalo, Tarl Cabot —dijo entonces.

Lo miré sin comprender.

—El puñado de tierra. Un puñado del suelo de mi patria.

Asentí. Yo no deseaba hablar ahora, quería escuchar innumerables cosas que seguramente debía saber.

—Tendrás hambre —me dijo.

—Quisiera saber dónde estoy y para qué estoy aquí —contesté.

—Por supuesto —respondió—. Pero también tienes que comer —sonrió—. Mientras comes algo, hablaremos.

Dio una palmada y un sector de la pared volvió a desplazarse hacia un costado. Me sentí desconcertado. A través de la abertura apareció una muchacha, cuyos cabellos rubios estaban atados por detrás de la cabeza. Llevaba una vestimenta sin mangas, con rayas diagonales. Iba descalza y, como único adorno, lucía un liviano collar de acero alrededor de la garganta. Volvió a desaparecer inmediatamente.

—La puedes tener esta noche, si así lo deseas —dijo mi padre, que apenas pareció advertir la presencia de la muchacha.

Yo no estaba seguro de lo que había querido decir y rehusé.

Ante la insistencia de mi padre empecé a comer. La comida era sencilla, pero exquisita. El pan estaba todavía caliente, la carne parecía proceder de alguna pieza de caza. Las frutas —una especie de uvas y duraznos— eran frescas y estaban frías como la nieve de las montañas. Mientras yo comía mi padre comenzó a hablar.

—Gor —dijo—, así se llama este mundo. En todas las lenguas del planeta esto significa «Piedra del Hogar».

Hizo una pausa. —«Piedra del Hogar» —repitió— En los pueblos de este mundo —prosiguió—, cada choza se ha construido originariamente alrededor de una piedra plana que formaba el centro del edificio circular. En ella se grababa el signo de la familia y se la llamaba Piedra del Hogar. Se trataba en cierto modo de un signo de independencia, una delimitación del espacio vital, y de que cada hombre en su cabaña era su propio amo.

»Más tarde las Piedras del Hogar también se utilizaron para poblados y finalmente para ciudades. La Piedra del Hogar de un pueblo se encuentra siempre sobre la plaza del mercado, y en una ciudad se la conserva siempre sobre la punta de la torre más elevada. Con el pasar del tiempo a la Piedra se le atribuyeron fuerzas místicas, despertaba sentimientos similares a los de los hombres de la Tierra con respecto a sus banderas.

Mi padre se había levantado y parecía que iba entrando en calor al hablar de este tema. Con el correr del tiempo habría de comprender algo acerca de lo que sentía en ese instante. Efectivamente existe una regla en Gor, según la cual el que habla de las Piedras del Hogar debe ponerse de pie en señal de respeto.

—Estas Piedras —prosiguió mi padre— naturalmente se hallan conformadas y coloreadas de manera diferente, y muchas presentan dibujos complicados. Más de una gran ciudad sólo posee una Piedra del Hogar pequeña, insignificante, que seguramente proviene de la época en que la ciudad era un pueblo pequeño. Dondequiera que un hombre coloque su Piedra del Hogar, reclama la tierra para sí. Las buenas tierras sólo son protegidas por las espadas de los terratenientes más poderosos de la región.

—¿Espadas? —pregunté.

—Sí —dijo mi padre, como si se tratara de lo más natural. Sonrió— Todavía tendrás que aprender mucho sobre Gor —dijo— Podría decirse que existe una jerarquía en cuanto a las Piedras del Hogar. Dos soldados que se matarían por una franja de buena tierra, luchan juntos hasta la muerte por la Piedra del Hogar de su pueblo o de la ciudad, dentro de cuyo radio de influencia se encuentra su pueblo.

»Algún día te mostraré mi propia pequeña Piedra del Hogar, que conservo en mis habitaciones. Encierra un puñado de tierra que traje al venir a este mundo. Hace mucho tiempo de esto —me contempló tranquilamente—. Guardaré la tierra que tú me has regalado —dijo en voz baja—, y algún día quizá te pertenezca a ti si logras conquistar tu propia Piedra.

Me puse de pie y lo miré.

Se había apartado, perdido aparentemente en sus propios pensamientos.

—De tiempo en tiempo conquistadores o estadistas sueñan con crear una única gran Piedra del Hogar para todo el planeta. De acuerdo con los rumores tal Piedra existe, pero se encuentra en el Lugar Sagrado y es la fuente de poder de los Reyes Sacerdotes.

—¿Y quiénes son los Reyes Sacerdotes? —pregunté.

Mi padre se dio la vuelta; parecía preocupado, como si ya hubiera dicho demasiado.

—Sí —dijo finalmente—. Es cierto que también tendré que informarte acerca de los Reyes Sacerdotes. Pero deja que lo haga a mi manera, a fin de que entiendas mejor lo que voy a relatarte.

Volvimos a sentarnos y mi padre se concentró en la tarea de explicarme metódicamente su mundo.

En su relato, designaba a menudo el planeta Gor como la Contratierra, una denominación que procede de los escritos de los pitagóricos que fueron los primeros en sospechar la existencia de semejante cuerpo celeste. Extrañamente, el Sol era llamado

en goreano Lar-Torvis, lo que significa fuego central, otra expresión pitagórica, que sin embargo, por lo que sé, no fue aplicada al Sol. Existía en Gor una secta que adoraba al Sol, según me enteré más tarde, pero era reducida e insignificante en comparación con el culto a los Reyes Sacerdotes. Estos, quienesquiera fueran, tenían para la población el rango de dioses, los más antiguos de Gor, y, en un momento de peligro, aun al más valiente podría escapársele una plegaria a los Reyes Sacerdotes.

—Los Reyes Sacerdotes —prosiguió mi padre— son inmortales. Por lo menos eso es lo que aquí cree la mayoría.

—¿También lo crees tú? —pregunté.

—No lo sé. Quizás.

—¿Qué tipo de seres humanos son?

—No se sabe si se trata de seres humanos —contestó mi padre.

—Y entonces ¿qué son?

—Quizá dioses.

—¡Pero tú no crees eso!

—¿Por qué no? —dijo—. Un ser que está por encima de la muerte y posee un poder y una sabiduría inimaginables bien podría merecer ese nombre.

No respondí.

—Más bien supondría —prosiguió mi padre— que a pesar de todo los Reyes Sacerdotes son seres humanos; hombres como nosotros, o al menos organismos humanoides de alguna especie, dotados de una ciencia y una tecnología tan superiores a las nuestras como lo es el desarrollo del siglo veinte frente al saber de los antiguos astrólogos y alquimistas.

Esta suposición de mi padre me parecía fundamentada.

¿Acaso la tecnología del sobre, la desconexión de mi brújula y la extraña aeronave no parecían confirmar que aquí actuaban seres con poderes extraordinarios?

—Los Reyes Sacerdotes —me dijo— tienen su Lugar Sagrado en las Montañas Sardar, un desierto en el que nadie puede internarse. Para la gran mayoría, el Lugar Sagrado es tabú. Hasta ahora nadie ha regresado de esas montañas.

Mi padre parecía mirar al vacío.

—Ha habido casos de idealistas y rebeldes que hallaron la muerte en las pendientes heladas de los Montes. Si uno desea aproximarse debe ir a pie, pues nuestros animales no se atreven a acercarse al lugar. Miembros de los cuerpos de algunas personas que habían buscado refugio allí se encontraron en las llanuras, como pedazos de carne arrojados para alimento de los animales de rapiña desde una distancia inconcebible.

Mi mano agarró el jarro con cierta vehemencia.

—A veces —prosiguió—, algún anciano se pone en camino hacia las Montañas para encontrar allí el secreto de la inmortalidad. Pero nadie ha regresado jamás. Algunos afirman que llegan a ser Reyes Sacerdotes, pero yo más bien creo que querer averiguar su misterio significa una muerte segura.

A continuación, mi padre me explicó las leyendas que circulaban acerca de los Reyes Sacerdotes, y me enteré que, al menos en un aspecto, eran los verdaderos dioses del planeta, ya que podían aniquilar o controlar todo lo que deseaban. Según rezaba la opinión general no se les escapaba nada de lo que ocurría en el planeta, pero si esto era cierto apenas parecían percatarse de ello, como pude enterarme después. Según decían, tendían hacia la santidad y en su recogimiento íntimo no se podían ocupar de las nimiedades del mundo exterior. Esta suposición, por cierto, no me parecía estar de acuerdo con el terrible destino que aguardaba a todos aquellos que escalaban las Montañas Sardar. Me costaba imaginar a un santo espiritualizado que sale un momento de su estado contemplativo para despedazar a un intruso y dispersar sus restos sobre la llanura.

—Existe, sin embargo, un área —dijo mi padre— por la cual los Reyes Sacerdotes muestran sumo interés: la tecnología. Ellos limitan, mediante intervenciones activas, nuestro desarrollo en esta área. Resulta increíble, pero las armas más poderosas que nos permiten utilizar a nosotros, los cismontanos, que vivimos a la sombra de las Montañas, son la lanza y la ballesta. Aparte de esto no existen medios mecánicos de transporte o de comunicación o dispositivos de detección, como por ejemplo el radar, sin los cuales resulta imposible imaginar la vida militar en la Tierra.

Por otra parte, nosotros los mortales, los cismontanos, hemos evolucionado mucho en cuanto a áreas como iluminación, construcción de ciudades, agricultura y medicina —me miró divertido— Seguramente te habrás interrogado por qué esas numerosas lagunas en nuestra tecnología no fueron llenadas pasando por alto a los Reyes Sacerdotes. Sería extraño que no hubiera mentes en este mundo capaces de inventar algo así como un fusil o un tanque.

—Yo pienso lo mismo —dije.

—Y así es —agregó mi padre con enojo— De tiempo en tiempo ocurre algo por el estilo, pero los inventores siempre son aniquilados poco después. Mueren devorados por las llamas.

—¿Cómo el sobre de metal azul?

—Sí —dijo— Quien posee un arma prohibida debe morir devorado por las llamas. A veces, algunos hombres valientes llegan a poseer material bélico y eluden la Muerte Llameante, quizá durante un año. Pero más tarde o más temprano se los descubre.

—¿Y cómo explicar entonces la existencia de la nave que me trajo hasta aquí? ¡Es un ejemplo magnífico de vuestra tecnología!

—No de nuestra tecnología, sino de la de los Reyes Sacerdotes —dijo— No creo que la tripulación de la nave contara con hombres procedentes de las sombras de las Montañas, a cismontanos.

—¿La tripulación estaría constituida por Reyes Sacerdotes? —pregunté.

—Sinceramente creo que la nave de las Montañas Sardar se hallaba pilotada a distancia, de la misma manera, según dicen, que todos los viajes de adquisición.

—¿Adquisición?

—Sí —dijo mi padre—. Hace mucho yo realicé el mismo viaje extraño que realizaste tú. Igual que muchos otros.

—Pero ¿con qué fin, con qué propósito? —pregunté.

—Cada uno, quizá, por un motivo diferente, con diversos fines —dijo.

Mi padre me relató entonces que, según referencias de los Iniciados, que se consideraban intermediarios entre los Reyes Sacerdotes y los hombres, el planeta Gor había sido alguna vez el satélite de un sol lejano. La ciencia de los Reyes Sacerdotes lo habría desplazado repetidas veces y habría encontrado para él una y otra vez nuevas estrellas. Consideré poco probable esta historia, y no en última instancia por las enormes distancias. Si era cierto que el planeta había sido movido alguna vez —y yo sabía que esto era empíricamente posible— debió de ocurrir desde una estrella que se encontrara muy próxima. Quizá Gor había sido alguna vez un satélite de Alfa Centauro aunque también en este caso las distancias eran casi insuperables.

Existía otra posibilidad, que le comuniqué a mi padre: quizás el planeta siempre había sido parte de nuestro sistema, claro que sin haber sido descubierto. Esto parecía probable si se tenían en cuenta los estudios astronómicos realizados durante milenios desde el hombre de Neandertal hasta los brillantes investigadores de Monte Wilson y Monte Palomar. Asombrado advertí que mi padre admitía sin más esta hipótesis absurda.

—Esa —dijo vivazmente— es la teoría del escudo solar. Es por esta razón que también imagino a menudo al planeta como la Contratierra, no sólo porque se asemeja tanto a nuestro planeta de origen, sino porque se encuentra exactamente opuesto a la Tierra en su órbita. Tiene la misma órbita de revolución y mantiene siempre el fuego central entre sí

y su hermana planetaria la Tierra, a pesar de que esto requiera de tiempo en tiempo una variación en la velocidad de revoluciones.

—Pero es imposible que no lo descubran —objeté—. No se puede esconder sin más un planeta del tamaño de la Tierra. ¡Es imposible!

—Subestimas a los Reyes Sacerdotes y su ciencia —dijo mi padre sonriendo— Todo poder capaz de mover un planeta, y yo creo que los Reyes Sacerdotes lo tienen, también puede influir en la velocidad general de revolución de este cuerpo celeste, a fin de que el Sol nos sirva constantemente de escudo protector. Estoy convencido que los Reyes Sacerdotes pueden neutralizar la fuerza de gravitación, por lo menos en una zona limitada, y creo que efectivamente lo hacen. Por ejemplo, ciertos indicios físicos, que hacen pensar en la existencia de un planeta —como rayos luminosos y ondas sonoras— pueden ser desviados, quizás por una deformación de la fuerza de gravitación del universo en la proximidad del planeta, por lo cual las ondas luminosas y sonoras se dispersan, se desvían o son reflejadas; y, de este modo, no delatarían la presencia de ese mundo. De la misma manera pueden manejarse satélites de exploración —agregó mi padre— Naturalmente sólo cito aquí algunas hipótesis, pues lo que hacen realmente los Reyes Sacerdotes, y cómo lo hacen, sólo ellos lo saben.

Vacíé mi jarro.

—Efectivamente existen indicios acerca de la existencia de la Contratierra —dijo mi padre— Determinadas señales naturales en el campo de radiaciones del espectro.

Mi sorpresa era evidente.

—Sí —agregó—, pero como la suposición de que pudiera existir otro mundo no es digna de crédito, estas referencias han sido interpretadas en conformidad con otras teorías, a veces se prefirió suponer imperfecciones en los instrumentos antes que admitir la presencia de otro mundo en nuestro sistema solar. Y es que es más fácil creer sólo lo que se quiere creer.

Mi padre no tenía nada más que decirme. Se levantó, me tomó por los hombros, me retuvo durante un instante y sonrió. A continuación el sector de la pared se desplazó silenciosamente hacia un costado y mi padre abandonó la habitación. No había dicho nada acerca de la misión que me esperaba aquí. La razón por la cual yo había venido a la Contratierra era algo acerca de lo que todavía no deseaba conversar conmigo, y tampoco me explicó el secreto relativamente poco importante de la extraña carta. Lo que más me dolía era que no había hablado nada acerca de sí mismo. Sentía un deseo imperioso de conocer más de cerca este amable extraño que era mi padre.

Mi informe sólo contiene datos que conozco como reales por propia experiencia, pero no me sentiré ofendido si usted, estimado lector, se muestra incrédulo. Con las pocas pruebas que puedo ofrecerle es casi su deber poner en duda mi relato o al menos suspender su juicio al respecto. Efectivamente, la probabilidad de que este informe sea tomado en serio es tan lejana que los Reyes Sacerdotes de las Montañas Sardar evidentemente nada tienen que objetarle a su redacción. Me alegro de que así sea, pues siento una necesidad urgente de contar mi historia; no puedo dejar de hacerlo.

Quizá los Reyes Sacerdotes sean también lo bastante humanos como para ser vanidosos, si es que realmente se trata de seres humanos, pues jamás han sido vistos por nadie. Quizá sean lo suficientemente vanidosos como para desear que usted, lector, se entere de su existencia, si bien sólo de una manera tal que le imposibilite tomar en serio mi relato. Quizás en el Lugar Sagrado exista el humor o la ironía. Pues aun si me creyera ¿qué podría hacer usted? Nada. Usted, con su tecnología primitiva de la que se siente tan orgulloso, por lo menos durante mil años no podría hacer nada; y para entonces, si los Reyes Sacerdotes así lo desearan, este planeta ya habría encontrado desde tiempo atrás un nuevo Sol y nuevos pueblos para sus verdes prados.

3 - EL TARN

—¡Eh! —exclamó Torm, un miembro bastante poco típico de la Casta de los Escribas, y se cubrió la cabeza con su túnica como si ya no soportara verme— ¡Sí! —exclamó y dejó entrever un mechón de cabello rubio entre los pliegues de la tela—. Sí, me lo he merecido. ¿Por qué, yo, un idiota, siempre tendré que vérmelas con idiotas? ¿Acaso no tengo otras cosas más importantes que hacer? ¿Acaso no aguardan aquí mil rollos escritos el momento de ser descifrados?

—No me lo preguntes a mí —dije.

—¡Pues mira! —exclamó desesperado, e hizo un gesto de desconsuelo. En todo Gor no había visto una habitación tan desordenada. La ancha mesa de madera estaba cubierta de papeles y tinteros; el suelo, hasta el último centímetro cuadrado, estaba lleno de rollos, y otros, cientos quizá, se hallaban apilados sobre estantes. Una de las ventanas había sido agrandada violentamente, y yo me imaginaba a Torm con un martillo, golpeando iracundo la pared para obtener más luz para su trabajo. Debajo de la mesa había un brasero con carbones ardientes que le calentaban los pies, peligrosamente cerca de sus rollos eruditos.

Torm era de compleción endeble y solía recordarme a un pájaro enojado, cuya ocupación preferida consistiera en insultar a las ardillas. Los goreanos a quienes había llegado a conocer hasta ahora, se vestían siempre con pulcritud, pero Torm evidentemente tenía otras cosas más importantes que hacer. Entre ellas se contaba también, en apariencia, instruir a seres que, como yo, no tenían idea de nada.

A pesar de su excentricidad, me sentía atraído hacia este hombre. Percibía en él algo que despertaba mi admiración: un espíritu inteligente y amable, sentido del humor y amor por el estudio, uno de los sentimientos más profundos y sinceros que pueden existir. Este amor por sus rollos y por los hombres que los habían escrito hacía siglos era lo que en realidad más me impresionaba. Podría parecer increíble, pero para mí era el hombre más docto en la ciudad de los cilindros.

Torm, irritado, se abrió paso entre uno de los enormes montones de papel, tomó finalmente, apoyándose sobre sus manos y rodillas, un rollo pequeño y delgado y lo colocó en el dispositivo para la lectura, un marco metálico con rollos de ambos lados.

—¡Al-Ka! —exclamó, al tiempo que señalaba un signo con un dedo largo e imperioso— Al-ka.

—Al-Ka —repetí.

Nos miramos y comenzamos a reírnos. Una lágrima de alegría le rodó a Torm por la nariz. Sus ojos, de un azul claro, centelleaban.

Y así empecé a aprender el alfabeto goreano.

Las semanas siguientes me depararon bastante trabajo, sólo interrumpidas por pausas para el descanso cuidadosamente calculadas. En un primer momento, mis maestros fueron mi padre y Torm, pero cuando empecé a familiarizarme con el idioma, se sumaron varios otros que me impartían enseñanzas sobre diversos temas. Torm, en realidad, sólo había aprendido el inglés como práctica y diversión, ya que no se hablaba en ninguna parte del planeta; evidentemente le gustaba expresar sus pensamientos en un idioma totalmente extraño.

Mi formación abarcaba, junto al saber intelectual, el conocimiento de las armas y el uso de otros numerosos instrumentos, tan familiares a los goreanos como entre nosotros son las calculadoras y las balanzas.

Uno de los aparatos más interesantes era el traductor, que se podía adaptar a diferentes idiomas. A pesar de que en Gor parecía existir un idioma principal conocido por todos, que tenía varios dialectos y lenguas secundarias, existían algunos idiomas que

para mí no sonaban en absoluto como tales; me parecían más bien gritos de aves y animales de rapiña. El traductor me resultó, pues, muy útil.

Fue una grata sorpresa que mi padre hubiera adaptado uno de esos aparatos al idioma inglés: circunstancia muy favorable para mi estudio de idiomas. Para alivio de Torm yo también podía arreglármelas solo con el aparato, que además era una maravilla por sus reducidas dimensiones. Del tamaño aproximado al de una máquina de escribir portátil, podía ser adaptado a cuatro idiomas no goreanos. Naturalmente, las traducciones resultan muy literales y el vocabulario está limitado a unas veinticinco mil equivalencias para cada idioma. Por esta razón la máquina no era muy apropiada para una comunicación fluida.

Torm me había explicado escuetamente: —Debes ocuparte de la historia y leyendas de Gor, de su geografía y economía, de sus estructuras sociales y costumbres, como puede ser el sistema de castas y los grupos de clanes, el derecho a colocar la Piedra del Hogar, el Lugar Sagrado, el derecho militar, etcétera.

Y yo me iba familiarizando con todo esto. De vez en cuando, Torm prorrumpía en un grito de espanto cuando yo cometía algún error, y entonces se armaba de un gran rollo de papel —con las obras de un autor con el que no simpatizaba— y me propinaba un golpe en la cabeza. Del modo que fuera, estaba decidido a que su instrucción diese frutos.

Extrañamente la enseñanza religiosa se reducía a la adoración de los Reyes Sacerdotes. Torm eludía mis otras preguntas con la observación de que eso era cosa de los Iniciados. Evidentemente en este mundo la religión es un tesoro guardado con celo por la Casta de los Iniciados, que en pocas ocasiones permite la participación de miembros de otras castas en sus sacrificios y ceremonias. Debía aprender de memoria algunas plegarias dirigidas a los Reyes Sacerdotes, pero se conservaban en goreano antiguo, una lengua que sólo hablaban los Iniciados, de modo que no me preocupé mucho por ello. Además tenía la impresión de que existían ciertas tensiones entre la Casta de los Escribas y la de los Iniciados.

Las reglas éticas de vida en Gor se hallan conservadas, en su mayoría, en las costumbres de las castas, colecciones de indicaciones, cuyos orígenes se perdían en el pasado. A mí me educaban especialmente de acuerdo con el código de la casta guerrera.

—De todos modos, tú nunca llegarías a ser un buen escriba —dijo Torm.

El código de los guerreros se caracterizaba por una rudimentaria caballeridad y enfatizaba la fidelidad hacia los superiores y la Piedra del Hogar. Las reglas eran duras, pero contenían cierta gallardía, un sentido del honor, que yo podía respetar.

También recibí instrucciones acerca del Doble Conocimiento, es decir, me enteré qué sabían los hombres en general y qué llegaban a saber los intelectuales en particular. A veces existía una diferencia sorprendente entre ambos. Por ejemplo, se hacía creer a los hombres que se hallaban por debajo de las castas elevadas que el mundo es un disco ancho y plano. Quizá se pretendía de esta manera evitar todo intento de indagación. Por otra parte, las castas elevadas —Guerreros, Constructores, Escribas, Iniciados y Médicos— conocían la verdad acerca de estos temas. Sin embargo, comencé a interrogarme acerca de si el Segundo Conocimiento, el de los intelectuales, acaso no estaba tan limitado como la enseñanza en el nivel inferior, si no se proponía también frenar y poner trabas al ansia de saber humano. Tenía la impresión de que existía un Tercer Conocimiento, que se hallaba limitado a los Reyes Sacerdotes.

—La ciudad estado —comentó mi padre una tarde— es la unidad política normal en Gor, ciudades rivales que controlan el territorio adyacente, rodeadas por una tierra de nadie, compuesta de territorios libres.

—¿Cómo se determina la conducción en estas ciudades? —pregunté.

—Los gobernantes son elegidos entre los miembros de cualquier casta elevada.

Fruncí el ceño. —¿Sólo de las castas elevadas?

—El sistema de castas —respondió mi padre pacientemente— es relativamente rígido, pero no está congelado y no depende exclusivamente del nacimiento. Cuando, por ejemplo, un niño en la escuela demuestra que está en condiciones de pertenecer a una casta más elevada, esto le es concedido. Existe también el caso contrario; es decir, cuando un niño no logra el nivel que se espera de él como miembro de su casta.

—Comprendo —dije, sin sentirme realmente convencido.

—Las castas elevadas de cada ciudad —prosiguió mi padre— eligen por un tiempo determinado un administrador y un consejo. Si surge una crisis, se nombra un jefe militar, un Ubar, que ejerce la totalidad del poder, hasta que a su entender la crisis ha pasado.

—¿A su entender? —pregunté con escepticismo.

—Generalmente los Ubares renuncian a su cargo después de la crisis. Esto es parte del código de los guerreros.

—Pero ¿qué es lo que ocurre cuando no renuncian a su cargo? —Me había dado cuenta ya de que no siempre se podía confiar en el cumplimiento de las reglas de las castas.

—Si un Ubar no quiere dimitir, por lo general es abandonado por su gente. El líder militar se queda solo en su palacio, a merced de las furiosas masas populares.

Asentí con la cabeza e imaginé un palacio vacío, en el que un hombre solitario se encontrara sentado sobre un trono, envuelto en las vestimentas propias de su cargo, esperando el asedio de las masas.

—Sin embargo —continuó mi padre—, a veces un Ubar logra conquistar el corazón de sus hombres, quienes permanecen a su lado. Entonces se convierte en tirano y gobierna hasta que es derribado por la fuerza de una u otra manera.

Las facciones de mi padre se habían endurecido. Parecía conocer un hombre semejante. —Hasta que es derribado por la fuerza —repitió lentamente.

A la mañana siguiente, me aguardaban junto a Torm nuevas e interminables lecciones.

Gor no era una esfera, sino un esferoide, algo más pesado en el hemisferio sur. La inclinación de su eje era algo mayor que la de la Tierra, pero no lo suficiente como para que el clima no presentara cambios de estación. Gor contaba con dos zonas polares y una ecuatorial, entre las cuales se extendían, al norte y al sur, zonas de clima moderado. Con sorpresa descubrí que una gran parte de los mapas estaba en blanco, pero aun así me costó bastante aprender de memoria todos los ríos, mares, llanuras y penínsulas conocidos.

Desde un punto de vista económico la vida goreana se basaba en el trabajo del campesino libre, quizá la casta más baja, pero también la más sólida. El alimento básico era un grano amarillo, llamado Sa-Tarna, hija de la vida. Resulta interesante señalar que a la carne se la llamaba Sa-Tassna, lo que significa madre de la vida. Además, en el lenguaje corriente, Sa-Tassna servía para designar el alimento en general. Esto parecía sugerir que los goreanos alguna vez, en épocas anteriores, se habían alimentado preferentemente de la caza.

Por cierto que me quedaba poco tiempo libre para especulaciones, ya que debía cumplir con las exigencias de mi plan de estudios. Parecía que existía el propósito de convertirme, en unas pocas semanas, en un auténtico goreano. Pero esas semanas también me aportaron satisfacciones, como siempre cuando estudiaba y sentía que me desarrollaba, aun sin conocer todavía la meta final. En esas semanas entré en contacto con muchos goreanos, por lo general miembros de la Casta de los Escribas y de los Guerreros.

Hasta ahora había visto pocas mujeres, pero sabía que en el caso de que fueran libres, ascendían o descendían dentro del sistema de castas según las mismas reglas que los hombres si bien esto parecía diferir de una ciudad a otra. Tomada en conjunto, la gente me gustaba y estaba seguro de que básicamente procedía de la Tierra. Sus antepasados

debían de haber llegado a Gor a través de los así llamados viajes de adquisición y luego, simplemente, se los había dejado vivir en libertad, como a animales en una reserva natural.

En lo que respecta a estos antepasados puede haberse tratado de caldeos o celtas, sirios o ingleses, que en el transcurso de muchos siglos habían llegado aquí procedentes de las más diversas civilizaciones. Los hijos y nietos naturalmente se habrían convertido en goreanos, por lo cual desaparecía casi toda huella de su origen terrestre. Sin embargo, de tiempo en tiempo me entusiasmaba el encontrar una palabra inglesa en el idioma goreano, como por ejemplo «hacha» o «barco».

—Torm —pregunté en cierta ocasión—, ¿por qué el origen terrestre no es parte del Primer Conocimiento?

—¿Acaso eso no resulta evidente?

—No —dije.

—¡Ah! —respondió. Cerró lentamente los ojos y permaneció un rato callado— Tienes razón. No es evidente.

—¿Y qué hacemos entonces? —pregunté.

—Continuemos con nuestros estudios.

El sistema de las castas, si bien socialmente eficaz, despertaba en mí ciertos reparos personales. En mi opinión era demasiado rígido, particularmente con respecto a la elección de los gobernantes entre los miembros de las castas elevadas y al Doble Conocimiento. Pero todavía mucho peor era la institución de la esclavitud. Para el goreano, fuera del sistema de las castas, existían sólo tres formas de vida: esclavo, proscrito y rey sacerdote. Un hombre que no quisiera ejercer su oficio o pretendiera cambiar de status sin el consentimiento del Consejo de las Castas Elevadas, se convertía automáticamente en un proscrito y era empalado.

La muchacha que había visto el primer día en mi habitación había sido esclava, y el collar que rodeaba su cuello, que yo tomé por un adorno, era su marca de esclavitud. Una segunda marca, ésta con hierro candente, se hallaba oculta debajo de la ropa. Esta última la señalaba como esclava, mientras que el collar identificaba a su dueño. No había vuelto a ver a la joven y reflexionaba acerca de qué habría sido de ella. Pero no pregunté nada al respecto. Fue parte de las primeras enseñanzas que me impartieron en Gor: la preocupación por una esclava estaba fuera de lugar. Por lo tanto me contuve. Aprendí incidentalmente de un Escriba que los esclavos no pueden enseñar a los hombres libres, ya que esto podría originar una deuda, y nadie podía deberle nada a un esclavo. Decidí defenderme con todas mis fuerzas contra este sistema humillante. Hablé una vez con mi padre sobre el tema, y me dijo que en Gor existían cosas aun mucho peores que la esclavitud.

Sin ninguna advertencia previa, la lanza de bronce surcó los aires, dirigida hacia mi pecho. Salté hacia un lado y la punta cortó mi túnica y me produjo una marca sangrienta en la piel. El metal se clavó unos veinte centímetros en un pilar de madera que se hallaba detrás de mí. Si no hubiera saltado, la lanza me habría atravesado.

—Es bastante rápido —dijo el hombre que había arrojado la lanza—. Lo acepto.

Este fue mi primer encuentro con mi instructor en el uso de las armas, quien también se llamaba Tarl. Lo llamaré aquí Tarl el Viejo. Parecía un vikingo rubio; era un tipo barbudo, de rostro alegre y arrugado y ojos azules y salvajes, que parecía contemplar el mundo como si fuera de su propiedad. Era un hombre orgulloso sin arrogancia, un hombre que sabía que manejaba bien sus armas y podía acabar con cualquier contrincante.

Con el tiempo llegué a conocerlo bien, pues la parte más importante de mi formación estaba dedicada ahora, con mucho, a las armas, fundamentalmente a entrenarme en el manejo de la espada y la lanza. La lanza me parecía particularmente liviana debido a la menor fuerza de gravitación, y pronto llegué a manejarla con mucha habilidad. A corta

distancia podía atravesar un escudo y a una distancia de veinte metros podía hacer blanco en un objeto del tamaño de un plato de sopa.

También tuve que aprender a arrojar la lanza con la mano izquierda.

—¿Cómo te arreglarías si estuvieras herido en el brazo derecho? —preguntó Tarl el Viejo, que advirtió mi resistencia— ¿Qué harías entonces?

—¿Huir? —preguntó Torm que de vez en cuando asistía a mis clases.

—¡No! —exclamó Tarl el Viejo—. Tienes que seguir luchando y morir como un guerrero.

Torm tomó un rollo escrito, lo colocó bajo el brazo y se sonó la nariz. —¿Y eso te parece razonable? —Preguntó.

Tarl el Viejo tomó su lanza y Torm, apresurado, alzó su túnica azul y desapareció.

Desesperado, puse manos a la obra y advertí sorprendido, después de algún tiempo, que había podido desarrollar cierta destreza también con el brazo izquierdo. Había mejorado mis posibilidades de supervivencia en un porcentaje indefinido.

También fue muy riguroso mi entrenamiento con la corta y ancha espada goreana. En Oxford había pertenecido a un club de esgrima y, por lo tanto, ya contaba con algunos conocimientos básicos; pero ahora la cosa iba realmente en serio. También aprendí a manejar la espada con ambas manos, a pesar de lo cual tuve que confesarme que era diestro y que nunca dejaría de serio.

En el transcurso de mi aprendizaje con la espada, Tarl el Viejo me hirió más de una vez con su arma. Cuando lo hacía, solía decir provocando mi fastidio: —¡Estás muerto!— Hacia el final de la época de entrenamiento logré abrimme paso a través de su defensa y provocarle una herida punzante en el pecho. Retiré mi espada, cuya punta estaba manchada de sangre. Tarl arrojó su arma al suelo con estrépito y me atrajo riendo hacia su pecho sangriento.

—¡Estoy muerto! —bramó triunfante. Me palmeó los hombros, orgulloso como un padre que ha enseñado ajedrez a su hijo y ha sido vencido por primera vez.

También me enseñaron a manejar el escudo, que principalmente debía servir para desviar la lanza y tornarla inofensiva. Cuando mi época de formación tocaba a su fin, solía luchar con casco y escudo. Hubiera deseado que mi equipo se viera completado por una armadura o quizás una cota de mallas, pero me enteré que eso estaba prohibido por los Reyes Sacerdotes. Tal vez el motivo de esto residía en el deseo de que la guerra siguiera siendo un proceso de selección biológica, en el cual los débiles y los lentos sucumben y no siguen multiplicándose. Esta también puede ser la explicación de las armas relativamente primitivas que les estaba permitido usar a los hombres que habitaban a la sombra de las Montañas Sardar.

Aparte de la lanza y de la espada se admitía el uso de la ballesta y del arco; pero apenas recibí instrucción al respecto, ya que Tarl el Viejo no las apreciaba mucho. Las consideraba armas de segunda categoría, poco dignas de ser utilizadas por un guerrero. Yo no compartía su desprecio y trataba de adiestrarme en mis ratos libres.

Sospechaba que mi formación estaba llegando a su fin —quizá porque mis períodos de reposo se iban haciendo más largos o porque más de una vez se mencionaban cosas que yo ya conocía; quizá también por la actitud de mis instructores. Sentía que estaba casi preparado, casi listo pero no tenía la menor idea del para qué. En esos últimos días me producía un placer especial el hecho de dominar sin esfuerzo la lengua goreana. Empecé a soñar en goreano y a lograr entender a mis maestros cuando hablaban entre sí. También pensaba en goreano y debía hacer un pequeño esfuerzo cada vez que deseaba volver a pensar o hablar en inglés. En cierta oportunidad llegué a blasfemar en goreano, lo que le hizo mucha gracia a Tarl el Viejo.

Un día, a la hora de mis lecciones, Tarl el Viejo entró en mi habitación trayendo consigo una barra metálica de unos sesenta centímetros de largo, que tenía un lazo de cuero en

un extremo. En este aparato se advertía una especie de conmutador. De su cinturón colgaba un instrumento similar. —Esta no es un arma —dijo—. Tampoco está permitido utilizarla como tal.

—Pero entonces ¿qué es?

—Un agujijón de tarn —respondió. Se ajustó el conmutador más pequeño y tocó la mesa con él. Innumerables chispas saltaron despidiendo un color amarillento hacia todas direcciones, sin dejar ningún rastro sobre la mesa. Tarl desconectó la barra y me la acercó. Cuando extendí la mano para cogerla la conectó y me la puso en la mano. Infinitas estrellas amarillas parecían explotar en mi mano. Grité asustado y me llevé la mano a la boca. Había sentido algo similar a una fuerte descarga eléctrica. Revisé mi mano; no presentaba ninguna herida.

—Cuídate de un agujijón de tarn —dijo Tarl el Viejo—. No es juego de niños.

Recogí lentamente la barra, cuidando asirla cerca del cabo y coloqué la correa de cuero alrededor de la muñeca.

Tarl el Viejo abandonó la habitación; evidentemente yo debía seguirlo. Subimos la escalera de caracol que ascendía por la parte interior de la torre cilíndrica. Después de atravesar varias docenas de pisos llegamos al techo plano del edificio. El viento azotaba la superficie circular y me empujaba hacia el borde. No había ninguna barandilla. Hice fuerza para no ser arrastrado por el viento mientras me interrogaba qué habría de suceder ahora. Cerré los ojos. Tarl el Viejo sacó un silbato de tarn de su túnica y se oyó un silbido penetrante.

Yo nunca había visto un tarn, con excepción de las representaciones gráficas en mi habitación y en libros de texto acerca de la cría, el cuidado y los utensilios propios para el manejo de estas aves. No me habían preparado expresamente para enfrentar esa situación, como lo habría de saber más tarde. Los goreanos creen que la capacidad de dominar un tarn tiene que ser innata. No es posible aprenderlo. Es cosa de la sangre y de la voluntad, del vínculo entre animal y ser humano, una relación entre dos seres que debe darse de manera intuitiva y espontánea. Se supone que un tarn sabe exactamente quién es un jinete y quién no lo es. Se dice que quien no lo es muere en el primer encuentro que tiene con su ave de combate.

Por de pronto sentí sólo un poderoso soplo de viento y escuche un ruido jadeante, ensordecedor, como si un gigante hiciera restallar una toalla; luego, estremecido de horror, me acurruqué bajo una gran sombra alada. Un tarn enorme, con garras semejantes a gigantescos ganchos de acero, batiendo salvajemente sus alas en el aire, se mantuvo rígido por encima de nosotros.

—¡Cuidado con las alas! —exclamó Tarl el Viejo.

La advertencia fue obvia; apresuradamente me hice a un lado. Un golpe de esas alas me habría arrojado al vacío.

El animal aterrizó sobre el techo del cilindro y nos contempló con sus negros ojos relucientes.

A pesar de que el tarn, lo mismo que la mayoría de las aves, es sorprendentemente liviano —lo que se debe, en primer término, a sus huesos huecos— es un ave sumamente vigorosa. Mientras que las grandes aves terrestres, como por ejemplo el águila, deben tomar carrera antes de levantar el vuelo, el tarn, con su increíble musculatura, puede ascender con su jinete solamente con un rápido estremecimiento de sus alas enormes. Para ello, también se ve favorecido por la menor fuerza de gravitación de Gor. Los goreanos suelen llamar a estas aves «hermanas del viento».

El plumaje del tarn no es siempre el mismo, y se los cría teniendo también en cuenta su colorido, y no solamente su fuerza e inteligencia. Los tarns negros se utilizan para asaltos nocturnos; los blancos, para campañas militares invernales. Por su parte, los guerreros que desean impresionar y no tratan de pasar camuflados prefieren tarns de variados colores relucientes. El tarn común tiene un plumaje marrón verdoso. Prescindiendo del

tamaño, el halcón es el ave terrestre que más se le parece, solo que el tarn tiene una cresta que se asemeja a la del grajo.

Los tarns, malignos por naturaleza, no están por lo general más que medianamente domesticados y, lo mismo que sus diminutos hermanos terrestres, son carnívoros. En más de una ocasión un tarn a llegado a atacar y devorar a su propio jinete o tarnsman. Sólo temen al aguijón de tarn. Son entrenados por hombres pertenecientes a la Casta de los Tarns. Cada vez que un ave joven se escapa o desobedece, es obligada a volver a su percha y se la castiga con el aguijón. Más tarde, por supuesto, las aves son desencadenadas, pero un aro en la pata ha de recordarles este castigo. Generalmente el entrenamiento da resultados positivos, excepto cuando el animal está sumamente agitado o ha estado mucho tiempo sin comer. El tarn se cuenta entre las dos cabalgaduras preferidas del guerrero goreano; la segunda es el tharlarión, una especie de lagarto, utilizado especialmente por los clanes que no saben manejar los tarns. Por lo que yo sabía, nadie en la ciudad de los cilindros poseía un tharlarión, a pesar de que, según decían, eran muy frecuentes en Gor, especialmente en las llanuras, los pantanos y los desiertos.

Tarl el Viejo había subido a su tarn, utilizando la escala de cinco escalones que cuelga del lado izquierdo de la silla de montar y que es recogida durante el vuelo. Con un ancho cinturón color púrpura se sujetó a la silla. Me arrojó un pequeño objeto, que casi se me cae de la mano. Era un silbato que emitía un sonido que sólo haría reaccionar a un tarn determinado: la cabalgadura que me estaba destinada. Después del episodio con la brújula enloquecida en las montañas de New Hampshire nunca me había sentido tan atemorizado, pero esta vez llegué a dominar mi temor. Si tenía que morir, nada podía hacer para impedirlo.

Hice sonar el silbato y se oyó un sonido agudo, que se diferenciaba netamente del silbido de Tarl.

Momentos después surgió un ser fantástico de la nada, quizá procedente de un resalto que se encontraba más abajo, un segundo tarn enorme, más grande que el primero, un ave negra reluciente, que voló una vez alrededor del cilindro y luego vino en dirección hacia mí. Aterrizó a pocos metros de distancia, y sus garras golpearon la piedra. Estaban fortalecidas por bordes de acero: era un tarn de combate. El ave alzó al cielo su pico encorvado y lanzó un chillido, al tiempo que sacudía sus alas. La poderosa cabeza giró hacia mí, sus ojos redondos me observaban. Enseguida abrió el pico, eché un rápido vistazo a su lengua delgada y cortante, tan larga como un brazo, y el monstruo se arrojó sobre mí, tratando de golpearme con su tremendo pico, entonces escuché los gritos aterrorizados de Tarl el Viejo:

—¡El aguijón! ¡El aguijón!

4 - LA MISIÓN

Para protegerme, alcé rápidamente el brazo derecho; al hacerlo, el aguijón de tarn, que colgaba de la correa de cuero, describió una amplia curva. Lo agarré, lo usé como arma y golpeé con él el pico devorador que quería atraparme, como si yo fuera un simple comestible sobre el plato chato del techo cilíndrico. El tarn atacó dos veces y dos veces lo rechacé. Luego retiró la cabeza y abrió el pico, con el propósito de volver a atacar. En ese momento conecté el aguijón de tarn y le asesté un fuerte golpe. Las chispas saltaban como una cascada reluciente y retumbó un grito de rabia y dolor, mientras el animal aleteaba y se ponía fuera de mi alcance con un salto repentino, que casi me arrojó a las profundidades. Me apoyé sobre manos y rodillas y traté de volver a enderezarme. El tarn volaba alrededor del cilindro, profiriendo gritos penetrantes; finalmente se alejó.

Sin reflexionar un instante, toqué el silbato. Al oír ese sonido estridente, el ave gigante pareció estremecerse en el aire, comenzó a girar, fue perdiendo altura y luego volvió a ascender. En su pecho se desataba la lucha entre su naturaleza salvaje, la llamada de las montañas lejanas y del aire libre, y el entrenamiento a que había sido sometida en su juventud.

Con un violento grito de rabia regresó finalmente al cilindro. Recogí la breve escala, que colgaba de la silla de montar, trepé por ella, me acomodé en la silla y me ajusté el ancho cinturón púrpura que habría de protegerme de una caída.

Al tarn se le conduce mediante una correa de cuero colocada alrededor del cuello, al que generalmente se hallan sujetas otras seis correas de cuero, que confluyen en un aro metálico en la parte anterior de la silla de montar. Las riendas se hallan teñidas de diferentes colores y terminan en aros diferentes, muy distanciados entre sí en el collar colocado en el cuello del ave. Para determinar el rumbo, se tira de la rienda cuyo extremo señala con mayor aproximación la dirección deseada. Cuando, por ejemplo, se desea perder altura o aterrizar, se utiliza la cuarta rienda, que termina inmediatamente delante del cuello del tarn. Para ponerse en movimiento, se tira de la primera rienda, que ejerce una presión sobre el aro en la parte posterior del cuello del ave.

También se utiliza, ocasionalmente, el aguijón de tarn para conducir al animal; en este caso se toca ligeramente al ave en la dirección opuesta a la que se desea tomar, la que, al retroceder ante la barra eléctrica, seguirá adecuadamente. Este método, sin embargo, no es muy adecuado, ya que la reacción ocurre de una manera exclusivamente instintiva.

Tiré de la primera rienda y sentí, con espanto y alegría a la vez, los fuertes aletazos del ave. Fui violentamente arrojado hacia atrás, pero el cinturón me sostuvo. Durante un instante dejé de respirar; me aferré atemorizado al aro de la silla mientras mi mano sostenía la primera rienda. El tarn continuaba ascendiendo, y fui perdiendo de vista la ciudad de los cilindros. Nunca había experimentado algo similar, y si jamás anteriormente me había sentido semejante a un dios, por cierto que lo experimenté en ese primer momento. Miré hacia abajo y distinguí a Tarl el Viejo sobre su cabalgadura, que trataba de alcanzarme.

—¡Hola, pequeño! —gritó—. ¿Acaso pretendes llegar hasta las lunas de Gor?

De repente me sentí mareado. A mis pies las colinas y llanuras de Gor parecían un paisaje compuesto de manchas borrosas; casi creí distinguir la curva del mundo, pero debió haber sido una ilusión de los sentidos.

Antes de perder el conocimiento, tiré de la cuarta rienda y el tarn empezó a descender como un halcón que cae sobre su presa, con una rapidez que terminó por hacerme perder el aliento. Dejé las riendas sueltas, lo que es la señal de un vuelo constante en línea recta. El gran tarn aleteó, y empezó a volar más lentamente. Tarl el Viejo, que parecía muy contento, conducía su tarn cerca del mío. Desde él, me señaló la ciudad, que ahora se hallaba a bastantes kilómetros debajo de nosotros.

—¡Una carrera! —exclamé.

—¡De acuerdo! —respondió a gritos. Hizo girar a su tarn y se alejó volando. Me sentí fastidiado. Él era tan hábil en su trato con el animal, que enseguida se adelantaba y resultaba imposible alcanzarlo. Finalmente también yo logré hacer girar al animal y traté de aguijonearlo. Se me ocurrió que estas aves habrían sido entrenadas para reaccionar ante la voz humana. Entonces vociferé en goreano y en inglés: —¡Har-ta! ¡Har-ta! ¡Más rápido! ¡Más rápido!

El tarn pareció percibir lo que yo quería. Observé en él un cambio notable. Estiró la cabeza hacia adelante; las alas de repente batían el aire como látigos, los ojos relampagueaban y cada músculo y cada hueso parecían irradiar una fuerza inusitada. Fue un vuelo vertiginoso. Al cabo de un instante apenas nos adelantamos al sorprendido Tarl, y pocos momentos después aterrizamos sobre el gran cilindro, del que habíamos partido minutos antes.

—¡Por las barbas de los Reyes Sacerdotes! —tronó Tarl el Viejo, mientras hacía aterrizar a su ave— ¡Este tarn es increíble!

Los tarns, dejados en libertad, volvieron por propio impulso a sus corrales, y Tarl el Viejo y yo descendimos a nuestras habitaciones. Tarl casi no cabía en sí de orgullo. — ¡Qué tarn! —exclamó—. Yo te llevaba un pasang de ventaja y sin embargo me has ganado. —El pasang es una unidad de distancia en Gor, que aproximadamente equivale a un kilómetro. —¡Este tarn está hecho a tu medida!

—Yo pensé que quería matarme —dije—. Casi tengo la impresión de que los criadores de tarns no domestican suficientemente a sus animales.

—Estás equivocado —exclamó Tarl el Viejo—. El entrenamiento es excelente. El espíritu del tarn no debe ser quebrantado, por lo menos en el caso del tarn de combate. Está domesticado hasta tal punto que depende de la fuerza de su amo si el animal lo devora o le obedece. Tú llegarás a conocer al tuvo y él a ti. En el cielo, los dos seréis uno solo: el tarn, el cuerpo, y tú, su voluntad. Vivirás con él un armisticio continuo. Si eres débil o indefenso, te mata. Pero mientras te mantengas fuerte y te afirmes como su amo, te acata y te respeta —calló un instante—. No estábamos seguros de ti, tu padre y yo, pero hoy sé con certeza a qué atenerme. Has dominado un tarn, un tarn de combate. Por tus venas debe de correr la sangre de tu padre, que fue una vez Ubar, líder guerrero de Ko-ro-ba, la ciudad de los cilindros, y que ahora es su administrador.

Me sentí sorprendido, pues no sabía que mi padre había sido jefe supremo de esta ciudad y que ahora se desempeñaba como su más alto funcionario civil.

De repente algo interrumpió nuestra conversación. Delante de nuestras ventanas se oyó un aleteo; Tarl el Viejo se arrojó sobre mí y me echó al suelo. En el mismo instante el pivote de hierro de una ballesta entró silbando a través de una de las estrechas ventanas, golpeó la pared detrás de la pata de mi silla y giró por la habitación. De un vistazo logré distinguir el casco negro de un tarnsman, que ya volvía a alejarse. Se oyeron gritos, pasos apresurados. Corrí a la ventana y vi cómo numerosos pivotes de ballesta trataban de alcanzar al agresor, que ya se encontraba a casi un pasang de distancia.

—Un miembro de la Casta de los Asesinos —dijo Tarl el Viejo—, Marlenus, que bien quisiera ser Ubar de todo Gor sabe de tu existencia.

—¿Quién es Marlenus? —pregunté; me temblaba la voz.

—Mañana lo sabrás —respondió Tarl el Viejo—. Y mañana te dirán también por qué te han traído a Gor.

—¿Por qué no puedo saberlo ahora?

—Porque el día de mañana tarda poco en llegar —me respondió.

Lo miré fijamente: —¿Y esta noche? —pregunté.

—Esta noche —dijo— nos emborracharemos.

A la mañana siguiente desperté sobre la estera de dormir, en un rincón de mi habitación. Sentía frío. Tenía un terrible dolor de cabeza y la impresión de que innumerables puntas de lanza me atravesaban el cerebro. Me incorporé con dificultad, me levanté, fui a tropezones hasta la palangana que se encontraba sobre la mesa y me salpiqué el rostro con agua.

No recordaba muy bien qué había ocurrido la noche anterior. Tarl el Viejo y yo habíamos paseado por la ciudad visitando una taberna tras otra, y todavía recordaba que yo había avanzado cantando y trastabillando por estrechos puentes sin barandillas. Tarl el Viejo también había bebido demasiado del jugo fermentado de granos; se llamaba Pagar-Sa-Tarna, deleite de la hija de la vida. Pero solía llamárselo simplemente «Paga». No tenía la menor intención de volver a probar ese brebaje.

Recordé asimismo a las muchachas de la última taberna, magníficas figuras en sedosos vestidos de baile, esclavas criadas para el entretenimiento, para la pasión, como si se tratara de animales. Si era cierto que existían seres esclavos o libres de nacimiento,

como sostenía Tarl el Viejo, estas muchachas eran esclavas de nacimiento. Era imposible imaginarlas de otra manera, pero también ellas debían de sentir un doloroso despertar, debían esforzarse en levantarse, en asearse. En particular, recordaba a una muchacha, su cuerpo, delgado como una vara, su pelo negro enmarañado sobre los hombros oscuros, las campanillas en los tobillos, el leve tañido tras las cortinas en la alcoba. De pronto se me ocurrió pensar que hubiera deseado poseer a esa muchacha por más tiempo que esa única hora por la que había pagado. Desterré el pensamiento de mi cabeza dolorida y, precisamente cuando me estaba abotonando la túnica, Tarl el Viejo entró en la habitación.

—Ahora iremos a la sala del Consejo —dijo.

Lo seguí.

La sala del Consejo es la habitación en la cual realizan sus reuniones los representantes elegidos de las castas elevadas de Ko-ro-ba. Cada ciudad tiene una habitación semejante. Esta se encontraba en el cilindro más grande, y el techo era por lo menos seis veces más alto que el de una habitación común. Los puntos de luz, que me recordaban el cielo estrellado, brillaban en el techo; las paredes estaban pintadas horizontalmente con franjas de colores, de abajo hacia arriba de color blanco, azul, amarillo, verde y rojo, de acuerdo con los colores de las castas. En cinco niveles diferentes junto a la pared, un nivel para cada una de las castas elevadas, se alzaban los bancos de piedra para los miembros del Consejo. Los bancos correspondían al color de la pared que se encontraba detrás de ellos.

El banco más bajo, pintado de blanco, les estaba reservado a los Iniciados, los intérpretes de la voluntad de los Reyes Sacerdotes. Detrás de ellos se encontraban sentados —en este orden— los representantes de los Escribas, de los Constructores, de los Médicos y de los Guerreros.

Comprobé que Torm no se contaba entre los representantes de los Escribas y sonreí. —Soy demasiado práctico por naturaleza —decía— como para ocuparme de los asuntos inútiles relacionados con el gobierno.

Me llamó agradablemente la atención el hecho de que a mi propia casta, la Casta de los Guerreros, le correspondía el status más bajo; si hubiera sido por mí, los guerreros no hubieran debido pertenecer en absoluto a las castas elevadas. Por otra parte, tenía mucho que objetar al hecho de que la Casta de los Iniciados ocupara el lugar de honor, ya que éstos eran, a mi parecer, en un grado aun mayor que los soldados, miembros improductivos de la sociedad. Al menos los guerreros ofrecían su protección a la ciudad, mientras que los iniciados en todo caso se ofrecían para curar enfermedades y plagas, que, en gran medida, ellos mismos habían provocado.

En medio de la sala circular se alzaba una especie de trono, sobre el cual se hallaba, vestido en su traje de ceremonia —una sencilla túnica marrón—, mi padre, administrador de Ko-ro-ba, anteriormente Ubar, jefe supremo de la ciudad. A sus pies tenía un casco, un escudo, una lanza y una espada.

—Acércate, Tarl Cabot —dijo mi padre, y me encontré de pie delante de su trono y sentí fijas en mí las miradas de todos los presentes. Detrás de mí esperaba Tarl el Viejo, en quien no se advertía huella de lo acontecido la noche anterior.

Tarl el Viejo tomó la palabra. —Yo, Tarl, luchador de espada de Ko-ro-ba, doy mi palabra de que este hombre es digno de convertirse en miembro de la Casta Elevada de los Guerreros.

Mi padre le respondió de acuerdo con el ritual prefijado.

—Ninguna torre en Ko-ro-ba es más fuerte que la palabra de Tarl, el luchador de espada de nuestra ciudad. Yo, Matthew Cabot de Ko-ro-ba, acepto su palabra.

A partir del banco inferior y en forma ascendente, cada miembro del Consejo se iba poniendo de pie, daba a conocer su nombre, y declaraba que también, por su parte, aceptaba la palabra del rubio luchador de espada. Cuando todos hubieron terminado, mi

padre me entregó las armas que se hallaban delante del trono. Sobre mi hombro colocó la espada de acero, sujetó el escudo redondo en mi brazo izquierdo, me puso la lanza en la mano derecha y lentamente dejó descender el casco sobre mi cabeza.

—¿Cumplirás con el código de los Guerreros? —me preguntó.

—Sí —dije.

—¿Cuál es tu Piedra del Hogar?

Sospeché cuál era la respuesta que se esperaba de mí y respondí: —Mi Piedra del Hogar es la Piedra del Hogar de Ko-ro-ba.

—¿Y en aras de esta ciudad empeñas tu vida, tu honor y tu espada? —preguntó mi padre.

—Sí —respondí.

—Entonces —prosiguió y me colocó solemnemente las manos sobre los hombros—, te declaro de este modo Guerrero de Ko-ro-ba, en mi calidad de administrador de esta ciudad, en presencia del Consejo de las Castas Elevadas.

Mi padre sonrió. Me quitó el casco y me sentí muy orgulloso al escuchar el consentimiento del Consejo, la variante goreana del aplauso, que consiste en que la mano derecha golpee en rápida sucesión el hombro izquierdo. Aparte de los candidatos que debían ser admitidos en la Casta de los Guerreros, nadie podía entrar armado a la sala del Consejo. Si hubieran estado armados, mis hermanos de casta del último banco habrían manifestado su aplauso con la lanza y el escudo; en las circunstancias actuales se atuvieron a la forma generalmente aceptada de expresar el aplauso. De algún modo yo tenía la impresión de que se sentían orgullosos de mí, a pesar de que no podía imaginar el motivo. Al menos aún no había realizado nada que justificara su interés.

Acompañando a Tarl el Viejo abandoné la sala del Consejo y entré en una pequeña sala lateral para esperar allí a mi padre. En la habitación había una mesa, sobre la que se encontraban algunos mapas. Tarl el Viejo se inclinó de inmediato sobre ellos. Me llamó a su lado, y mientras los miraba atentamente me iba señalando determinados lugares. —Y aquí —dijo finalmente y colocó el dedo sobre el papel— está la ciudad de Ar, enemiga mortal de Ko-ro-ba, la capital de Marlenus, que desea convertirse en Ubar de todo Gor.

—¿Y esto de alguna manera se relaciona conmigo? —pregunté.

—Sí —dijo Tarl el Viejo— Tú viajarás a Ar, robarás su Piedra del Hogar y la traerás a Ko-ro-ba.

5 - LAS LUCES DE LA FIESTA DE LA PLANTACIÓN

Subí a mi tarn, esa espléndida ave salvaje. El escudo y la lanza estaban sujetos a la silla de montar; llevaba la espada encima del hombro. Del lado derecho de la silla colgaba una ballesta con una aljaba llena de flechas; y del lado izquierdo, un arco con una segunda aljaba. Las bolsas de la silla de montar contenían el equipo liviano que un tarnsman suele llevar consigo —en particular raciones alimenticias, una brújula, mapas, cordones y cuerdas de repuesto para el arco— En la silla, delante de mí, se encontraba una muchacha. Estaba encadenada y llevaba una gorra de esclava sobre la cabeza; era Sana, la esclava de la torre, a quien había visto el día de mi llegada a Gor.

Saludé desde mi tarn a Tarl el Viejo y a mi padre, tiré de la primera rienda y de inmediato comencé a volar. Dejé atrás la torre y las diminutas figuras humanas que se encontraban en ella. Solté la cuarta rienda y tiré de la sexta, marcando de este modo la dirección hacia Ar. Cuando pasé el cilindro en el que Torm guardaba sus rollos escritos, creí ver al pequeño escriba de pie junto a su ventana ensanchada. Alzó un brazo azul en señal de saludo. Daba una impresión de tristeza. Respondí a su saludo y volví la espalda a Ko-ro-ba. Poco quedaba de la excitación que había sentido al realizar mi primer vuelo. Estaba preocupado y molesto por ciertos aspectos desagradables de la misión que me

esperaba. Pensé en la muchacha inocente, sentada delante de mí, en estado inconsciente.

¡Cuán sorprendido me había sentido cuando Sana apareció en la pequeña habitación junto a la sala de reuniones! Se había arrodillado delante de mi padre, que me explicó el plan del Consejo.

El poder de Marlenus —o al menos gran parte de su poder— se basaba en el mito de la victoria que lo rodeaba como un manto mágico, y parecía atraer milagrosamente a los soldados y habitantes de su ciudad. No habiendo sido vencido en ninguna batalla, en su condición de Ubar de todos los Ubares, se había resistido audazmente a devolver su título. Esto había ocurrido hacía unos doce años, al finalizar una guerra de menor importancia en los valles. Sus hombres continuaron jurándole lealtad, y no lo habían abandonado a la suerte normalmente deparada a un Ubar demasiado ambicioso. Los soldados y el Consejo de su ciudad habían cedido a sus amenazas y promesas; deseaba colmar a Ar de poder y riquezas.

En realidad, parecía que habían colocado su confianza en el hombre indicado. Ar no era una ciudad sitiada, aislada, a la manera de muchas en Gor, sino una metrópoli, en la que se conservaban las Piedras del Hogar de numerosas ciudades que hasta hacía poco habían sido libres. Existía un Imperio de Ar, un estado vigoroso, arrogante, aguerrido, que estaba interesado muy a las claras en aniquilar a sus enemigos y extender más y más su hegemonía política a través de las llanuras, montañas y desiertos de Gor.

No podía pasar ya mucho tiempo sin que también Ko-ro-ba tuviera que enviar su relativamente reducido poder bélico compuesto de tarnsmanes, contra el Imperio de Ar. Mi padre, en su calidad de administrador de Ko-ro-ba, había intentado formar una alianza contra Ar, pero las Ciudades Libres se habían opuesto a ello, llenas de orgullo y desconfianza; temían verse afectadas en su propia zona de influencia. Habían llegado al extremo de expulsar a los enviados de mi padre a latigazos, como a esclavos, de sus salas de Consejo, una ofensa que normalmente hubiera desencadenado una guerra. Pero mi padre sabía que un conflicto entre las Ciudades Libres era precisamente lo que Marlenus deseaba: era, pues, preferible que se considerara a Ko-ro-ba una ciudad poblada por cobardes. Pero sí ahora se lograba robar la Piedra del Hogar de Ar, símbolo y núcleo del Imperio, podría destruirse también el poder mágico de Marlenus. Se convertiría en objeto de escarnio y sus propios hombres desconfiarían de él, un jefe que había perdido su Piedra del Hogar. Podría considerarse un hombre de suerte si no era empalado públicamente.

La joven que estaba sentada delante de mí comenzó a moverse; el efecto de la droga iba desapareciendo. Se quejó en voz baja y se reclinó en la silla. Al partir le había soltado las ataduras de sus pies y manos y sólo le había dejado el ancho cinto que la sostenía sobre el lomo del tarn. No me proponía cumplir con el plan del Consejo hasta los últimos detalles —por lo menos no en lo que concernía a esa muchacha, a pesar de que se había hecho cargo de su papel y sabía que no saldría con vida de esa empresa—. Apenas sabía de ella algo más que su nombre —Sana— y que era una esclava de la ciudad de Thentis.

Tarl el Viejo me había contado que Thentis era conocida por sus bandadas de tarns y que el nombre procedía de las montañas que la rodeaban. Guerreros de Ar habían asaltado en cierta oportunidad las bandadas de tarns y las torres exteriores de Thentis y en esa ocasión se habían apoderado de la muchacha. El día de la fiesta del amor había sido vendida en Ar y la había comprado un agente de mi padre. Ese hombre tenía el encargo de adquirir, de acuerdo con el plan del Consejo, una muchacha dispuesta a dar su vida para llevar a cabo la venganza contra la ciudad de Ar.

La joven me daba lástima. Había sufrido mucho e indudablemente no pertenecía a la misma especie que las jóvenes de la taberna; seguramente no le había resultado fácil vivir como esclava. De algún modo yo sentía que, a pesar de su collar de esclava, era un ser

libre —ya desde el instante mismo en que mi padre le había ordenado que se sometiera a mí y me aceptara como su nuevo amo—. En esa oportunidad se había levantado, había atravesado la habitación hasta llegar al lugar donde yo me encontraba y se había arrodillado delante de mí; al hacerlo bajó la cabeza y me ofreció las manos con los antebrazos cruzados, No se me escapó el sentido ritual de este gesto: me ofrecía sus muñecas como indicándome que la encadenara. Su papel en el plan era sencillo, pero mortal.

La Piedra del Hogar de Ar se conservaba, como en la mayoría de las ciudades cilíndricas, sobre la torre más elevada de la ciudad; se encontraba desprotegida sobre el techo, como un desafío para los tarnsmanes de ciudades rivales. Naturalmente el objeto sagrado estaba bien custodiado y ante la menor señal de peligro era colocado a buen recaudo. Todo ataque a la Piedra del Hogar era considerado por los pobladores de una ciudad como terrible sacrilegio y se castigaba indefectiblemente con la muerte al atacante; paradójicamente constituía la mayor proeza concebible traer a la propia ciudad la Piedra del Hogar de otra ciudad; al guerrero que lo lograra se hacía acreedor a las mayores honras y era considerado un hombre favorecido por los Reyes Sacerdotes.

La Piedra del Hogar de una ciudad constituye el punto central de diversos rituales. El que estaba más próximo era la fiesta vegetal del grano Sa-Tarna, la hija de la vida que se celebraba cada primavera para asegurar una buena cosecha. Es una fiesta compleja, que se conoce en la mayoría de las ciudades goreanas, y se compone de numerosos rituales complicados. Generalmente son preparados y realizados por los Iniciados de una ciudad. Sin embargo, ciertos momentos de la ceremonia a menudo les son reservados a miembros de otras castas elevadas.

En Ar, por ejemplo, un miembro de la Casta de los Constructores sube temprano por la mañana al techo, donde se guarda la Piedra del Hogar, y coloca delante de ella un símbolo primitivo de su profesión, un rectángulo de metal, y reza a los Reyes Sacerdotes rogándoles bienestar para su casta en el próximo año; a continuación un Guerrero coloca sus armas delante de la piedra, seguido por representantes de las otras castas. Es parte importante de esta ceremonia que los guardias de la Piedra del Hogar se retiren al interior del cilindro, mientras los representantes de las castas elevadas cumplen con el ritual. Se dice que el suplicante respectivo debe quedar solo con los Reyes Sacerdotes.

Como culminación de la fiesta vegetal en Ar, y muy importante para el plan del Consejo de Ko-ro-ba, un miembro de la familia del Ubar asciende al techo de noche, bajo las tres lunas llenas, con las cuales se relaciona la fiesta. Arroja granos de cereal sobre la Piedra y la rocía con algunas gotas de una bebida roja semejante al vino, que se extrae del fruto del árbol llamado Ka-la-na. El miembro de la familia del Ubar reza entonces a los Reyes Sacerdotes y les pide una abundante cosecha. Luego regresa al interior del cilindro, después de lo cual los guardias de la Piedra del Hogar vuelven a ocupar su puesto.

Ese año el honor del sacrificio de los granos le correspondía a la hija del Ubar. Yo no sabía nada de ella, sólo que se llamaba Talena, que era considerada una de las beldades de Ar y que yo debía matarla.

De acuerdo con el plan del Consejo de Ko-ro-ba, yo debía aterrizar en el instante del sacrificio, alrededor de la vigésima hora goreana —equivalente a nuestra medianoche— sobre el techo del cilindro más elevado de Ar, debía matar a la hija del Ubar y llevarme su cuerpo y la Piedra del Hogar. Tenía que arrojar a la muchacha a la zona pantanosa, al norte de Ar y llevar la Piedra a Ko-ro-ba. Sana, la joven que se encontraba delante de mí en la silla, tendría que ponerse las pesadas vestiduras y velos de la muerta y regresar, en su lugar, al interior del cilindro. Probablemente pasarían algunos minutos antes de que se descubriera su identidad y entonces debía tomar el veneno que le había sido suministrado por el Consejo.

Dos muchachas tenían que morir esa noche, con el único fin de que yo pudiera huir con la Piedra del Hogar antes de que cundiera la alarma. Sabía que no llevaría a cabo ese

plan. Abruptamente cambié de rumbo y conduje mi tarn hacia la reluciente cordillera azul. Sana se quejó, se sacudió y sus manos palparon inseguras la capucha de esclava que cubría su cabeza.

Le ayudé a quitarse el gorro y me sentí encantado cuando su largo cabello rubio, agitado por el viento, rozó mi mejilla. Lo coloqué dentro de la bolsa de mi silla de montar y la contemplé admirado, no sólo por su belleza, sino también por su evidente intrepidez. Cualquier joven normal hubiera tenido motivos para mostrarse asustada: la altura a que nos encontrábamos, el animal salvaje que montaba, y la perspectiva del destino terrible que la esperaba al final de ese vuelo. Pero se trataba de una joven de Thentis, la ciudad rodeada de montañas; allí las muchachas no se asustaban con tanta facilidad.

Sana no se dio la vuelta, sino que observó sus muñecas y las frotó cuidadosamente.

—Me has desatado —dijo—, y me has quitado el gorro. ¿Por qué?

—Pensé que te sentirías más cómoda —respondí.

—Tratas a una esclava con mucha consideración. Te lo agradezco.

—¿Será posible que no sientas miedo? Te lo pregunto pensando en el tarn; seguramente ya habrás montado alguna vez un tarn. Yo sentí mucho miedo al hacerlo por primera vez.

La joven volvió el rostro desconcertada. —Las mujeres pocas veces pueden montar sobre el lomo de un tarn —dijo— Pueden hacerlo en una canasta, pero no como un guerrero —de repente se calló—. Dijiste que sentiste miedo —agregó después.

—Y es verdad —reí, y recordé la excitación y el extraño cosquilleo del peligro.

—¿Por qué le dices a una esclava que sentiste miedo?

—Pues, no lo sé —respondí— Lo que sí sé es que sentí miedo.

Volvió a mirar hacia adelante. —Yo ya había montado una vez sobre el lomo de un tarn —dijo amargamente—. Encadenada a una silla, rumbo a Ar, donde fui vendida.

—Contempló el horizonte y de repente se puso tensa: —Este no es el camino a Ar —exclamó.

—Ya lo sé —dije.

—¿Qué haces? —se volvió hacia mí y me miró sumamente sorprendida— ¿Adónde vuelas, señor?

La palabra «señor» me confundió, aunque la utilizaba adecuadamente, ya que la muchacha era efectivamente de mi propiedad.

—No me llames «señor» —dije.

—Pero tú eres mi dueño —respondió.

Saqué de mi túnica la llave del collar de Sana. Abrí la cerradura del aro de acero, lo arranqué de su cuello y lo arrojé a las profundidades.

—Eres libre —le dije—. Estamos volando hacia Thentis.

Se puso rígida y sus manos palparon incrédulas el cuello desnudo. —¿Por qué? —preguntó— ¿Por qué?

¿Cómo habría de responderle? ¿Que yo procedía de otro mundo, y estaba decidido a no aceptar todo lo que en Gor se daba por supuesto, que ella no me había resultado indiferente en su desamparo, que simplemente no podía verla como un instrumento del Consejo, sino sólo como a una muchacha joven, llena de vida, una muchacha que no debía ser sacrificada en un juego político...?

—Tengo mis razones —dije—, pero no sé si las entenderías.

—Mi padre y mis hermanos te recompensarán.

—No —respondí.

—Si así lo deseas tienen que entregarme a ti sin que les pagues nada.

—El vuelo a Thentis es largo —dije.

Sana respondió orgullosa: —Mi precio de novia correspondería a cien tarns.

Silbé por lo bajo, mi antigua esclava me hubiera costado mucho. Con mi sueldo de guerrero no hubiera podido permitirme semejante lujo.

—Si quieres aterrizar —dijo Sana, que evidentemente deseaba indemnizarme de alguna manera—, yo estoy dispuesta.

—¿Quieres disminuir el valor del regalo que te hago? —pregunté.

Reflexionó un instante y me besó suavemente en los labios. —No, Tarl de Ko-ro-ba —dijo—, pero tú sabes que siento cariño por ti.

Me di cuenta de que me había hablado como mujer libre, al llamarme por mi nombre. La abracé tratando de protegerla del soplo fresco del viento.

Más tarde la dejé sobre una torre en Thentis, la besé una vez más y aparté sus brazos de mi cuello. Sana lloraba. Hice ascender el tarn y saludé a la pequeña figura que todavía vestía la túnica rayada de esclava. Había levantado su brazo blanco, y sus rubios cabellos ondeaban agitados por el viento que barría el techo de la torre.

Tomé el rumbo de Ar.

Al cruzar el Vosk, aquel poderoso río de unos cuarenta pasang de ancho, que constituye el límite de Ar y desemboca en el Golfo de Tamber, tomé conciencia de que finalmente había llegado al Imperio de Ar. Sana había insistido en darme la cápsula de veneno que el Consejo le había suministrado para su propio uso, pero no quise conservarla y la había tirado. Era una tentación a la que no quería sucumbir. Si la muerte fuera tan fácil, quizás la vida no me importaría tanto, aunque, tal vez, llegara un momento en que me arrepintiera de esa decisión.

Pasaron tres días hasta que llegué a la ciudad de Ar. Poco después de cruzar el Vosk había descendido y había acampado. Desde ese momento sólo viajaba de noche; durante el día soltaba a mi tarn, que podía alimentarse a su gusto.

El primer día descansé a la sombra de una pequeña arboleda, una de las muchas que se encuentran en la región limítrofe de Ar. Dormí, comí de mis raciones, me ejercité con mis armas y traté de mantenerme ágil —a pesar de los esfuerzos que significaban los largos viajes en tarn—. Pero me aburría. Al principio hasta el paisaje resultaba deprimente, ya que los habitantes de Ar habían devastado una zona de unos trescientos pasang para delimitar su imperio; habían talado árboles frutales, cegado pozos de agua y arrojado sal sobre zonas fértiles. Por razones militares, a Ar se la había rodeado de un muro invisible, un cinturón descolorido, que difícilmente podría ser atravesado por peatones.

El segundo día tuve más suerte; acampé en una llanura cubierta de pasto, donde crecían algunos árboles Ka-la-na. Durante la noche había volado por encima de campos de cereales, que brillaban con un color amarillo plateado a la luz de las tres lunas. A lo largo de mi vuelo me orientaba gracias a la aguja reluciente de mi brújula goreana, que siempre señalaba en dirección a las Montañas Sardar, la fortaleza de los Reyes Sacerdotes. A veces también dirigía a mi tarn hacia las estrellas, las mismas estrellas fijas que ya había visto desde otro ángulo en las montañas de New Hampshire.

El tercer día acampé en el bosque pantanoso que limita la ciudad de Ar por el norte. Elegí esa región porque es la menos poblada en las inmediaciones de Ar. Durante la última noche había visto demasiados fuegos en los poblados, y en dos oportunidades había oído los silbatos de tarn de patrullas cercanas, que constaban, cada una de ellas, de tres guerreros. Pensé en la posibilidad de abandonar el proyecto, de expulsarme yo mismo de la sociedad como un desertor. Quería evadirme de ese plan descabellado.

Pero una hora antes de la medianoche del día en que se celebraba la fiesta vegetal de Sa-Tarna, volví a montar en mi tarn, tiré de la primera rienda y me elevé por encima de los árboles frondosos del bosque pantanoso. En el mismo instante escuché el grito ronco de un jefe de patrullas: —¡Ahí está! ¡Ya lo tenemos!

Habían perseguido a mi tarn mientras volaba en busca de alimentos. A continuación, tres guerreros de Ar se acercaron desde diferentes direcciones. Evidentemente no tenían el propósito de prenderme, porque un instante después del grito un pivote de ballesta pasó por encima de mi cabeza. Antes de que pudiera reponerme, apareció delante de mí

una oscura sombra alada y, a la luz de las tres lunas, distinguí a un guerrero sobre un tarn que trataba de alcanzarme con una lanza.

Con seguridad hubiera dado en el blanco, si en ese instante mi tarn no se hubiera apartado bruscamente hacia la izquierda; al hacerlo faltó poco para que chocara con otro, con su jinete a cuestas. Éste disparó un pivote de ballesta, que golpeó ruidosamente la bolsa de mi silla de montar. El tercer guerrero se acercó por detrás. Me di la vuelta, alcé el aguijón de tarn, sujeto alrededor de mi muñeca y traté de defenderme contra la espada. Espada y aguijón entrechocaron con estrépito, y una lluvia de chispas amarillas voló en todas direcciones. De alguna manera, sin darme cuenta, había conectado el instrumento. Mi tarn y el del agresor retrocedieron instintivamente ante la descarga y, sin proponérmelo, pude contar con un breve respiro.

Con rapidez saqué mi arco del lazo, preparé una flecha e hice girar repentinamente a mi tarn. El primero de mis perseguidores no había contado, tal vez, con esta maniobra, sino que se había preparado para darme caza. Cuando pasé a su lado, vi sus ojos desencajados a través de la «Y» de su casco, ya que debía reconocer que a tan corta distancia era imposible que yo errara el blanco. Vi cómo de repente se puso rígido sobre la silla y pude divisar a su tarn que se alejaba, emitiendo chillidos.

Ahora los otros dos hombres de la patrulla esperaban una oportunidad para el ataque. Se acercaron montados sobre sus tarns, a unos cinco metros de distancia uno del otro, y trataron de meterme dentro de una especie de pinza. Se proponían levantarle las alas al mío y aprovechar el momento en que yo me encontrara completamente desvalido.

No me quedaba tiempo para reflexionar, pero al instante advertí que blandía la espada y había colocado el aguijón de tarn en el cinturón. Cuando chocamos en el aire, tiré violentamente de la primera rienda y puse en juego las garras reforzadas de acero de mi tarn de combate. Y hasta el día de hoy les estoy agradecido a los criadores de tarns de Ko-ro-ba por el cuidadoso entrenamiento a que sometieron a mi magnífica ave. Quizá también debería alabar el espíritu de lucha de mi gigante alado, a quien Tarl el Viejo había llamado el tarn entre los tarns. El pico y las garras se movieron bruscamente hacia adelante y con un chillido ensordecedor, mi tarn se arrojó sobre las otras dos aves.

Mi espada chocó con la del guerrero que se hallaba más próximo; la lucha no duraría más que unos pocos segundos. De repente, advertí que uno de los tarns enemigos comenzaba a desplomarse, mientras batía violentamente las alas. El otro guerrero hizo girar a su animal, como si pretendiera volver a atacarme, pero en ese instante debió de haberse dado cuenta de que ahora su deber consistía en llamar a rebato. Irrumpió en un grito rabioso, giró y se alejó velozmente en dirección a las luces de la ciudad.

El guerrero estaba seguro de que no lo alcanzaría, pero yo conocía a mi tarn. Le aflojé las riendas y lo aguijoneé. Cuando nos acercarnos al guerrero en fuga, preparé una segunda flecha. Como no me proponía matarlo, apunté al ala de su tarn, el cual se volvió y comenzó a ocuparse de su ala herida. El guerrero ya no lograba mantener a su ave bajo control, y vi cómo el tarn iba cayendo lentamente, en torpes movimientos giratorios.

Volví a tirar de la primera rienda y cuando ya habíamos alcanzado una altura adecuada, tomamos nuevamente el rumbo de Ar. Quería volar por encima de las patrullas comunes. Al acercarme a la ciudad, me incliné sobre el cuello del ave, con la esperanza de que lo tomaran por un tarn salvaje que volara a gran altura por encima de la ciudad.

La ciudad de Ar debía constar de más de cien mil cilindros adornados con luces por la fiesta vegetal. No puse en duda el hecho de que Ar fuera la ciudad más grande de todo el planeta, al menos de lo que se conocía de Gor. Era grandiosa y bella, un digno marco para la joya del imperio —una joya que se había convertido en la tentación del Ubar, el victorioso Marlenus— Y en algún lugar allí abajo, en medio de una impresionante claridad, se encontraba una piedra insignificante, la Piedra del Hogar de esa gran ciudad, y yo debía apoderarme de ella.

6 - NAR LA ARAÑA

No me costó mucho reconocer el cilindro más grande de Ar: la morada del Ubar Marlenus. Al acercarme a la ciudad, vi como reinaba una gran animación sobre todos los puentes; muchos de los que festejaban el acontecimiento ya estarían quizás embriagados bajo los efectos del Paga. Entre los diferentes cilindros volaban tarnsmanes y, por lo que parecía, gozaban de ciertas libertades que les otorgaba la fiesta: hacían carreras entre ellos, organizaban luchas simuladas, avanzaban atacando sobre los puentes y sólo hacían ascender a sus animales unos centímetros por encima de las cabezas de los asustados transeúntes.

Audazmente hice descender a mi tarn, lo conduje para que volara entre los cilindros, uno más entre los numerosos tarnsmanes de la ciudad. Dejé que mi animal se posara sobre una de las varas de acero destinadas a los tarns que de tanto en tanto sobresalían por encima de los cilindros. El enorme animal abría y cerraba las alas con cuidado, y sus garras, fortalecidas por el acero, arañaban la vara. Por último, logró establecer el equilibrio, plegó sus alas y permaneció quieto, inmóvil, a excepción de los movimientos de alerta de su gran cabeza y el centelleo de sus ojos malignos que contemplaban al gentío que circulaba por los puentes cercanos.

Mi corazón comenzó a latir violentamente y pensé que aún estaba a tiempo de huir. De repente un guerrero borracho, sin casco pasó volando a mi lado y quiso también posarse en mi vara; era un tarnsman salvaje, de bajo rango, con ganas de luchar. Hubiera sido imposible dejarle la vara, ya que enseguida habría despertado sospechas. En Gor existe una única respuesta honrosa a un desafío. Aceptarla de inmediato.

—¡Que los Reyes Sacerdotes dispersen tus huesos —le grité y agregué—: ¡Y tú, ve a alimentarte de los excrementos del tharlarión!

Mi segunda observación, que se refería a las tan odiadas cabalgaduras de los clanes inferiores, pareció causarle mucha gracia.

—¡Que tu tamo pierda sus plumas! —tronó.

Se golpeó los muslos y aterrizó con su tarn sobre mi vara. Luego se inclinó en mi dirección y me arrojó una bolsa de cuero con Paga. Bebí y, despectivamente, se la devolví. Instantes después el guerrero volvió a emprender el vuelo entonando desafinadamente una canción.

Lo mismo que la mayoría de las brújulas de Gor, también la mía contenía un cronómetro. Le di la vuelta al aparato, presioné la palanca con la que se abría la tapa posterior y eché un vistazo a la aguja. ¡Eran las veinte horas y dos minutos! Olvidé todo pensamiento de desertión. Bruscamente, puse en movimiento a mi tarn y lo guié en dirección a la torre del Ubar.

A los pocos minutos pude distinguir el edificio debajo de mí. De inmediato hice descender al tarn, pues sin un motivo poderoso no puede uno acercarse a esa torre. Al descender, pude observar el techo grande y redondo del cilindro. Parecía iluminado desde abajo, irradiaba un resplandor azulado. En medio del círculo se encontraba una plataforma baja y redonda, de unos tres metros de diámetro a la que se llegaba por cuatro pequeños escalones. Sobre la plataforma había una figura solitaria, vestida de negro. Cuando mi tarn se posó sobre la plataforma, bajé de un salto, y oí el grito de una muchacha.

Corrí hacia el centro de la plataforma; al hacerlo tropecé, rompí con el pie una pequeña canasta llena de cereales y derramé un recipiente con Ka-la-na, que vertió su rojo contenido sobre la superficie de piedra. Me arrojé sobre una pila de Piedras que había en el medio de la plataforma; los gritos de la muchacha resonaban en mis oídos. Desde muy cerca se oían fuertes voces de hombres y estrépito de armas. Los guerreros subían apresuradamente la escalera que conducía al techo. ¿Cuál era la Piedra del Hogar? Las

fui apartando. Una de ellas tenía que ser la Piedra de Ar, pero ¿cuál de ellas? ¿Cómo podía distinguirla entre todas las demás, entre las Piedras de las ciudades que se encontraban dominadas por Ar?

¡Sin lugar a dudas tenía que ser la que estuviera mojada de Ka-la-na, la Piedra a la que estaban adheridos los pequeños granos! Apresuradamente las palpé, pero varias de ellas estaban húmedas y cubiertas de Sa-Tarna. Sentí que la figura embozada tiraba de mí, que trataba de clavarme las uñas en los hombros y en el cuello. Me volví y la empujé hacia atrás. Cayó sobre sus rodillas y, de repente, se arrastró hacia una de las Piedras, la cogió y quiso emprender la fuga. Una lanza resonó junto a mí sobre la plataforma. ¡Los guardias se encontraban sobre el techo!

Corrí detrás de la figura embozada, la agarré, la hice girar y me apoderé de la Piedra que llevaba. Trató de golpearme y me persiguió en dirección al tarn, que, excitado, batía las alas deseando abandonar el techo del cilindro. Salté hacia arriba y me así al aro de la silla de montar. Instantes después ya me encontraba montado sobre el tarn y tiraba violentamente de la primera rienda. La figura embozada trató de trepar la escala de la silla de montar, pero se vio entorpecida por el peso de sus vestiduras bordadas. Proferí una maldición al sentir que una flecha rozaba mi hombro. En el mismo instante se desplegaron las poderosas alas del tarn y el ave gigantesca se elevó por los aires. Empezó el vuelo, y el silbido de las flechas resonó en mis oídos, junto con los gritos de los hombres enardecidos y el largo y penetrante alarido de espanto de una muchacha.

Desconcertado, miré hacia abajo. La figura embozada seguía aferrándose desesperadamente a la escala de la silla de montar. Oscilaba libremente debajo del tarn, mientras dejábamos rápidamente atrás las luces de Ar. Desenvainé mi espada con el propósito de cortar la escala, pero luego me contuve y, fastidiado, volví a envainarla. No podía darme el lujo de cargar con un peso adicional, pero tampoco podía decidirme a enviar a una muerte segura a la muchacha.

Lancé maldiciones al escuchar abajo el concierto ensordecedor de los silbatos de tarn. Esa noche, seguramente, todos los tarnsmanes de Ar circulaban por el espacio. Dejé atrás los últimos cilindros de la ciudad y me sentí libre en la noche goreana, en camino a Ko-ro-ba. Guardé la Piedra del Hogar en el bolso de la silla, la cerré con candado, y, a continuación, me incliné hacia abajo para alzar la escala de mi silla de montar.

La joven gemía despavorida y sus músculos y dedos parecían congelados por el frío.

Cuando la coloqué delante de mí en la silla y la sujeté firmemente al aro, tuve que esforzarme para soltar sus dedos de la escala. Plegué esta última y la até a un lado de la silla. La joven me daba lástima: una figura desamparada, juguete de los ambiciosos planes políticos de su padre. Los sordos gemidos que emitía me emocionaban.

—No tengas miedo —dije— No te haré ningún daño. Cuando hayamos pasado el pantano, te haré bajar cerca de algún camino. Quería tranquilizarla: —Mañana por la mañana estarás nuevamente en Ar.

Indefensa, tartamudeó alguna palabra incomprensible de agradecimiento, se dio la vuelta y se abrazó a mí, como buscando protección. Sentí cómo temblaba, percibía junto a mí su cuerpo inocente, y entonces, de repente, sus brazos ciñeron mis caderas y con un grito de rabia me arrancó de la silla. Cuando comencé a caer me di cuenta que en la precipitada fuga había olvidado ajustar mi propio cinturón. Mis manos trataron de aferrarse a algo, pero se encontraron con el vacío y caí de cabeza a la nada.

Durante una fracción de segundo escuché su risa triunfante, que pronto se perdió en el viento. Sentí cómo mi cuerpo se ponía tenso durante la caída, esperando el impacto del golpe. Quizás también pensé si sentiría dolor, y llegué a la conclusión de que, en efecto, habría de sentirlo. Absurdamente traté de aflojar mi cuerpo y relajé los músculos, como si eso pudiera servir de algo. Esperaba el golpe, fui consciente del dolor al pasar velozmente a través de ramas y al sumergirme, por fin en una sustancia blanda, elástica. Perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, mi cuerpo estaba adherido a una especie de nevadura extensa de franjas anchas y elásticas, que constituían una estructura extraña, de aproximadamente un pasang de diámetro, a través de la cual sobresalían a intervalos irregulares los imponentes árboles del bosque pantanoso. Sentí cómo el extraño tejido se estremecía y traté de levantarme. Pero no pude hacerlo. Estaba pegado a la sustancia de la que se componía esa poderosa red. Desde la izquierda se aproximó una de las arañas de los pantanos de Gor, con una rapidez sorprendente, teniendo en cuenta su tamaño. Alcé los ojos al cielo azul. Hubiera deseado hundirme en el pantano. Me estremecí cuando el monstruo se detuvo a mi lado y sentí el leve roce de sus patas delanteras, adiviné el contacto de sus pelos sensibles. Alcé la vista; el animal me observaba fijamente con sus ocho ojos relucientes semejantes a botones, en actitud de pregunta, según me pareció. Entonces, con sorpresa escuché una voz producida mecánicamente que me preguntó: —¿Quién eres?

Comencé a temblar, ya que pensaba que había terminado por perder el juicio. De inmediato, la voz repitió su pregunta con un mayor volumen y agregó: —¿Eres de la Ciudad de Ar?

—No —dije— y entré de lleno en esa alucinación fantástica. —No, no vengo de Ar, sino de la Ciudad Libre de Ko-ro-ba.

Cuando dije eso, el insecto monstruoso se inclinó junto a mí y pude distinguir sus mandíbulas, afiladas como cuchillos curvos. Traté de fortalecerme ante la idea de la agresión mortal de esos cuchillos naturales. En lugar de atacarme, el animal roció con saliva, o una secreción similar, la red que me rodeaba, que de inmediato perdió su efecto adhesivo. Cuando volví a ser libre, las mandíbulas se apoderaron de mí y fui transportado al borde de la red; de allí la araña se deslizó, por una liana colgante, hasta el suelo, donde me depositó. Luego, se alejó de mí sobre sus ocho patas, sin perderme de vista con sus ojos relucientes.

Nuevamente oí la voz mecánica.

—Me llamo Nar y formo parte del pueblo de las arañas.

Entonces descubrí el pequeño aparato, sujeto a la parte inferior de su cuerpo; un dispositivo de traducción, tal como los vi anteriormente en Ko-ro-ba. Por lo visto, el aparato traducía impulsos sonoros que se encontraban por debajo de mi umbral de perceptibilidad. Seguramente mis respuestas eran transformadas de la misma manera. Una de las patas del insecto accionó un botón.

—¿Me puedes oír? —preguntó el animal.

—Sí —dije.

El insecto pareció sentirse aliviado.

—Me alegra saberlo —contestó.

—Me has salvado la vida. Te lo agradezco.

—Mi red te ha salvado la vida —rectificó. Calló un instante y agregó luego, como si advirtiera mi preocupación: —No te pasará nada malo. El pueblo de las arañas no le hace daño a un ser racional.

—Te estoy agradecido por ello —dije.

La próxima frase me quitó el aliento: —¿Eres tú el hombre que se apoderó de la Piedra del Hogar de Ar?

Titubeé un poco antes de contestar y luego respondí afirmativamente. Por lo visto, ese ser no simpatizaba mucho con los habitantes de Ar.

—Me alegra oírlo —dijo el insecto—. Pues los habitantes de esa ciudad no tratan bien al pueblo de las arañas. Nos persiguen y sólo nos dejan con vida para obtener el hilo Curlon, que luego es utilizado en los telares de Ar. Si no fueran seres racionales, los combatiríamos.

—¿Cómo sabes que la Piedra del Hogar de Ar ha sido robada? —pregunté.

—Esa noticia se difundió rápidamente, gracias a todos los seres racionales, sin hacer diferencia entre los que se arrastran, vuelan o nadan. Y ello ha sido motivo de gran alegría en Gor, menos en la ciudad de Ar, naturalmente.

—He vuelto a perder la Piedra —dije—. Me engañó una joven que probablemente es la hija del Ubar. Me arrojó de mi tarn y sólo me salvé gracias a tu red. Supongo que esta noche también en Ar volverá a reinar la alegría, cuando la hija del Ubar lleve de vuelta la Piedra del Hogar.

Nuevamente oí la voz mecánica: —¿Cómo es posible que la hija del Ubar lleve de vuelta la Piedra del Hogar, si tú llevas el agujón de tarn en tu cinturón?

Me sentí desconcertado por no haberseme ocurrido a mí. Me imaginé a la joven sobre el lomo del tarn salvaje, sin ninguna práctica en el trato con semejante animal, sin agujón de tarn, con la cual podría defenderse de él. De repente, sus posibilidades de supervivencia me parecieron muy reducidas, pues pronto llegaría la hora de la comida del tarn. Seguramente ya había amanecido desde hacía unas cuantas horas.

—Debo regresar a Ko-ro-ba —dije—. No he cumplido con mi misión.

—Si estás de acuerdo, te llevaré hasta el borde del pantano —dijo el insecto. Le di las gracias y suavemente me colocó sobre su lomo. La araña se movió ágil y velozmente a través del bosque cenagoso.

Llevaríamos aproximadamente una hora de viaje, cuando Nar de repente se detuvo y alzó sus dos patas delanteras al aire como si olfateara algo.

—Aquí cerca hay un tharlarión carnívoro, un tharlarión salvaje. ¡Sujétate bien!

Por suerte obedecí enseguida, pues de inmediato Nar corrió hacia un árbol de los pantanos que se hallaba próximo y trepó por el tronco. Algunos minutos más tarde escuché el gruñido hambriento de un tharlarión salvaje, y a continuación el penetrante grito de espanto de una muchacha.

Desde el lomo de Nar yo podía distinguir la zona pantanosa con sus islas de juncos y sus enjambres de insectos. En un cañaveral, a una distancia aproximada de cincuenta pasos, apareció una figura humana que gritaba y se acercaba a tropezones. Con los brazos extendidos, se internó a ciegas en el pantano. En el mismo instante reconocí la vestidura bordada, ahora salpicada de barro y despedazada. ¡Era la hija del Ubar!

Apenas la joven había alcanzado el claro del bosque y corría por el agua verde y poco profunda que se hallaba a nuestros pies, cuando apareció la temible cabeza de un tharlarión salvaje entre los juncos. Los ojos redondos resplandecían excitados, las enormes fauces estaban bien abiertas. Con una rapidez casi inimaginable echó fuera una larga lengua marrón que se enroscó alrededor del cuerpo delgado e indefenso de la muchacha, que chillaba histéricamente.

Sin pensarlo un instante, bajé del lomo de Nar y me agarré de uno de los largos zarcillos, semejante a las lianas, que viven como parásitos en los árboles del pantano. Un segundo después aterricé al pie del árbol y corrí con la espada desenvainada hacia el tharlarión. Me arrojé entre sus grandes fauces y la joven y, con un rápido golpe de espada, seccioné la lengua marrón.

A través de la sofocante atmósfera del pantano se oyó un ensordecedor grito de dolor; el tharlarión se irguió dolorido sobre sus patas traseras y con un ruido desagradable introdujo el muñón de su lengua dentro del hocico. Enseguida, sus ojos malignos se dirigieron hacia mí y su boca, que ahora estaba llena de una mucosidad incolora, se abrió y dejó al descubierto varias hileras de dientes afilados.

El monstruo me atacó. Yo me arrodillé y la poderosa cabeza pasó por encima de mí; en el mismo instante alcé la espada con violencia y dejé que la hoja se hundiera profundamente en su grueso cuello. El tharlarión se retiró algunos pasos hacia atrás, lento, inseguro. El muñón de su lengua se asomó varias veces, como si el animal no comprendiera por qué le faltaba parte de ella.

El tharlarión se hundió algo más profundamente en el pantano y entrecerró los ojos. Entonces supe que la lucha había terminado. El animal resbaló lentamente en el barro; el agua se movía a su alrededor y sospeché que los pequeños lagartos acuáticos ya habían dado comienzo a su repugnante tarea. Me incliné y lavé mi espada. Precavidamente regresé luego hasta el tronco del árbol y trepé a la pequeña isla seca que se había formado a su alrededor.

Traté de encontrar a la joven, pero había huido. Y eso me fastidiaba un poco. Pero ¿qué era lo que yo pretendía? ¿Que la muchacha me lo agradeciera? Sin duda me había dejado a merced del tharlarión, alegrándose de que sus contrincantes se aniquilaran mutuamente, mientras ella lograba ponerse a salvo. Me pregunté cuánto podría avanzar la joven por el pantano antes de que un segundo tharlarión le siguiera las huellas. Grité: —¡Nar!—, y busqué a mi alrededor a mi amiga, la araña, pero ella también había desaparecido. Agotado, me apoyé en el tronco del árbol, sin soltar la empuñadura de la espada.

Asqueado observé el cuerpo del tharlarión muerto. Se había ladeado y quedaban al descubierto los primeros huesos. Esos pequeños lagartos eran realmente muy veloces.

Oí un ruido y salté listo para el ataque. Pero se trataba solamente de la araña que se me acercaba velozmente. Entre sus mandíbulas sujetaba a la hija del Ubar Marlenus. La muchacha golpeaba a Nar con sus puños diminutos, pero la araña no parecía preocuparse por eso y la depositó delante de mí; sus relucientes ojos, semejantes a botones, parecían lunas vacías, inexpresivas, en un cielo nocturno.

—Esta es la hija del Ubar Marlenus —dijo Nar, y agregó con ironía—: Desgraciadamente olvidó agradecerme que le salvaras la vida, lo que resulta algo extraño en el caso de un ser racional, ¿no es cierto?

—¡Cállate, insecto! —suplicó la hija del Ubar. No parecía temer a Nar, quizá porque los habitantes de Ar se hallaban familiarizados con el pueblo de las arañas. Sin embargo, no cabía ninguna duda que el contacto de las mandíbulas le resultaba desagradable.

Contemplé a la joven, que ahora verdaderamente no ofrecía ya un aspecto atractivo. Sus pesadas vestiduras estaban salpicadas de barro, y en varias partes se había despedazado el brocado. Quizás habían pasado varias horas adornándola para la fiesta. A través del angosto tajo de sus velos, sus ojos me miraban enfurecidos. Observé que eran verdes, los ojos de la hija de un monarca, salvajes, insumisos, acostumbrados a mandar. También advertí con desagrado que la hija del Ubar medía varios centímetros más que yo; casi parecía que algo raro ocurría con respecto a las proporciones de su cuerpo.

—Me pones inmediatamente en libertad —ordenó— y mandas de paseo a este insecto inmundo.

—En realidad las arañas son insectos particularmente limpios —respondí con una mirada alusiva a sus vestiduras embadurnadas.

Se encogió de hombros.

—¿Dónde está el tarn? —pregunté.

—Sería mejor que preguntaras dónde está la Piedra del Hogar de Ar —contestó.

—¿Dónde está el tarn? —repetí. En ese momento mi animal me interesaba más que el ridículo trozo de piedra por el que había arriesgado mi vida.

—No lo sé —dijo— Y tampoco me importa.

—¿Qué ha pasado? —indagué.

—No deseo que se prolongue este interrogatorio —anunció la joven.

En mi rabia cerré los puños.

Suavemente las mandíbulas de Nar comenzaron a apretar el cuello de la muchacha. Esta sintió miedo y empezó a temblar. —¡Basta! —dijo jadeante, retorciéndose entre las mandíbulas implacables. Infructuosamente sus dedos trataron de apartar las duras tenazas.

—¿Quieres su cabeza? —preguntó la voz mecánica del insecto.

Yo sabía que la araña no podía hacerle daño a ningún ser racional, o sea que debía estar actuando de acuerdo con algún plan. Por lo tanto le dije que sí. Las dos cuchillas comenzaron a cerrarse implacablemente como una tijera gigantesca alrededor del cuello de la joven.

—¡Basta! —gritó—. Traté de conducir al tarn de vuelta hacia Ar. ¡Pero nunca antes había montado un animal así y no tenía el aguijón de tarn!

Hice un movimiento con la mano y Nar apartó sus mandíbulas.

—Nos hallábamos en alguna parte sobre el bosque pantanoso —continuó la muchacha—, cuando nos encontramos con una bandada de tarns salvajes. El mío atacó al guía de la bandada.

Se estremeció al recordarlo y me dio lástima. Me la imaginé sujeta, indefensa, a la silla de montar de un tarn gigantesco, que se lanza a una lucha de vida o muerte: debe de haber sido una experiencia tremenda.

—Mi tarn mató al otro —continuó la muchacha—, y lo siguió en su caída hasta el suelo, donde lo despedazó. Temblaba. Yo solté el cinturón de la silla y me escondí entre los árboles. Después de algunos minutos tu tarn salió volando; el pico y las garras llenas de sangre y plumas. Lo último que vi de él fue cómo se puso al frente de la bandada.

De ese modo se había esfumado toda esperanza, pensé. El tarn había vuelto a ser un ave salvaje. Sus instintos habían sido más fuertes que el silbato de tarn y el recuerdo de los hombres.

—¿Y la Piedra del Hogar de Ar? —pregunté.

—En el bolso de la silla de montar —dijo la joven, confirmando mis temores.

Yo había cerrado el bolso, que se hallaba bien sujeto a la silla. La voz de la joven había sonado oprimida y percibí su vergüenza por no haberse podido apoderar de la Piedra del Hogar. El tarn se había escapado, su naturaleza salvaje había prevalecido, la Piedra del Hogar se encontraba en el bolso de la silla. Yo había fracasado, la hija del Ubar había fracasado, y así nos encontrábamos, frente a frente, en el verde claro del bosque pantanoso de Ar.

7 - LA HIJA DEL UBAR

La muchacha se irguió orgullosamente, lo que resultaba algo ridículo si se tenía en cuenta su aspecto deplorable. Retrocedió frente a Nar, y sus ojos me echaron una mirada fulminante a través de la angosta abertura de su velo.

—Ha sido un placer para la hija del Ubar —dijo— informarte a ti y a tu hermana de ocho patas acerca de la suerte que han corrido tu tarn y la Piedra del Hogar. ¡Y ahora me pondréis inmediatamente en libertad!

—Eres libre —le dije.

Me miró fijamente, algo desconcertada, y continuó retrocediendo sin quitarnos la vista de encima, fijándose sobre todo en Nar. También dirigía su mirada hacia mi espada, como si esperara que yo la matara en cuanto me volviera la espalda.

—Está bien —dijo por último—; será mejor para ti que obedezcas mi orden. Quizá se te otorgue por ello una muerte fácil.

—¿Quién podría negarle algo a la hija de un Ubar? —pregunté, agregando malignamente: —Y mucha suerte en el pantano.

Se detuvo y se estremeció. Me aparté de ella, puse una mano sobre una pata delantera de Nar —muy suavemente para no dañar sus pelos tan sensibles.

—Bueno, hermana —dije, y pensé en cómo había sido ofendida por la muchacha— ¿Continuamos nuestro viaje? —Quería darle a entender a Nar que no todos los seres

humanos pensábamos de la misma manera que los habitantes de Ar con respecto al pueblo de las arañas.

—Sí, hermano —respondió la voz mecánica. Y efectivamente hubiera preferido ser hermano de ese monstruo dulce e inteligente antes que el amigo de algún hombre bárbaro, tal como me los había encontrado más de una vez en Gor. Quizá hasta era un honor para mí que me hubiera llamado hermano.

Trepé al lomo de Nar y nos pusimos en movimiento.

—¡Esperad! —exclamó la hija del Ubar— ¡No podéis dejarme aquí sola!

Tropezó en el montículo de pasto y cayó al agua. Estaba arrodillada en el líquido verde y alzaba los brazos en ademán suplicante, como si de pronto fuera consciente de su situación desesperada. No era un destino halagüeño el que le esperaba si la dejábamos sola en el bosque pantanoso.

—Llevadme con vosotros —dijo.

—Espera —le pedí a Nar, y la araña gigantesca se detuvo.

La muchacha trató de incorporarse, pero, de repente, una de sus piernas parecía ser mucho más larga que la otra. Volvió a tropezar y cayó nuevamente. Maldecía como un tarnsman. Me reí y descendí del lomo de Nar. Fui vadeando hasta el lugar donde se encontraba y la llevé al montículo. Teniendo en cuenta su tamaño era sorprendentemente liviana.

Apenas la había levantado en mis brazos cuando empezó a pegarme enfurecida. —¿Cómo puedes atreverte a tocar a la hija de un Ubar? —gritó. Me encogí de hombros y la dejé caer al agua. Furiosa, sacó fuerzas de flaqueza y fue cojeando hasta el árbol. La seguí y examiné su pierna. Un zapato enorme se había desprendido de su pequeño pie y colgaba suelto. La suela tenía unos veinte centímetros de espesor. Me reí. Finalmente había encontrado la explicación para el tamaño increíble de la joven.

—El zapato está roto —dije— Lo siento.

Trató de levantarse, pero no lo logró.

Desabroché también el otro zapato. —No es de extrañar que apenas puedas caminar —dije— ¿Por qué llevas estas cosas ridículas?

—La hija del Ubar debe contemplar desde lo alto a sus súbditos —fue la respuesta.

Cuando volvió a incorporarse apenas me llegaba hasta el mentón. Furiosa bajó la vista. La hija de un Ubar no mira a nadie desde abajo.

—Te ordeno que me protejas —dijo.

—No acepto órdenes de la hija del Ubar de Ar —respondí.

—¿Pero no ves que tienes que llevarme? —dijo.

—¿Por qué? —pregunté. De acuerdo con las rudas costumbres del país yo no le debía nada, en todo caso era ella la que estaba en deuda conmigo. Después de su intento de matarme, que sólo se había frustrado gracias a la red de Nar, yo en realidad tenía el derecho de matarla y abandonar su cuerpo a los lagartos acuáticos. Naturalmente, no podía ver estas cosas desde el punto de vista goreano, pero ella ¿cómo habría de saberlo? ¿Cómo habría de sospechar que yo no la trataría de la manera en que ella merecía ser tratada de acuerdo con la ruda justicia goreana?

—Tienes que protegerme —dijo: Su voz tenía algo de suplicante.

—¿Por qué? —pregunté furioso.

—Porque necesito tu ayuda —dijo. Luego exclamó sumamente irritada—: ¡No debí haber dicho eso! Había levantado la cabeza y durante un instante me miró a los ojos. Temblando de rabia bajó la cabeza.

—¿Me estás pidiendo que te haga este favor? —pregunté.

De repente pareció extrañamente sumisa.

—Sí —dijo—. Yo, la hija del Ubar de Ar, te pide a ti, un extraño, que la protejas.

—Quisiste matarme —respondí—. ¿Cómo puedo saber que no eres mi enemiga?

Guardó silencio durante un buen rato.

—Sé qué es lo que esperas ahora —dijo la hija del Ubar tranquilamente, con una tranquilidad poco común, a mi parecer. No la entendía. ¿Por qué titubeaba? Para mi desconcierto la hija del Ubar Marlenus se arrodilló delante de mí, un sencillo guerrero de Ko-ro-ba, bajó la cabeza y levantó los brazos, cruzando las muñecas.

Era el mismo gesto sencillo que había hecho Sana en la habitación de mi padre: la sumisión de una mujer prisionera. Sin levantar la vista, la hija del Ubar dijo con voz clara: —Me someto.

Más tarde deseé haber tenido un cordón para sujetar las muñecas que alzaba inocentemente. Enmudecí un instante, pero luego recordé la norma goreana según la cual estaba obligado a aceptar la sumisión o bien a matar a mi prisionero. Tomé sus manos y dije: —Acepto tu sumisión. Luego la levanté suavemente.

La llevé de la mano hasta el lugar donde se encontraba Nar, la ayudé a trepar sobre el lomo reluciente y veloso de la araña e hice lo mismo. Sin decir nada, Nar se puso en movimiento. Las ocho delgadas patas del insecto apenas parecían sumergirse en el agua verdosa. En una oportunidad, Nar fue a parar en arenas movedizas y su lomo se encorvó repentinamente. Abracé con fuerza a la hija del Ubar, mientras el insecto volvía a incorporarse y nadaba durante un segundo en el barro; luego pisó tierra Firme.

Después de una hora, aproximadamente, Nar se detuvo y alzó una de sus patas delanteras. A una distancia de tres pasang más o menos podían distinguirse prados verdes y campos de Sa-Tarna. La voz mecánica dijo: —No quisiera aproximarme más a la tierra firme, pues resulta peligrosa para el pueblo de las arañas.

Me deslicé hasta el suelo y ayudé a bajar a la hija del Ubar. Nos encontrábamos de pie uno junto al otro en el agua poco profunda. Coloqué mi mano sobre el rostro grotesco de Nar y el monstruo presionó brevemente mi brazo con sus mandíbulas. —Que te vaya bien —dijo Nar.

Respondí a su saludo y le deseé felicidad a él y a su pueblo.

El insecto colocó sus patas delanteras sobre mis hombros. —No te pregunto por tu nombre, guerrero —dijo—. Tampoco repetiré el nombre de tu ciudad delante de los sometidos, pero quiero que sepas que el pueblo de las arañas se honra en recordarte a ti y a tu ciudad.

Una vez más oí la voz mecánica: —Cuídate de la hija del Ubar.

—Se ha sometido —respondí, confiando en que la joven cumpliera con lo pactado.

Cuando Nar desapareció en el pantano, me despedí de ella con un gesto. Enseguida dejé de ver a mi grotesca amiga.

—Vamos —le dije a la muchacha— y enfilé hacia los campos de Sa-Tarna. La hija del Ubar me seguía a algunos metros de distancia.

Nos habíamos abierto camino a través del pantano a lo largo de unos veinte metros, cuando de repente la muchacha lanzó un grito. Me di la vuelta. Se había hundido hasta las caderas en el agua salobre ¡en un pozo de arena movediza! Gritaba histéricamente. Traté de acercarme cuidadosamente, mas el suelo comenzaba a ceder bajo mis pies. Intenté alcanzarla con el cinto de la espada, pero era demasiado corto. El aguijón de tarn, que se encontraba en el cinto, cayó al agua y desapareció.

La muchacha se hundía cada vez más profundamente en el agua, y pronto sólo se le vieron la cabeza y los hombros. Gritaba desaforadamente; frente a esa muerte terrible había perdido todo control sobre sí misma. —¡No te muevas! —le grité. Pero ella se contraía histéricamente, como un animal enloquecido. —¡El velo! —exclamé—. ¡Suéltalo! ¡Tíramelo! Sus dedos trataron de tirar del velo, pero en su estado de pánico no logró quitárselo a tiempo. El barro llegó a cubrir sus ojos desencajados y su cabeza desapareció en el agua verdosa, mientras sus manos se agitaban con desesperación en el aire.

Apresuradamente miré a mi alrededor y distinguí un tronco medio sumergido. Sin preocuparme por los eventuales peligros, corrí hacia él y tiré con todas mis fuerzas.

Probablemente fueron sólo unos segundos, pero a mí me pareció que pasaron horas hasta que el tronco cedió y pude sacarlo del barro. Lo empujé rápidamente hasta el lugar en que había desaparecido la hija del Ubar. Me aferré al tronco; bogué por el agua poco profunda por encima de las arenas movedizas, palpando con mi mano una y otra vez el líquido verduoso.

Por fin mis dedos tocaron algo —la muñeca de la joven— y lentamente fui sacándola de la arena. Sentí una profunda alegría cuando escuché sus quejidos, cuando sus pulmones aspiraron el aire húmedo, vivificante. Aparté el tronco, levanté a la muchacha y la llevé hasta una lengua de tierra firme cubierta de pasto, al borde del pantano.

La coloqué sobre la hierba. A unos cien metros comenzaba un campo amarillo de Sa-Tarna y un monte colorido de árboles de Ka-la-na. Agotado, me senté junto a la joven y sonreí para mis adentros. La orgullosa hija del Ubar con sus vestimentas de fiestaapestaba a pantano y sudor.

—Has vuelto a salvarme la vida —me dijo.

Asentí con la cabeza.

—Y ahora, ¿hemos salido del pantano? —preguntó.

Volví a asentir.

Esto parecía gustarle. Con un movimiento que no guardaba ninguna relación con sus ropajes de fiesta, se reclinó hacia atrás y miró el cielo. Indudablemente estaba tan agotada como yo. Además era una muchacha. Sentí lástima.

—Por favor —dijo.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Tengo hambre.

—Yo también —dije y me reí—. Ahí hay unos árboles de Ka-la-na. Quédate aquí; traeré algunas frutas.

—No, iré contigo, si me lo permites.

La repentina sumisión me sorprendió, pero recordé sus gestos en el pantano.

—Por supuesto que me gusta que me acompañes.

La tomé del brazo, pero ella retrocedió. —Como me he sometido —dijo—, debo ir detrás de ti.

—No digas tonterías —repliqué—. Ven, camina a mi lado.

Pero ella bajó la cabeza tímidamente. —Eso no está permitido.

—Como quieras —dije riendo, y me puse en movimiento. Ella me siguió apocada, o así me lo pareció al menos.

Ya casi habíamos llegado hasta los árboles de Ka-la-na cuando percibí un leve crujido de brocado detrás de mí. Me di la vuelta ¡justo a tiempo! Con un brusco movimiento logré asir su mano que empuñaba un largo y fino puñal. Gritó enfurecida cuando le quité el arma.

—¡Animal! —aullé rabioso— ¡Eres un animal sucio, maloliente, desagradecido!

Sentí la tentación de traspasarle el pecho con el puñal. Furioso, lo coloqué finalmente en el cinto.

—Te has sometido —dije.

A pesar de que yo la sostenía firmemente y de que esto debía dolerle, la hija de Marlenus se irguió delante de mí y dijo con arrogancia: —¡Eres un tharlarión! ¿Acaso crees que la hija del Ubar de todo Gor se sometería a alguien como tú?

Cruelmente la empujé hasta ver arrodillada a esa muchacha sucia y orgullosa.

—Pues tú te has sometido —repliqué.

Me maldijo y en sus verdes ojos brilló el odio. —¿Es así como tratas a la hija de un Ubar? —gritó.

—¡Yo te mostraré cómo trato a la mujer más traicionera de todo Gor! —exclamé—, y la solté. Con ambas manos arranqué el velo de su rostro, la así por el pelo y la arrastré detrás de mí, como si fuera una vulgar muchacha de las tabernas o una prostituta de

campamento, hasta la sombra de los árboles de Ka-la-na. Una espléndida cascada de cabellos negros enmarcó su rostro, oscura como las alas de mi tarn. Una maravillosa piel color oliva bordeaba los ojos verdes; su rostro resplandecía con una belleza que me quitaba el aliento. Sólo su boca estaba desfigurada por la rabia. —Me alegra —dije— ver el rostro de mi enemigo.

La dejé caer sobre la hierba, e increíblemente toda mi rabia se esfumó. Enfurecido, la había arrastrado hasta la sombra de los árboles; de acuerdo con todas las normas de este mundo me pertenecía. Y sin embargo la vi nuevamente como a una joven, una beldad de quien no se debía abusar.

—Naturalmente entenderás —le dije— que ya no puedo confiar en ti.

—Por supuesto que no —dijo— Yo soy tu enemigo. Y no temo a la muerte.

—Desvístete —ordené.

—¡No! —gritó, y retrocedió. Se arrodilló delante de mí, colocando su cabeza sobre mis pies— La hija de un Ubar te pide de todo corazón: atraviésame con tu espada. ¡Pronto!

Reí estrepitosamente. La hija del Ubar tenía miedo de que yo la violara, yo, un soldado común. Pero tuve que confesarme, avergonzado, que hacía un instante había pensado en eso, cuando la arrastraba hacia los árboles, pero el encanto de su belleza me había disuadido de humillarla. Me avergoncé y decidí que no habría de ocurrirle ningún daño a esa muchacha, aunque era maligna y traicionera como un tharlarión.

—No te violaré —dije— Tampoco he de matarte.

Alzó la cabeza y me examinó sorprendida. A continuación se levantó y me miró despectivamente.

—Si fueras un guerrero auténtico, ya me hubieras tomado sobre el lomo de tu tarn, en medio de las nubes, y hubieras arrojado mis ropas a las calles de Ar, para mostrarle a mi gente qué había sido de la hija de su Ubar.

Por lo visto creía que yo tenía miedo de dañarla y que como hija de un Ubar se encontraba por encima de los peligros de un cautiverio.

—Desvístete —repetí— Tengo que ver si llevas más armas.

—Ningún hombre puede ver a la hija del Ubar desnuda— respondió.

—Desvístete ahora mismo —le dije— o me encargará de hacerlo yo.

Furiosa, comenzó a desabrocharse sus pesadas vestiduras.

Apenas había comenzado a hacerlo cuando sus ojos, de repente, brillaron triunfantes y dejó escapar un grito de alegría.

—¡No te muevas! —dijo una voz detrás de mí— Tienes una ballesta a tus espaldas.

—Bien hecho, hombres de Ar —exclamó la hija del Ubar.

Me volví lentamente con las manos extendidas y me vi frente a dos soldados de infantería de Ar. Uno de ellos era un oficial; el otro, un soldado raso, que me apuntaba con su ballesta. A tan corta distancia difícilmente podía errarme.

El oficial, un hombre grande, cuyo casco mostraba señales de lucha, se acercó precavidamente con la espada desenvainada y me desarmó. Sonrió al contemplar la marca sobre el puño de la daga. Puso el arma en su cinturón y me colocó unas esposas. Después se dirigió a la joven:

—¿Tú eres Talena, la hija de Marlenus? —preguntó, y golpeó el puño de la daga.

—¿No ves acaso que llevo las vestiduras de la hija del Ubar? —dijo la muchacha—, sin reparar mayormente en el oficial. Se colocó delante de mí, me dirigió una mirada triunfante. Me escupió en la cara y me golpeó con todas sus fuerzas. Mis mejillas ardían.

—¿Eres Talena? —volvió a preguntar el oficial.

—Sí, soy Talena, héroes de Ar —respondió la joven con orgullo y se volvió hacia ellos— Soy Talena, la hija de Marlenus, Ubar de todo Gor.

—Pues bien —dijo el oficial dirigiéndose a su subordinado—, desvístela y encadénala como esclava.

8 - CONSIGO COMPAÑÍA

Salté hacia adelante, pero me detuvo la espada del oficial. El soldado raso dejó de lado su ballesta y se acercó a Talena, que lo miraba con espanto. El hombre comenzó a romper los lazos bordados; metódicamente rasgó sus vestiduras, las abrió, y las hizo caer al suelo por encima de sus hombros. Poco después se encontraba desnuda delante de nosotros, su ropa reducida a un sucio montón apilado a sus pies. Su cuerpo, parcialmente manchado de barro, era de una belleza extraordinaria.

—¿Por qué hacéis esto? —pregunté.

—Marlenus ha huido —dijo el oficial—. En la ciudad reina el caos. Los Iniciados han tomado el poder y han ordenado que Marlenus y todos los miembros de su familia sean empalados públicamente sobre los muros de Ar.

La muchacha dejó escapar un grito de terror.

El oficial continuó: —Marlenus perdió la Piedra del Hogar, la Piedra que le traía suerte a Ar. Él, por su parte, huyó con cincuenta tarnsmanes y gran parte del tesoro de la ciudad. En las calles se libran batallas entre los grupos que pretenden asumir el poder en Ar. Los saqueos y pillajes están a la orden del día. La ciudad se encuentra bajo la ley marcial.

La joven alzó los brazos sin ofrecer resistencia, y el soldado los sujetó con la cadena de los esclavos: dos livianos aros de oro, adornados con piedras azules, que casi parecían joyas. Talena parecía haber enmudecido. En el lapso de unos pocos segundos su mundo se había derrumbado. De repente se había convertido en la hija condenada de un delincuente bajo cuyo mandato había sido robada la Piedra del Hogar. Lo mismo que todos los demás miembros de la familia, se hallaba ahora expuesta a la venganza de los súbditos exacerbados.

—Yo soy el hombre que robó la Piedra del Hogar —dije.

El oficial me propinó un golpe con su espada: —Ya lo habíamos sospechado al encontrarte en esta compañía —rió por lo bajo—. No te preocupes, que a pesar de que en Ar a más de uno le alegre tu hazaña, tu muerte no será ni rápida ni agradable.

—Dejad a la joven en libertad —dije—, es inocente. Ha hecho todo lo posible para salvar la Piedra del Hogar de vuestra ciudad.

Talena parecía desconcertada al ver que yo salía en su defensa.

—Los Iniciados han dado a conocer su veredicto —dijo el oficial— Han decidido que se les ofrezca un sacrificio a los Reyes Sacerdotes a fin de que se compadezcan de nosotros y recuperemos la Piedra.

En ese momento desprecié a los Iniciados de Ar, que al igual que otros de su misma casta en todo Gor estaban dispuestos a apoderarse del poder político, al que supuestamente habían renunciado por su vocación. El propósito real detrás de los «sacrificios a los Reyes Sacerdotes» consistía probablemente en liberarse de otros competidores al trono de Ar y fortalecer su propia posición política.

El oficial frunció el ceño: —¿Dónde está la Piedra del Hogar?

—No lo sé.

Me colocó la espada en el cuello.

En ese instante la hija del Ubar dijo para mi sorpresa: —Dice la verdad. La Piedra del Hogar estaba en el bolso de la silla de montar de su tarn. El tarn se escapó y la Piedra ha desaparecido.

El oficial maldecía en voz baja.

—Llebadme a Ar —dijo Talena—. Estoy preparada.

Salió del círculo formado por su ropa y se detuvo, orgullosa, entre los árboles. El viento jugaba con sus largos cabellos negros.

El oficial la examinó de pies a cabeza y sus ojos brillaron. Sin mirar al soldado le dio la orden de encadenarme. Luego envainó su espada, sin quitarle los ojos de encima a

Talena. —A la muchacha la encadeno yo mismo —dijo—. Sacó una cadena de su bolso y se acercó la joven.

—La cadena no será necesaria —replicó Talena con orgullo.

—Eso lo decidiré yo —repuso el oficial, y rió mientras sujetaba el metal al cuello de la joven. Juguetonamente tironeó de él—, Nunca hubiera soñado tener alguna vez encadenada a la hija de Marlenus.

—¡Eres un monstruo! —chilló ella.

—Veo que aún tengo que enseñarte el respeto que me debes —dijo el oficial. Colocó su mano entre el cuello y la cadena, y atrajo a Talena hacia sí. Con un ademán salvaje se arrojó de repente sobre ella, y la muchacha, de espaldas sobre el pasto, dejó escapar un grito. El soldado contemplaba la escena: seguramente esperaba que también a él le llegaría su turno. Levanté mis pesadas esposas metálicas y le asesté con ellas un golpe en la sien. Sin emitir un quejido cayó al suelo.

El oficial se incorporó. Gruñó enfurecido y trató de sacar su espada. No había aún terminado de desenvainarla cuando lo atacué. Mis manos encadenadas se cerraron alrededor de su cuello. Se defendía desesperadamente y trató de apartar mis dedos; la espada se deslizó fuera de la vaina. Pero no aflojé. Entonces sacó de su cinturón la daga de Talena; esposado como estaba, seguramente no habría podido evitar el golpe mortal.

De repente se contrajo espasmódicamente y vi un muñón sangriento en lugar de su mano: Talena había empuñado su espada y le había cortado la mano que sostenía la daga. Solté al oficial. Se retorció en el pasto y poco después estaba muerto. Talena, desnuda, seguía sosteniendo la espada sangrienta en sus manos, y sus ojos reflejaban el horror por lo que había ocurrido.

—Suelta la espada —ordené bruscamente, preocupado de que pudiera ocurrírsele atacarme también a mí. La joven obedeció, cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las manos. Por lo visto la hija del Ubar no era tan inhumana como yo había supuesto.

Cogí la espada, me acerqué al otro soldado, y me pregunté si lo mataría, en caso de que aún estuviera vivo. Quizá le hubiera perdonado la vida, no lo sé; de todos modos no fue necesario tomar una decisión. Yacía inmóvil en el pasto: las pesadas esposas le habían partido el cráneo.

Registré el bolso del oficial y encontré la llave de mis esposas. Me costaba trabajo colocarla en la abertura indicada.

—Deja que yo lo haga —dijo Talena, cogió la llave y abrió la cerradura. Tiré al suelo las cadenas y me froté las muñecas.

Por favor —dijo Talena, que se hallaba de pie junto a mí, abatida, las manos atadas por las coloridas esposas destinadas a los esclavos.

—Por supuesto —dije—. Lo siento.

Seguí buscando en el bolso y finalmente encontré la diminuta llave de las cadenas de los esclavos. La puse en libertad.

A continuación me dediqué a examinar minuciosamente el bolso y las armas.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Talena.

—Quiero coger lo que pueda sernos útil —dije—, y clasifiqué el contenido de los bolsos. Los objetos más importantes eran una brújula-cronómetro, algunas raciones de víveres, dos botellas de agua, las cuerdas del arco, cordones y aceite para el funcionamiento de una ballesta. Decidí llevar conmigo mi propia espada y la ballesta del soldado. La aljaba contenía unos diez proyectiles. Ninguno de los dos soldados había llevado consigo lanza o escudo. Finalmente conduje ambos cuerpos hasta el pantano y los arrojé al agua sucia.

Cuando regresé al claro del bosque, encontré a Talena sentada en el pasto. Me sorprendió ver que aún no había vuelto a vestirse. Tenía apoyado el mentón sobre sus rodillas y cuando me vio, preguntó en forma bastante sumisa: —¿Puedo volver a vestirme?

—Por supuesto que sí.

Sonrió:

—Como ves, no llevo armas.

—Te subestimás —dije.

Pareció sentirse halagada. De entre sus sucias vestiduras eligió un trozo de viso, de seda azul, que dejaba los hombros libres; se lo puso y lo ató con un cinturón de seda del velo. No cogió nada más. Con sorpresa advertí que parecía no preocuparse ya por su aspecto, sino auténticamente aliviada de haberse despojado de las incómodas vestiduras de la hija del Ubar. La prenda, que naturalmente estaba calculada para ser llevada con sus zapatos enormes, le cubría los pies. A su pedido, corté la tela hasta dejarla a algunos centímetros por encima de sus tobillos.

—Gracias —dijo.

Le sonreí. Parecía tratarse de una Talena completamente nueva. Dio una vuelta por el claro del bosque. Era evidente que se sentía muy a gusto con su nuevo atuendo; giró varias veces sobre sí misma y pareció alegrarse de la libertad de movimientos que acababa de conquistar.

Recogí algunas frutas de Ka-la-na y abrí dos raciones de víveres. Talena se sentó junto a mí en el pasto y compartimos la comida.

—Me da pena que le haya pasado esto a tu padre —dije.

—Era el Ubar de todos los Ubares —dijo y titubeó un instante—. La vida de un Ubar siempre está llena de peligros —contempló el pasto pensativamente—. Tenía que saber que un día algo de esto pasaría.

—¿Acaso nunca habló contigo sobre el tema? —pregunté.

Eché la cabeza hacia atrás y rió: —¿Es que no eres goreano? Sólo he visto a mi padre en las fiestas públicas. Las hijas de las castas elevadas se crían en Ar en los Jardines Elevados como flores, hasta que algún pretendiente de alto linaje, preferentemente un Ubar o un Administrador, pague por la novia el precio fijado por los padres.

—¿Quieres decirme que no conociste a tu padre? —pregunté.

—¿Acaso es diferente en tu ciudad, guerrero?

—Sí —dije recordando que en Ko-ro-ba se tenía todavía en alta estima a la familia. Pero me pregunté si acaso esta idea podía deberse a la influencia de mi padre, cuya actitud terrestre en ocasiones entraba en conflicto con las rudas costumbres de Gor.

—Eso me gustaría verlo —dijo. Luego me examinó detenidamente—. ¿De qué ciudad vienes, guerrero?

—No vengo de Ar —respondí.

—¿Puedo saber tu nombre?

—Me llamo Tarl.

—¡Ah! Eres Tarl Cabot de Ko-ro-ba, ¿no es cierto?

No pude ocultar mi sorpresa y ella rió alegremente. —Sí, yo lo sabía —dijo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—El anillo —prosiguió, y señaló el rojo aro de metal que yo llevaba en mi mano derecha— Ese es el signo de Cabot, el Administrador de Ko-ro-ba, y tú eres su hijo Tarl, a quien los guerreros de Ko-ro-ba han adiestrado en las artes marciales.

—Los espías de Ar son muy diestros —dije.

—Más diestros que los Asesinos de Ar —contestó— Pa-Kur, Maestro entre ellos, debía matarte, pero fracasó.

Recordé el atentado en la casa de mi padre, un atentado del que seguramente no hubiera salido con vida a no ser por la actitud vigilante de Tarl el Viejo.

—Ko-ro-ba era una de las pocas ciudades que mi padre temía —dijo Talena— porque era consciente de que quizás algún día podría levantar a otras ciudades en su contra. Nosotros en Ar opinábamos que te hizo adiestrar para ese fin y por ello quisimos

eliminarlo. —Se calló un instante y me miró—: Lo que nunca hubiéramos sospechado es que pretendías robar nuestra Piedra del Hogar.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté.

—¡Oh! Las mujeres en el Jardín Elevado están bien enteradas —respondió.

Empecé a dividir las raciones que les había quitado a los soldados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Talena.

—Te doy la mitad de los víveres —respondí.

—Pero ¿por qué? —preguntó, mirándome con preocupación.

—Porque voy a dejarte —dije, y le acerqué una porción de comida, así como una de las botellas de agua. Finalmente le arrojé su daga— Puede serte útil.

La hija del Ubar parecía petrificada. Sus ojos se dilataron en señal de pregunta, pero sólo leyó resolución en mi rostro.

Guardé mis cosas, listo para partir. La joven se levantó y colocó su pequeño envoltorio sobre un hombro: —Voy contigo —dijo— Y no podrás impedirlo.

—¿Y si te encadenó a ese árbol? —pregunté.

—Tú no eres como los demás guerreros de Ar —dijo— No harías algo semejante.

—Pues no debes seguirme.

—Sola estoy perdida.

Yo sabía que decía la verdad. Una mujer indefensa no tenía posibilidades de sobrevivir en las planicies de Gor.

—Pero ¿qué puedo hacer para confiar en ti? —pregunté.

—No puedes hacer nada —dijo abiertamente—, pues yo vengo de Ar y tengo que seguir siendo tu enemigo.

—Entonces, me conviene abandonarte.

—Pero yo puedo obligarte a que me lleves contigo.

Se arrodilló delante de mí, bajó la cabeza y extendió sus brazos cruzados. —Ahora tienes que llevarme o de lo contrario, matarme lo que seguramente no harás.

La maldije.

—¿Qué vale la sumisión de Talena, la hija del Ubar? —pregunté irónicamente.

—Nada —dijo—. Pero tienes que aceptarla o matarme.

Furioso, me dirigí hacia donde estaban las esposas en el pasto; recogí también el gorro de esclava y la cadena.

—Ya que quieres ser prisionera —dije—, serás tratada como tal. Acepto tu sumisión.

La encadené y le quité la daga, que coloqué en mi cinturón. Fastidiado, arrojé los dos atados sobre sus hombros. Luego cogí la ballesta y abandoné el claro del bosque. Detrás de mí venía la joven embozada, tirada por mí. Con sorpresa, la escuché reír debajo de su gorro.

9 - KAZRAK DE PUERTO KAR

Caminamos juntos en la noche, fugitivos bajo las tres lunas de Gor. Poco después de abandonar el claro del bosque liberé a Talena, que se divertía con ello, del gorro y la cadena. Cuando cruzamos los campos de cereales, me habló acerca de los peligros que nos amenazaban allí, por parte de los animales feroces de las llanuras o de extraños que podríamos encontrar por el camino. Es interesante señalar que en el idioma goreano la denominación para un extraño es idéntica a la palabra enemigo.

Talena parecía colmada de una nueva vida, como si estuviera sumamente contenta de haber dejado atrás los Jardines Elevados. Ahora era una persona relativamente libre. El viento jugaba con sus cabellos y ella lo aspiraba como si fuera vino Ka-la-na. Noté que en mi compañía se sentía más libre de lo que jamás había sido antes. Su alegría era

sumamente contagiosa. Conversábamos y bromeábamos como si no fuéramos los más terribles enemigos en todo Gor.

Traté de tomar el rumbo de Ko-ro-ba. Era imposible regresar a Ar, ya que allí la muerte nos amenazaba a los dos. Probablemente nos esperaba un destino similar en la mayoría de las ciudades goreanas; las Ciudades Libres no eran precisamente célebres por su hospitalidad. Debido al odio que la mayoría de los goreanos sentía por la ciudad de Ar, era indispensable mantener en secreto la identidad de mi hermosa acompañante.

Pero me sentía preocupado, ¿Qué sería de Talena si tuviéramos la suerte increíble de llegar a Ko-ro-ba? ¿La empalarían allí públicamente o la entregarían a los Iniciados de Ar? ¿Se propondrían acaso encerrarla para el resto de su vida en un calabozo de un sótano de la ciudad? Quizá se le concediera la gracia de vivir como esclava.

Si Talena se interesaba por tales especulaciones, nada se advertía en ella. Me explicó su plan:

—Yo simularé ser la hija de un rico mercader, a quien tú conquistaste. Los hombres de mi padre mataron a tu tataro, y tú me llevas ahora a tu ciudad donde seré tu esclava.

De mala gana acepté esa fantasía, que tenía cierta lógica. Talena y yo estábamos de acuerdo acerca de que el peligro de ser reconocidos era relativamente pequeño. En general todos supondrían que el hombre que había robado la Piedra del Hogar y desaparecido con la hija del Ubar ya habría regresado hacía tiempo a su desconocido punto de partida.

A la mañana comimos de nuestras raciones y llenamos nuestras botellas de agua en un manantial escondido. Luego nos bañamos y nos acostamos para dormir. Talena se sintió irritada cuando la sujeté a unos cuantos metros de distancia, colocando sus brazos alrededor del tronco de un árbol joven y atándolos. No tenía ganas de que me apuñalara mientras dormía.

Por la tarde retomamos la marcha y finalmente nos atrevimos a transitar por uno de los anchos caminos empedrados, que nos alejaba de Ar: una ruta semejante a un muro, compuesta de sólidas piedras yuxtapuestas, hecha para durar mil años. Había muy poco tránsito por allí, quizá debido al caos reinante en la ciudad. En el caso de que hubiera fugitivos, seguramente se encontraban todavía detrás de nosotros, y sólo unos pocos mercaderes se aproximaban a la ciudad. Pues ¿quién deseaba poner en juego sus mercancías en semejante situación caótica? Y cuando de tiempo en tiempo nos encontrábamos con un viajero, nos acercábamos a él con precaución. Lo mismo que en mi país de origen, Inglaterra, en Gor se transita por el lado izquierdo del camino, lo que significa algo más que una costumbre, ya que, yendo del lado izquierdo, el brazo que lleva la espada está vuelto hacia quien viene a nuestro encuentro.

Nuestra preocupación parecía infundada, y pronto pasamos varias piedras-pasang sin haber advertido nada amenazante, sin haber visto a nadie, a excepción de algunos campesinos que llevaban unos juncos sobre la espalda y dos Iniciados que apresuraron el paso. Sin embargo, en una oportunidad, Talena me apartó del camino, y apenas pudimos ocultar nuestro horror al ver pasar a un leproso a nuestro lado. Sufría de la incurable enfermedad Dar-Kosis. Estaba envuelto en unos harapos amarillos y utilizaba una matraca de madera para prevenir a los transeúntes.

Poco a poco el camino se volvió más solitario y parecía que era, en general, menos transitado. El pasto crecía en los resquicios entre las piedras y casi no se veían huellas de ruedas. Pasamos varios cruces, pero yo mantuve la dirección hacia Ko-ro-ba. No sabía qué haríamos cuando llegáramos a la zona de tierra devastada y a las orillas del río Vosk.

—Nunca llegaremos a Ko-ro-ba —dijo Talena desesperada.

Esa noche comimos las últimas raciones y vaciamos una de las botellas de agua. Cuando quise encadenar a la joven, me empujó hacia un costado.

—Tenemos que encontrar un arreglo más adecuado —dijo, y tiró las esposas al suelo— Este es muy incómodo.

—¿Qué propones?

Miró a su alrededor y, de repente, sonrió:

—Aquí —dijo, cogió una cadena de esclavos de mi bolso, la hizo girar varias veces alrededor de sus tobillos delgados y la cerró. Luego me dio la llave. A continuación llevó la cadena hasta un árbol cercano, se inclinó y colocó el extremo que se encontraba suelto alrededor del tronco—. ¡Dame las esposas! —ordenó. Le traje lo que pedía y pasó los dos aros de las esposas por el trozo de cadena que rodeaba el árbol, las cerró y me dio la llave.

—Ya ves, audaz tarnsman —dijo— ¡Yo te enseñaré cómo se trata a una prisionera! Y ahora puedes dormir en paz, y te prometo que esta noche no te degollaré.

Me reí y por un instante la tuve entre mis brazos. De repente me di cuenta cómo latía mi corazón. Tampoco Talena parecía indiferente a nuestro contacto. No deseaba soltarla nunca más, la quería sólo para mí. Solamente haciendo un gran esfuerzo pude librarme del mágico poder de sus ojos.

—Así que de este modo —dijo despectivamente— trata un tarnsman a la hija de un rico mercader.

Me acosté en el pasto lejos de ella. Estuve mucho tiempo sin poder dormirme.

Muy temprano por la mañana abandonamos nuestro campamento. Nuestro desayuno consistió en un trago de agua y algunas pequeñas bayas secas que encontramos en los arbustos. No habíamos caminado mucho cuando Talena me tomó del brazo. Presté atención y escuché pifafar a un tharlarión. —Un guerrero —dije.

—¡Rápido! —ordenó Talena ¡El gorro!

Le cubrí la cabeza y la encadené apresuradamente.

Ya se oía más de cerca el ruido de los cascos del tharlarión.

Poco después apareció el jinete, un magnífico guerrero barbudo provisto de un casco dorado y una lanza de tharlarión. Detuvo su cabalgadura algunos metros delante de mí. Montaba un tharlarión de la especie que se denomina también tharlarión grande, un animal que avanza dando grandes saltos sobre sus patas traseras. Las delanteras, pequeñas y ridículas, colgaban inútiles hacia abajo.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

—Soy Tarl de Bristol —respondí.

—¿Bristol? —preguntó el guerrero desorientado.

—¿Acaso nunca has oído hablar de ese lugar? —pregunté incrédulo.

—No —admitió abiertamente—. Yo soy Kazrak de Puerto Kar, y estoy al servicio de Mintar, de la Casta de los Mercaderes.

Yo había oído mencionar a Puerto Kar. Se trataba de una ciudad en el delta del Vosk, de bastante mala fama.

El guerrero señaló a Talena con su lanza:

—¿Y ésa quién es? —preguntó.

—No es necesario que sepas ni su nombre ni su procedencia.

El guerrero rió y se golpeó los muslos:

—Probablemente quieres convencerme de que procede de una casta elevada —dijo— Seguramente no es más que la hija de un pastor de cabras.

—¿Qué hay de nuevo sobre Ar? —pregunté, sin preocuparme del estremecimiento nervioso de Talena.

—Allí hay guerra —dijo el jinete con tono satisfecho—. Mientras los habitantes de Ar luchan entre sí por los cilindros, a orillas del Vosk se reúne un ejército compuesto por guerreros de cincuenta ciudades para tomar Ar al asalto. Pocas veces se ha visto un campamento semejante al que se encuentra allí abajo: una ciudad de carpas, y corrales para los tharlariónes del tamaño de un pasang; las alas de los tarns resuenan como el trueno desde el cielo.

Se oyó la voz de Talena, algo ahogada debajo del gorro: —Los buitres llegan y caen sobre los tarnsmanes heridos—. Se trataba de un dicho goreano.

—Yo no le hablé a la muchacha —respondió el guerrero— Probablemente hace poco que lleva sus cadenas.

—¿Cuál es tu destino? —pregunté.

—La ciudad de las carpas a orillas del Vosk —me respondió.

—¿Qué hay de nuevo, acerca del Ubar Marlenus? —preguntó Talena.

—Deberías pegarle —dijo el guerrero. Pero a pesar de todo le contestó— Nada. Ha huido.

—¿Y qué se sabe de la Piedra del Hogar de Ar y de la hija de Marlenus? —me di cuenta de que ésta era la pregunta que el guerrero esperaba que le formulara.

—Si se hace caso de los rumores, la Piedra puede encontrarse en cien ciudades diferentes. También se dice que ha sido destruida. Sólo los Reyes Sacerdotes saben la verdad.

—¿Y la hija de Marlenus?

—Seguramente se encuentra en la alcoba del tarnsman más audaz de Gor —dijo el guerrero y se rió—. Espero que tenga tanta suerte con ella como con la Piedra. Por lo que dicen, tiene el temperamento de un tharlarión, y la cara le hace juego.

Talena se puso rígida: —He oído —dijo altiva— que la hija del Ubar es la mujer más hermosa de todo Gor.

—Me gusta la muchacha —dijo el guerrero—. ¡Déjamela!

—No —respondí.

—¡Déjamela o mi tharlarión te hará pedazos! —exclamó— ¿O prefieres que te traspase mi lanza?

—Tú conoces las reglas —dije tranquilamente—. Si quieres a la muchacha, tienes que desafiarme y dejar que yo elija las armas.

El rostro del guerrero se ensombreció. Luego echó hacia atrás su hermosa cabeza, riéndose. Sus dientes relucían a través de su espesa barba.

—¡De acuerdo! —bramó. Sujetó su lanza a la silla y se deslizó hasta el suelo. —¡Te desafío!

—Espada —dije.

—De acuerdo —respondió.

Empujamos hacia un lado a una Talena asustada, que ahora debía presenciar cómo dos guerreros resueltos luchaban por ella. Kazrak de Puerto Kar era un excelente espadachín, pero al cabo de algunos segundos ya sabíamos que lo superaba. Tenía el rostro pálido debajo del casco, mientras trataba de parar mis violentos ataques. En una oportunidad, retrocedí y bajé la punta de la espada hasta el suelo, señal de gracia simbólica en caso de que quisiera interrumpir la lucha. Pero esto pareció enardecerlo aún más, pues retomó el ataque con furia redoblada.

Por último, después de un encuentro particularmente violento, logré clavar mi espada en su hombro, y, al caer el brazo que sostenía el arma, se la arranqué de la mano.

Kazrak se hallaba de pie, orgulloso, en medio del camino, esperando el golpe mortal.

Me di la vuelta y me coloqué junto a Talena, que se encontraba abatida al borde del camino, aguardando el instante en que el vencedor le quitara la capucha.

Cuando levanté el gorro y me vio a mí dejó escapar un grito de alegría. Luego miró al guerrero herido. Se estremeció: —¡Mátalo! —ordenó.

—No —dije.

El guerrero, que se agarraba su hombro ensangrentado, sonrió amargamente: —Valió la pena luchar por ella —dijo, y examinó a Talena.

La muchacha arrancó la daga de mí cinturón y corrió hacia Kazrak. Apenas pude evitar que le traspasara el pecho con su arma.

El no se había movido del lugar: —Deberías azotarla —dijo impasiblemente.

Corté algunos centímetros de tela del borde del vestido de Talena, lo que soportó llena de furia. Había terminado de vendar la herida, cuando escuché ruidos metálicos; me vi rodeado de repente por jinetes provistos de lanzas, que llevaban las mismas vestimentas que Kazrak. Detrás de ellos se veía una larga fila de tharlariones anchos, la variedad de cuatro patas de esta raza. Estos seres monstruosos tiraban de unos carros imponentes, que estaban cargados hasta el tope, cubiertos por lonas rojas.

—Esta es la caravana de Mintar, de la Casta de los Mercaderes —dijo Kazrak.

10 - LA CARAVANA

—No le hagáis daño —dijo Kazrak—. Es mi hermano de espada, Tarl de Bristol.

La advertencia de Kazrak respondía al extraño código de los guerreros de Gor, reglas que les eran tan naturales como la respiración. Los hombres que han derramado la sangre de un contrincante se convierten en sus hermanos de espada, a menos que se maldiga la sangre sobre el arma. Esta es una regla que, desligada de toda vinculación con la Piedra de Hogar, sólo concierne a los dos guerreros en cuestión.

El muro de lanzas se abrió para ceder el paso al comerciante Mintar. Una litera adornada con alhajas estaba suspendida entre dos tharlariones, que se balanceaban lentamente de un lado a otro. Cuando los monstruos se detuvieron, se entreabrieron las cortinas de la litera. Sobre unos cojines bordados se hallaba sentado un hombre enorme; su cabeza era redonda como un huevo de tarn y sus ojos casi se perdían en los rollos adiposos de su rostro. Un penacho de pelo raído colgaba de su gordo mentón.

—Así que Kazrak de Puerto Kar ha encontrado a su igual —dijo el comerciante captando rápidamente la escena.

—Esta es la primera vez que he sido vencido —respondió Kazrak con orgullo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Mintar, dirigiéndose a mí.

—Tarl de Bristol —dije—. Y ésta es mi mujer, sobre la que hago valer mis pretensiones por el derecho de la espada.

Mintar no dejó entrever que no había oído jamás mencionar la ciudad de Bristol. Cerró los ojos por un instante, y dirigiéndose luego a los jinetes que me rodeaban: —¿Acaso alguno de los que se encuentra a mi servicio desea luchar por la mujer de Tarl de Bristol? —preguntó.

Los guerreros, montados en sus cabalgaduras, parecían nerviosos. Mintar rió despectivamente, luego su rostro se ensombreció: —Tarl de Bristol —dijo—, has puesto fuera de combate a mi mejor guerrero. En consecuencia me debes algo. ¿Puedes pagarme el elevado precio que corresponde a semejante guerrero?

—No tengo más bienes que esta muchacha —dije—, y no estoy dispuesto a entregarla.

Mintar resopló: —En los carros tengo cuatrocientas muchachas tan hermosas como ella—. Examinó a Talena detenidamente, pero no se inmutó: —Ella no aportaría ni siquiera la mitad del dinero que yo debería gastar para adquirir un guerrero como Kazrak.

Talena se sobresaltó como si le hubieran golpeado la cara.

—Entonces no puedo pagarte lo que te debo —dije.

—Soy un comerciante —respondió Mintar—, y es parte de mis principios exigir el pago de todas las deudas.

Me preparé para vender cara mi vida. Extrañamente lo que más me preocupaba era la suerte que correría Talena.

—Kazrak de Puerto Kar —dijo Mintar—, ¿estás dispuesto a dejarle a Tarl de Bristol el resto de tu precio de alquiler, si se pone a mi servicio en tu lugar?

—Sí —respondió Kazrak—. Él me honró: es mi hermano de espada.

Mintar me examinó satisfecho: —Tarl de Bristol, ¿te pones al servicio de Mintar, perteneciente a la Casta de los Mercaderes?

—¿Y si me niego? —pregunté.

—Entonces ordenaré a mi gente que te mate —suspiró Mintar—, y ambos sufriremos una pérdida.

—¡Oh! Ubar de todos los mercaderes —dije—, ¿cómo habría de permitir yo que menguaran tus ganancias?

Mintar se relajó a ojos vista: —¿Y qué pasa con la muchacha? Si así lo deseas, te la compro.

—No está en venta. Tiene que acompañarme —repuse.

—Veinte discotarns —dijo Mintar.

Me reí.

Mintar también sonrió: —Cuarenta —dijo.

—No —respondí.

Mintar ya no sonreía: —Cuarenta y cinco —ofreció con tono oprimido.

—Ni lo pienses.

—¿Procede de una casta elevada? —preguntó el comerciante.

—Soy la hija de un rico mercader —anunció Talena orgullosamente—, el más rico de todo Gor. Fui raptada por este tarnsman. Han matado a su tarn, y él me lleva ahora a... a Bristol, donde seré su esclava.

—Yo soy el mercader más rico de Gor —dijo Mintar en voz baja.

Talena se estremeció.

—Si tu padre es un comerciante, dime su nombre —continuó—, seguramente lo conozco.

—Poderoso Mintar —tercié en el diálogo—, disculpa a este tharlarión vestido de mujer. Su padre es un pastor de cabras en los bosques pantanosos de Ar y yo la he raptado. En Bristol cuidará de mis cabras.

Los soldados soltaron una carcajada y Kazrak fue quien más se rió. Durante un instante temí que Talena descubriera su verdadera identidad.

Mintar sonrió divertido: —Mientras estás a mi servicio, puedes sujetarla a mi cadena —dijo.

—Mintar es generoso —respondí.

—No —dijo Talena—. Deseo compartir la carpa con mi guerrero.

—Como quieras —dijo Mintar, y no se ocupó más de ella. Dio indicaciones para que volvieran a cerrar las cortinas de su litera.

Kazrak nos llevó a Talena y a mí a lo largo de la extensa caravana para encontrarle un lugar a la joven. Junto a un largo carromato, cubierto de seda a rayas amarillas y azules, le quité las esposas y la dejé a cargo del guardián.

—Tengo un grillete disponible —dijo, tomó a Talena del brazo y la empujó hacia el interior del carromato. Dentro se encontraban sentadas unas veinte muchachas, diez a cada lado. Estaban encadenadas a una barra de metal que pasaba por el centro del carromato. Estaban vestidas como esclavas. Antes de que sujetaran a Talena, me gritó por encima del hombro: —¡No te librarás tan fácilmente de mí, Tarl de Bristol!

—Trata de deshacerte del aro —rió Kazrak y se dispuso a marcharse.

Apenas nos habíamos alejado unos diez pasos, cuando oímos los gritos de una muchacha, y a continuación, chillidos y exclamaciones. El carromato estaba alborotado y se escuchaba ruido de cadenas. El guardián saltó con su látigo debajo de la lona, y agregó al estrépito sus maldiciones y latigazos. Poco después volvió a aparecer furioso y sin aliento, arrastrando a Talena por los cabellos. Ella se resistía y se retorció furiosa. Las jóvenes desde el carromato alentaban con sus gritos al guardián, que, rabioso, arrojó a Talena en mis brazos. Sus cabellos estaban desgñados, sus espaldas, cubiertas de ronchas y sus hombros, rasguñados. Tenía un brazo lastimado y sus ropas colgaban hechas jirones.

—¡Consérvala en tu carpa! —resopló el guardián. —Los Reyes Sacerdotes son testigos de que lo ha logrado efectivamente —dijo Kazrak admirado—. ¡Un auténtico tharlarión vestido de mujer!

Talena alzó su nariz ensangrentada mostrándome una sonrisa radiante.

Los días que siguieron se contaron entre los más felices de mi vida. Talena y yo nos convertimos en parte de la larga y chirriante caravana de Mintar, una procesión interminable y de increíble colorido. Parecía como si ese viaje agradable nunca llegara a su fin, y me encontré a gusto entre las largas hileras de carromatos, cargados con los productos más diversos, con metales misteriosos y piedras preciosas, con fardos de telas, comestibles, vinos y Paga, armas y armaduras, cosméticos y perfumes, medicamentos y esclavos.

Cada mañana nos poníamos en movimiento mucho antes de que amaneciera y viajábamos hasta la hora de más calor. Temprano por la tarde nos deteníamos para acampar. Se les daba de comer y de beber a los animales de tiro, se colocaban guardianes, se aseguraban los carromatos, y los miembros de la caravana se ocupaban de las fogatas para preparar la comida. Al atardecer cocheros y guerreros se divertían con sus cuentos y canciones, contaban aventuras inventadas y reales, y bajo los efectos del Paga entonaban sus rudas canciones, a voz en cuello.

Fue en esos días cuando aprendí a manejar un tharlarión alto. Esos lagartos gigantescos se crían en Gor desde mil generaciones atrás. Reaccionan frente a señales verbales, pero en ocasiones también hay que ayudarlos un poco con la punta de la lanza.

Los tharlariónes altos son carnívoros, pero su metabolismo es más lento que el del tarn, que parece estar pensando constantemente en la comida. Además necesitan muy poca agua.

La silla del tharlarión se fabrica teniendo en cuenta el propósito de mitigar las sacudidas debidas a los saltos irregulares de esos animales. Ello se logra; fundamentalmente, sujetando la silla de montar a un armatoste hidráulico que nada en un líquido espeso. De ese modo también se mantiene la silla en posición horizontal. A pesar de este invento, quienes montan un tharlarión llevan además un cinturón de cuero ancho y grueso que los sujeta a la silla, así como unas botas altas y blandas. El cuero protege las piernas del jinete de la piel áspera del animal. Cuando un tharlarión galopa su piel puede desgarrar la carne de la pierna desprotegida del jinete.

Como había prometido, Kazrak me dejó el resto de su salario: ochenta discotarns, una bonita suma. Tuve que convencerlo para que conservara parte de esa cantidad para sus propias necesidades: a fin de cuentas yo era su hermano de espada. Los dos compartíamos una carpa con Talena, y bajo la mirada burlona de Kazrak separé, con una cortina de seda, una parte de la carpa para la muchacha.

Kazrak y yo adquirimos para Talena un vestido rayado, de los destinados a las esclavas, lo que me pareció una medida adecuada para evitar preguntas acerca de su verdadera identidad. Además Kazrak, por cuenta propia, compró dos objetos que consideró importantes, un collar grabado y un látigo para esclavas.

Regresamos a la carpa y le entregarnos su nuevo atuendo. Furiosa, se mordió el labio inferior. A no ser por la presencia de Kazrak, seguramente me hubiera dado a conocer otras manifestaciones de su enojo.

—¿Acaso pensabas vestirme como una mujer libre? —la increpé.

Me miró fijamente, consciente de tener que desempeñar su papel. Echó la cabeza hacia atrás: —Naturalmente que no —dijo, y agregó irónicamente—. Señor.

Bien erguida, desapareció detrás de su cortina de seda, para volver a aparecer de inmediato en su corto manto sin mangas. Coquetamente dio una vuelta delante de nosotros.

—¿Te gusto? —preguntó.

—Arrodíllate —le dije y tomé el collar de esclava.

Talena palideció, pero cuando Kazrak comenzó a reírse, obedeció. Le acerqué el collar de hierro, que llevaba la siguiente inscripción: «PERTENEZCO A TARL DE BRISTOL».

Luego dejé que el fino aro de metal se cerrara alrededor de su cuello y metí la llave en mi bolso.

—¿Quieres que mande traer el hierro candente? —preguntó Kazrak.

—No —suplicó Talena, que ahora, por primera vez, parecía realmente asustada.

—Todavía no la marcaré —dije con expresión seria.

—¡Por los Reyes Sacerdotes! —rió Kazrak—. ¡Casi me haces creer que te interesas por ese tharlarión salvaje!

—Déjanos solos, guerrero —le dije.

Kazrak volvió a reír, me guiñó el ojo y se retiró haciendo una reverencia irónica.

—¡Cómo puedes atreverte! —bramó Talena— ¡Encadenar a la hija del Ubar de Ar!

Desesperadamente trató de desprender el aro.

—La hija del Ubar de Ar —dije— lleva el collar de Tarl de Bristol.

Tembló de rabia, pero enseguida se controló y trató de no perder la calma: —Quizá sea realmente adecuado que un tarnsman le ponga su collar a la hija cautiva de un rico mercader.

—O a la hija de un pastor de cabras —corregí.

Sus ojos centellearon: —Sí, quizá —dijo—. Bien, reconozco que tu plan es razonable.

Con gesto dominante me tendió su pequeña mano.

—Pero dame la llave —continuó— para que pueda quitarme el collar cuando quiera.

—Yo conservaré la llave —dije— Y el collar se quitará cuando lo quiera yo, si es que se quita.

Se irguió furiosa: —Muy bien —respondió. Entonces su mirada recayó sobre el segundo objeto que Kazrak me había regalado, el látigo para esclavos—. Y eso ¿a qué viene?

—¿Acaso no estás familiarizada con un látigo para esclavas? —pregunté.

—Sí —dijo en voz baja—. Lo he usado muy frecuentemente con mis esclavas. Pero ¿tú también quieres...?

—Si es necesario —respondí.

—Te faltaría el valor para hacerlo —comentó.

—Pero quizá no las ganas —contesté.

Sonrió. Su próximo comentario me desconcertó: —Utilízalo tranquilamente cuando yo no te guste, Tarl de Bristol —dijo, y se apartó.

Los próximos días vi con sorpresa que Talena se mostraba alegre y comunicativa. Se interesaba por la caravana y marchaba durante horas junto a los carromatos coloridos, dejaba que los cocheros de vez en cuando la llevaran un trecho consigo, les pedía una fruta o un dulce. Conversaba animadamente con las pasajeras de los carros azules y amarillos, les transmitía novedades y chismes y bromeaba con ellas acerca del aspecto de sus futuros amos.

Se convirtió en la favorita de toda la caravana. En una o dos ocasiones algunos guerreros de la caravana se mostraron interesados por ella, pero cuando leían la inscripción del collar se retiraban malhumorados y soportaban de mala gana sus comentarios irónicos. Por la tarde, cuando acampábamos, nos ayudaba a Kazrak y a mí a armar la carpa, y a continuación juntaba leña para el fuego. También cocinaba para nosotros, se arrodillaba junto al fuego, los cabellos recogidos, para que no fueran presa de las llamas, el rostro cubierto de sudor, la mirada fija en el pedazo de carne, que a pesar de ello, por lo general, terminaba medio chamuscado. Después de la comida limpiaba nuestros utensilios y se sentaba sobre la alfombra de la carpa junto a nosotros para contarnos las cosas agradables e intrascendentes ocurridas durante la jornada.

—Parece que la esclavitud le sienta bien —le dije a Kazrak.

—No precisamente la esclavitud —contestó y sonrió. Yo no entendí qué quería decirme. Talena enrojeció, bajó la cabeza y pulió con particular empeño mis botas de tharlarión.

11 - LA CIUDAD DE LAS TIENDAS

Durante varios días la caravana atravesó la franja devastada que limitaba el Reino de Ar. Ahora escuchábamos a lo lejos el tronar amortecido del Vosk. Al pasar por encima de una colina, contemplamos a orillas del río, delante de nosotros, una escena increíble. Un campamento compuesto por innumerables carpas coloridas se extendía hasta el horizonte, una ciudad construida rápidamente para uno de los ejércitos más grandes que jamás se había formado sobre las planicies de Gor. Las banderas de cien ciudades ondeaban sobre las carpas, y, a través del murmullo constante del río, se oía el tronar de grandes tambores de tarn, de aquellos tambores cuyas señales guiaban la complicada estrategia bélica de la caballería aérea goreana. Talena corría junto a mi tharlarión y la subí a mi silla para que pudiera ver mejor. Por primera vez desde hacía muchos días observé furia en sus ojos.

—Los buitres llegan y caen sobre los tarnsmanes heridos —exclamó.

No le respondí, pues sabía que en último término yo era el responsable de esa concentración. Había robado la Piedra del Hogar de Ar y provocado de ese modo la caída de Marlenus, por cuya huida, a su vez, se había desencadenado el caos.

Talena se inclinó hacia atrás convulsionada. Estaba llorando.

Si hubiera estado en mi poder modificar el pasado, en ese instante, habría deseado no haber robado nunca la Piedra del Hogar.

Ese día no acampamos a la hora acostumbrada, sino que tratamos de llegar hasta la gran ciudad de carpas antes del anochecer. En esos últimos pasang, los guardias de la caravana, así como yo, nos ganamos la paga, ya que fuimos atacados en varias oportunidades; en la última de ellas por una docena de tarnsmanes, que querían apoderarse de nuestro carromato repleto de armas. Pero fueron repelidos por una descarga de flechas de ballesta y se vieron obligados a emprender la retirada.

Esa noche llevamos la caravana a un lugar cercado, preparado especialmente para Mintar por Pa-Kur, Jefe de los Asesinos. Pa-Kur era el Ubar de esa enorme y desorganizada horda de guerreros. La caravana fue puesta a buen recaudo; en pocas horas debían comenzar los negocios. El campamento esperaba de forma urgente la llegada de la caravana y las mercancías se venderían a buen precio.

Mi plan, según se lo expliqué a Talena, era sencillo. Me proponía adquirir un tarn, si es que podía pagarlo; en caso contrario, trataría de robar el animal. Y entonces huiríamos a Ko-ro-ba. Podría ser una empresa arriesgada, pero era preferible a cruzar el Vosk en un bote y continuar la marcha a pie o montados sobre un tharlarión.

Talena parecía abatida y presentaba un extraño contraste con la vivacidad de los últimos días: —¿Qué será de mí en Ko-ro-ba? —preguntó.

—No lo sé —dije y sonreí—. Quizá podrías convertirte en una esclava de las tabernas.

Sonrió amargamente: —No, Tarl de Bristol —dijo—. Presumiblemente seré empalada, porque soy y seguiré siendo la hija de Marlenus.

Me callé, pero estaba decidido a no vivir sin ella. En el caso de que en Ko-ro-ba la esperara semejante destino, yo deseaba morir con ella.

Talena se levantó: —Esta noche —dijo— beberemos vino.

Era una expresión goreana con la cual se dejaba en manos de los Reyes Sacerdotes los acontecimientos futuros.

—Bebamos vino —dije.

Esa noche llevé a Talena conmigo a la ciudad de las carpas, y a la luz de las antorchas caminamos tomados del brazo a través de las calles animadas. Allí no sólo había guerreros y tarnsmanes, sino también mercaderes y campesinos, mujeres del campamento y esclavos. Fascinada, Talena se aferraba a mi brazo. En una carpa contemplamos a un gigante de piel bronceada, que parecía tragar bolas de fuego; en la próxima, un mercader ofrecía sus telas de seda, y en la tercera, muchachas esclavas se movían y bailaban mientras su dueño proclamaba su precio de alquiler.

—Quisiera ver el mercado —dijo Talena con vehemencia, y yo sabía a qué mercado se refería. De mala gana la llevé a la gran carpa de seda azul y amarilla. Nos abrimos paso entre los cuerpos calientes y malolientes de los compradores, hasta que finalmente nos situamos bastante adelante. Talena observaba excitada cómo allí arriba una muchacha después de otra era colocada sobre un gran bloque redondo de madera y era vendida.

—Es hermosa —decía Talena, cuando el subastador desataba la cinta del sencillo manto que cubría a la joven y éste caía al suelo. En el caso de otras muchachas resoplaba despectivamente. Conocía a algunas de las esclavas de la caravana y parecía tener sus amigas y enemigas.

Con sorpresa vi que las muchachas parecían alegrarse ante la perspectiva de la venta, y mostraban audazmente sus encantos, tratando de superar a su predecesora. Naturalmente resultaba mucho más agradable ser vendida a un precio elevado y tener la certeza de que el futuro dueño sería un hombre adinerado. En consecuencia, las muchachas hacían todo lo posible para despertar el interés del comprador. Talena, al igual que los demás espectadores, no parecía sentir que ese comercio tuviera nada de abyecto. La esclavitud era una parte aceptada de la vida goreana.

De repente distinguí entre el público a una figura grande y sombría, sentada sobre un elevado trono de madera, rodeada de tarnsmanes. Llevaba el casco oscuro de la Casta de los Asesinos. Agarré a Talena del brazo y, contrariando sus deseos, la empujé a través de la multitud hasta que nos encontramos fuera de la carpa.

Compramos una botella de vino de Ka-la-na y lo bebimos, mientras recorríamos las calles. Talena me pidió que le diera un décimo de discotarn. Comportándose como una niña, se dirigió hasta uno de los puestos y me pidió que le volviera la espalda. Después de algunos minutos regresó con un pequeño paquete en la mano. Me devolvió el dinero sobrante y se apoyó en mi hombro, diciéndome que se sentía cansada. Volvimos a nuestra carpa. Kazrak no estaba y supuse que no regresaría esa noche.

Talena se retiró detrás de su cortina de seda y yo encendí el fuego en el centro de la carpa. Todavía no me sentía cansado. No podía olvidar al hombre sobre el trono, al hombre del casco negro, y casi temía que me hubiera visto y que ya hubiera tomado sus medidas. Sentado sobre la blanda alfombra revolvía pensativamente la fogata. Desde una carpa vecina se oía música de flautas, así como un leve tamborileo y el rítmico sonido de un timbal.

Me encontraba sumido en mis pensamientos, cuando Talena apareció por detrás de la cortina de seda. Yo creía que se había acostado. En lugar de ello se había puesto un vestido de baile de seda transparente y se había pintado los labios. Me sentí marcado por la intensa fragancia de su perfume. De sus tobillos color oliva colgaban diminutas campanas de baile. En el pulgar e índice de cada mano había sujetado diminutos címbalos. Dobló un poco sus rodillas y alzó graciosamente las manos por encima de la cabeza. Los címbalos de sus dedos comenzaron a sonar, y entonces Talena, la hija del Ubar de Ar, empezó a bailar para mí.

Se movía lentamente delante de mí y preguntó en voz baja: —¿Te gusto, señor? —No escuché nada de ironía ni de desprecio en su voz.

—Sí, —dije, sin hacer caso del título por el cual me llamaba.

Se detuvo un instante y se colocó a un costado. Parecía titubear. Luego, con un movimiento rápido, levantó el látigo y la cadena de los esclavos. Se arrodilló delante de mí, no en la posición de una esclava de torre, sino de una esclava de placer.

—Si lo deseas, bailaré para ti el baile del látigo.

Arrojé lejos de mí el látigo y la cadena: —No —exclamé con enojo.

—Entonces te enseñaré un baile de amor —dijo feliz—. Lo he aprendido en los Jardines Elevados de Ar.

—Eso sí que me gustaría —respondí—. Talena me mostró el magnífico baile de la pasión, tal y como se bailaba en Ar.

Durante varios minutos bailó delante de mí; sus rojas vestiduras resplandecían a la luz de las llamas y sus pies descalzos se movían suavemente sobre la alfombra. Con un último tintineo de los címbalos en sus dedos cayó al suelo delante de mí, jadeante, el deseo reflejado en sus ojos. Enseguida estuve a su lado y la tomé en mis brazos. El corazón le latía violentamente. Me miró a los ojos, sus labios temblaban.

—Deja que traigan el hierro —dijo— Quiero ser tuya, señor.

—No, Talena —dije y la besé.

—Quiero pertenecerte —gimió—. Quiero pertenecerte por completo, de todas las maneras posibles. Quiero tener tu marca de fuego, Tarl de Bristol. ¿Acaso no lo entiendes? Quiero ser tu esclava.

Tomé su collar de esclava, abrí la cerradura y lo arrojé a un lado:

—Eres libre, mi amor —susurré— ¡Siempre libre!

Talena sacudió la cabeza; sollozaba: —No —dijo—. Soy tu esclava. —Excitada se aferró a mí: —Soy tuya —susurró—. Tómame.

Un estrépito repentino me sobresaltó: unos tarnsmanes irrumpían en la carpa. Durante una fracción de segundo pude ver todavía un asta de lanza dirigida hacia mi cara. Oí gritar a Talena. Hubo un súbito resplandor y luego reinó la oscuridad.

12 - EN EL NIDO DEL TARN

Estaba encadenado por los brazos y las piernas a un armazón de madera que flotaba en el agua. Debido al peso de mi cuerpo las cadenas penetraban profundamente en mi carne. Volví la cabeza y vomité en las aguas amarillas del Vosk. Luego parpadeé ante el sol caluroso y traté de moverme.

Alguien dijo: —Está despierto.

Confusamente percibí el movimiento de algunas astas de lanzas, apoyadas contra mi armazón, dispuestas a empujarlo hacia la corriente del río. Dentro de mi campo visual apareció un objeto negro, que resultó ser el casco de un miembro de la Casta de los Asesinos. Lentamente se alzó el casco y contemplé un rostro flaco y cruel, un rostro que parecía de metal gris.

—Soy Pa-Kur —dijo el hombre—. Jefe de Asesinos de Ar. Comandante Supremo de este ejército.

—De modo que volvemos a encontrarnos —dije.

Sus ojos permanecieron faltos de toda expresión.

—El cilindro en Ko-ro-ba. La ballesta —agregué.

Él callaba.

—En aquella oportunidad no lograste matarme —dije irónicamente— Quizá quieras arriesgar ahora un segundo tiro. Posiblemente el objetivo se encuentre esta vez más al alcance de tus posibilidades.

Los hombres detrás de Pa-Kur murmuraron. El del casco negro no parecía reaccionar.

—Mi arma —dijo, y extendió su brazo. De inmediato colocaron en él una ballesta. Se trataba de una gran arma de metal, lista para disparar.

Me preparé para recibir el tiro mortal, reflexionando acerca de si llegaría a sentir el impacto. Pa-Kur levantó el brazo con gesto dominante. Desde no sé dónde un objeto pequeño y redondo voló por los aires, por encima del río. Era un discotarn, arrojada por uno de los hombres de Pa-Kur. Cuando el objeto diminuto, cuyo color negro contrastaba con el cielo azul, alcanzó su punto más alto, escuché el clic del disparador, la vibración de la cuerda y el breve silbido del pivote. Antes de que la moneda pudiera comenzar a caer, fue alcanzada por el proyectil que la arrastró unos doscientos cincuenta metros.

—He sido un necio —gemí.

—Y morirás como tal —dijo. En su voz no sonaba ninguna emoción.

—Espera —repliqué—. Te pido un favor —me costaba hablar—: Dime qué has hecho con la muchacha.

—La joven es Talena, la hija del Ubar Marlenus —respondió Pa-Kur—. Reinará en Ar a mi lado como mi reina.

—Antes de hacer eso, Talena preferiría morir —dije.

—Ella me ha aceptado —respondió Pa-Kur.

Los ojos despiadados me miraban inexpresivos: —Fue su deseo que tuvieras la muerte de un villano —agregó— sobre este armazón humillante, indigna de manchar nuestras armas.

Cerré los ojos. Debí haber imaginado que la orgullosa Talena, hija de un Ubar, aprovecharía la primera ocasión que se te presentara para volver al poder en Ar. Y a mí, su protector, se me descartaba. De acuerdo con las costumbres goreanas cada uno de los hombres me escupió encima. Finalmente Pa-Kur escupió sobre su mano y me la colocó sobre el pecho.

—Te hubiera concedido una muerte digna —dijo con el rostro inmutable—, si no hubiera sido por la hija de Marlenus que se opuso a ello. Lo juro por el casco negro de mi casta.

—Te creo —dije deprimido. Me daba lo mismo vivir o morir.

Lentamente mi armazón fue alejado de la orilla. Fui atrapado por la corriente y el armazón de madera, describiendo lentos círculos, se fue internando cada vez más en el Vosk.

Me esperaba una muerte desagradable; indefenso, encadenado al armazón, sin alimentos ni agua, a pocos centímetros sobre la inquieta superficie del agua, bajo un sol caluroso. En tales condiciones, sólo llegaría al delta del río, si es que llegaba, bajo la forma de un cadáver apergaminado. Pero probablemente los lagartos acuáticos o las grandes tortugas del río acabarían antes conmigo.

Las articulaciones de las manos y de los pies se habían vuelto blancas e insensibles. El brillo opresivo del sol me atormentaba. Mi garganta estaba reseca ¡Y el agua del río se encontraba tan cerca! Los pensamientos atravesaban mi cabeza como agujas ardientes. Talena en su vestido de baile, prisionera en mis brazos, ella que regalaba su amor al frío Pa-Kur por un trono, ella, cuyo odio me destinaba esta muerte terrible y ni siquiera me concedía el fin digno de un guerrero. Quería odiarla, pero no podía. La amaba. Sobre la hierba al borde del bosque pantanoso, en los campos de cereales del Imperio, sobre el gran camino de Ar, en la exótica caravana de Mintar había encontrado a la mujer amada, la flor de una raza bárbara en un mundo lejano, desconocido.

La noche parecía no llegar nunca, pero al fin el sol se ocultó y sentí, aliviado, la oscuridad fresca y ventosa. El agua murmuraba alrededor del armazón de madera; las estrellas brillaban lejanas e indiferentes. En una ocasión me horroricé al observar un cuerpo escamoso junto a mi armazón y temí por mi vida. Pero luego desapareció y volvió a reinar la calma.

Nuevamente el sol apareció en el horizonte y comenzó mi segundo día en el Vosk. Empecé a temer que nunca más podría utilizar mis pies y mis manos, que no soportarían

el peso de las cadenas; y de repente me eché a reír de una manera violenta e incontrolada al darme cuenta que ya no importaba, pues nunca más los necesitaría.

Quizá fue esa risa salvaje la que llamó la atención del tarn. Lo vi venir, con el sol a sus espaldas; sus garras afiladas, a semejanza de ganchos, se cerraron alrededor de mi cuerpo y me llevaron a las alturas junto con el almacón de madera. De repente me sentí flotando en el aire, y las cadenas, que no habían sido hechas para semejante peso, se rompieron, el almacón se soltó, y el tarn ascendió hacia el cielo con un grito de triunfo.

Todavía me quedaban unos minutos de vida; la pausa breve de la que también gozan los ratones, mientras el halcón los lleva a su nido. Sobre alguna roca desnuda, bien arriba en las montañas, mi cuerpo sería despedazado. El tarn, un tarn marrón con cresta negra, se dirigía hacia un punto lejano, difuso, que debía de ser una montaña. El Vosk se convirtió en una ancha cinta resplandeciente en el horizonte.

Allí abajo, muy lejos de mí, podía verse que la franja devastada ya mostraba manchas verdes en ciertos lugares, donde la naturaleza volvía a imponerse. Por lo que veía, no nos acercábamos al gran camino que conducía hacia el Vosk. Allí hubiéramos podido ver las hordas guerreras de Pa-Kur, que marchaban en largas hileras hacia Ar, innumerables jinetes montados sobre tharlariones, tropas de tarns, carretas con provisiones y animales de carga. Con sumo cuidado, abría y cerraba las manos y movía los pies tratando de que volviera a circular la sangre. El tarn volaba tranquilamente. Yo estaba agradecido por haberme liberado finalmente del doloroso almacón, y enfrentaba casi con serenidad la muerte rápida que me esperaba.

Pero de repente mi tarn se apresuró y comenzó a revolotear nerviosamente de un lado a otro. Estaba huyendo de algo. Pude darme la vuelta, a pesar de hallarme sujeto por sus garras, y mi corazón dio un vuelco. Los pelos se me erizaron cuando percibí el grito salvaje de ataque de un segundo tarn; se trataba de un animal enorme, tan negro como el casco de Pa-Kur, cuyas alas batían el aire; despiadadamente el atacante se nos iba acercando. Mi ave hizo un movimiento inseguro para eludirlo, y las grandes garras del otro tarn pasaron rozando, sin causarle daño. De inmediato atacó por segunda vez, y mi tarn volvió a hacerse a un lado, pero el agresor había previsto esa maniobra y el resultado fue que ambos chocaron en el aire.

En ese instante terrorífico noté cómo las terribles garras penetraban dentro del pecho de mi animal que, a su vez, abrió las suyas. Comencé a caer. Todavía pude vislumbrar que mi tarn se precipitaba hacia abajo y que el agresor se volvía hacia mí. Mientras caía me di la vuelta, con un grito de terror en la garganta y, horrorizado, vi como me iba acercando al suelo. Pero no era mi destino alcanzarlo, ya que el tarn agresor voló por debajo de mí y me agarró con su pico, de la misma manera que una gaviota podría agarrar un pescado. El pico encorvado se cerró alrededor de mi cuerpo y una vez más me convertí en la presa de un tarn.

Muy pronto el veloz agresor había alcanzado sus montañas, una cadena de peñascos rojizos que se alzaban empinados hacia las alturas. Desde un borde de la roca iluminada por el sol, el tarn me dejó caer en su nido y colocó su garra fortalecida por el acero sobre mi cuerpo, con el fin de que su gran pico pudiera llevar a cabo tranquilamente su tarea. Cuando la punta del pico descendía amenazadoramente logré levantar una pierna y empujar hacia atrás la cabeza del animal con un fuerte puntapié. Al mismo tiempo lancé una violenta maldición.

El sonido de mi voz tuvo un efecto inesperado sobre el animal. En actitud interrogante inclinó la cabeza hacia un costado. Volví a gritarle. Y debí de haber estado medio loco de hambre y de miedo, pues tan sólo entonces me di cuenta de que ese tarn era mí propio tarn. Le di una orden con voz clara y firme y aparté la garra recubierta de acero de mi pecho. El tarn retrocedió: evidentemente no sabía qué hacer. Permanecí en la zona de peligro, le palmeé cariñosamente el pico, como si nos encontráramos en un corral de tarns y deslicé la mano entre las plumas de su nuca, una zona que el tarn no puede

asearse cuando trata de encontrar parásitos. De entre sus plumas saqué algunos piojos del tamaño de canicas, se los puse en el pico y se los pasé por la lengua. Repetí varias veces ese gesto y el tarn inclinó la cabeza hacia adelante. Ya no tenía silla ni riendas, que sin lugar a dudas se habían caído. Después de algunos instantes, el tarn extendió las alas satisfecho y levantó el vuelo para continuar la búsqueda de alimentos. Evidentemente yo ya no pertenecía al ámbito de lo que consideraba comestible. Era obvio que esa opinión podía modificarse rápidamente, en particular si el animal no encontraba alimento. Lancé una maldición por haber perdido el agujón de tarn entre las arenas movedizas del bosque pantanoso. Busqué una bajada en el promontorio rocoso, pero los peñascos, hacia arriba y hacia abajo, eran demasiado escarpados.

De repente vi una gran sombra encima de mí... Mi tarn había regresado. Levanté la vista y pude comprobar, asustado, que se trataba de otro animal, de un tarn salvaje. Aterrizó sobre el peñasco y abrió el pico.

Precipitadamente miré a mi alrededor en busca de un arma y apenas pude dar crédito a mis ojos cuando en el ramaje del nido distinguí los restos de mi silla de montar. Saqué la lanza del ristre de la silla y me di la vuelta. El animal me había dado un instante de ventaja. Cuando pasé al ataque mi arma ancha penetró profundamente en su pecho. Sus patas cedieron y cayó al suelo con las alas desplegadas. Estaba muerto. Retiré el arma y, utilizándola como palanca, hice rodar el cuerpo aún caliente a las profundidades.

Luego regresé al nido y salvé lo que pude de entre los restos de la silla. El arco y la ballesta faltaban. También el escudo había desaparecido. Con la punta de la lanza abrí la alforja: tal como esperaba contenía la Piedra del Hogar de Ar. Era un objeto poco llamativo, pequeño, plano, de un color marrón apagado. Grabada toscamente sobre ella podía leerse una letra en goreano arcaico.

Impacientemente coloqué la Piedra a un lado. Mucho más importante para mí era lo que quedaba del contenido de la alforja, es decir, mis provisiones destinadas para el vuelo de regreso a Ko-ro-ba. En primer lugar abrí una de las dos botellas de agua y tomé una ración de carne seca. Y allí arriba, en un promontorio rocoso sacudido por los vientos, me alimenté con una comida que me satisfizo más que cualquier otra comida anterior, a pesar de que sólo consistía en algunos tragos de agua, galletas viejas y un trozo de carne seca.

Vací completamente el bolso y tuve la satisfacción de encontrar viejos mapas y el instrumento que sirve a los goreanos tanto de brújula como de cronómetro. Según lo que yo podía determinar, de acuerdo con el mapa y mis recuerdos, me encontraba en la Cordillera Voltai, en ocasiones llamados también Montañas Rojas, al sur del río y al este de Ar. Esto significaba que, aun sin darme cuenta, había atravesado el gran camino, pero no sabía si lo había hecho hacia delante o hacia atrás de las hordas guerreras de Pa-Kur.

Saqué de mi bolso los cordones y cuerdas de repuesto, que me servirían para reparar la silla y las riendas. Era una lástima que no hubiera llevado conmigo, en la alforja, un agujón de tarn de repuesto; también me hubiera venido muy bien un segundo silbato de tarn. El mío se había perdido al arrojarme Talena del lomo de mi tarn poco después de la huida.

Yo no sabía si el ave se dejaría guiar sin el agujón de tarn. En mis vuelos anteriores la había aplicado en contadas ocasiones, menos de lo que se recomienda en general, pero siempre la había tenido a mi disposición para un caso de necesidad. Ahora ya no contaba con ella. Controlar el ave durante cierto tiempo dependía de que su caza hubiera sido fructífera y, seguramente también, de cómo hubiera repercutido en el animal el súbito goce de libertad. Podía matar al tarn con mi lanza, pero con eso no solucionaba mi problema de cómo abandonar esa meseta rocosa. No tenía ningunas ganas de morir de hambre allí arriba en esa soledad.

En las horas que siguieron arreglé de la mejor manera posible la rienda y la silla con los cordones que había encontrado. Cuando mi enorme cabalgadura volvió a posarse sobre el promontorio rocoso, había concluido mi tarea y hasta había llegado a guardar los

diversos objetos en la alforja, inclusive la Piedra del Hogar de Ar, aquel trozo de roca insignificante que había influido tanto sobre mi destino.

En las garras del tarn colgaba un antílope muerto; el cuello y la cabeza colgaban laxamente y oscilaban en una y otra dirección. Después que el tarn devoró su presa me acerqué al animal y le hablé familiarmente, como si eso fuera lo más natural. Dejé que el ave le echara un vistazo a los arreos y los sujeté luego con movimientos serenos a su cuello emplumado. A continuación arrojé la silla sobre su lomo y me arrastré debajo de su vientre para ajustar la cincha. Finalmente ascendí tranquilamente por la escala que acababa de reparar, la enrollé y la sujeté a un lado de la silla. Durante un instante permanecí inmóvil, sentado y luego, con un movimiento decidido, tiré de la primera rienda. Respiré aliviado cuando el negro monstruo alado levantó el vuelo.

13 - MARLENUS, UBAR DE AR

Tomé rumbo hacia Ko-ro-ba. En mi alforja llevaba el trofeo, que entretanto se había vuelto inútil, por lo menos para mí. Ya hacía tiempo que ese trofeo había cumplido su cometido. Su desaparición había hecho tambalear un imperio y había asegurado, al menos por algún tiempo, la independencia de Ko-ro-ba y sus hostiles ciudades hermanas. Y sin embargo mi victoria, si es que puede llamársela así, no me deparaba ninguna alegría. Había perdido a la mujer que amaba, a pesar de su crueldad y desagrado.

Dejé ascender al tarn, hasta que pude abarcar con la vista un territorio de unos doscientos pasang. Muy a lo lejos podía reconocer una franja plateada, que debía corresponder al gran Vosk; delante de él se veía el límite entre la planicie cubierta de pasto y la franja devastada. Dominaba con la vista una parte de la Cordillera Voltai; descubrí en el sur el reflejo de la luz crepuscular sobre las torres de Ar y observé en el norte, en las proximidades del Vosk, el brillo de innumerables fogatas. Era el campamento nocturno de Pa-Kur.

Cuando tiré de la segunda rienda para dirigir al tarn hacia Ko-ro-ba, descubrí algo inesperado, directamente debajo de mí. Me sentí desconcertado. Al abrigo de las ásperas rocas de la Cordillera Voltai, solamente reconocibles desde lo alto, distinguí cuatro o cinco pequeñas fogatas, como se encuentran quizás en el campamento de una patrulla en las montañas o encendidas por un pequeño grupo de cazadores que van tras la ágil cabra goreana de los montes o el peligroso Iarl, una fiera semejante al leopardo, de un color marrón amarillento que a menudo se encuentra en las montañas goreanas. Este monstruo en posición vertical alcanza una altura de dos metros, y se lo teme por sus ocasionales incursiones en las llanuras civilizadas. Impulsado por la curiosidad, hice descender al tarn; me pareció improbable que en ese momento una patrulla de Ar se encontrara en la Cordillera Voltai, y ni qué hablar de un grupo de cazadores.

Al acercarme se confirmaron mis sospechas. Quizá los hombres del misterioso campamento escucharon el batir de las alas del tarn, quizá durante una fracción de segundo pudo verse mi silueta delante de una de las tres lunas goreanas, lo cierto es que las fogatas desaparecieron de repente tras una lluvia de chispas y las cenizas ardientes, fueron extintas de inmediato. Quizá se trataba de forajidos, quizá de desertores del ejército de Ar. Podrían ser muchos los que buscaran su seguridad en las montañas. Mi curiosidad estaba satisfecha y sentí pocos deseos de aterrizar allí abajo en la oscuridad, donde fácilmente podía alcanzarme una flecha, disparada desde cualquier dirección; tiré, pues, de la primera rienda y me apresté a regresar a Ko-ro-ba, de donde había partido hacía algunos días, hacía una eternidad.

Cuando el tarn ascendió a las alturas, escuché el terrible e inquietante grito de caza del Iarl. Mi tarn pareció estremecerse en su vuelo. El grito encontró respuesta y poco después

se escuchó un tercer eco desde otro lugar a cierta distancia. Cuando el larl sale sólo de caza se mueve en silencio y no emite ningún sonido hasta que aúlla repentinamente, en el momento anterior al ataque, con lo cual se propone paralizar a la víctima. Pero esa noche toda una horda de larls había salido a cazar y los gritos tenían la finalidad de hacer huir a la presa —que generalmente se compone de varios animales— hacia el lugar donde reinaba el silencio. Allí, por lo general, aguardaba el resto de la manada.

Las tres lunas brillaban con luz clara, y en el exótico caos de luz y sombra entreví a uno de los larls que trotaba en silencio; su cuerpo casi parecía blanco a la luz de la luna. El monstruo se detuvo, alzó husmeando la ancha cabeza y volvió a emitir un grito de caza, que de inmediato encontró respuesta en el oeste y sudoeste. De pronto, volvió a detenerse y paró sus orejas puntiagudas. Pensé que quizás había escuchado a mi tarn, pero no se preocupó por nosotros.

Hice descender a mi ave describiendo grandes círculos sin perder de vista al larl. La cola del animal comenzó a golpear fastidiada hacia un lado y otro. Luego el larl se agachó y salió corriendo.

Por lo visto allí abajo ocurría algo desacostumbrado. Algún animal parecía intentar romper el cerco del larl, que no estaba dispuesto, de ninguna manera, a que se le escapara una sola presa, a pesar de que se arriesgaba de ese modo a que se rompiera el cerco de las fieras cazadoras. El larl, aun en manada, sigue siendo siempre un cazador solitario.

Con horror, distinguí de repente la presa: se trataba de un ser humano que se movía con rapidez sorprendente en el terreno desnivelado. Desconcertado, observé que llevaba los harapos amarillos de un leproso que sufre de Dar-Kosis, aquella enfermedad goreana contagiosa e incurable.

Sin pensarlo más tomé mi lanza, tiré precipitadamente de la cuarta rienda y logré de ese modo un descenso abrupto. El pájaro se posó entre el hombre enfermo y el larl que se le iba acercando.

No me atreví a arrojar mi lanza desde la silla segura pero oscilante del tarn; antes bien salté al suelo. Momentos después el larl emitió su grito de caza y pasó al ataque. El espanto que sentí al escuchar ese grito salvaje me produjo un reflejo incontrollable que me paralizó. Pero tan rápidamente como había llegado, la paralización desapareció y alcé la lanza para enfrentar el ataque del larl. Quizá mi repentina aparición lo desorientó o hizo vacilar sus instintos, porque debió de proferir su grito asesino antes de tiempo, de manera que pude volver a controlar los músculos y los nervios. Cuando la enorme fiera, todavía a una distancia de cinco metros, dio un gran salto, mi lanza ya estaba colocada en el suelo como una pica. La punta desapareció en el pecho peludo del larl y el asta comenzó a hundirse en él, ya que el peso del animal la hacía penetrar más profundamente en su cuerpo. Salté a un lado y, al hacerlo, apenas pude escapar de las convulsiones de las peligrosas patas delanteras. El asta de la lanza se quebró y el monstruo cayó al suelo. Emitía gritos salvajes y penetrantes, mientras trataba de liberarse del pequeño objeto puntiagudo que lo atormentaba. Con un estremecimiento, la gran cabeza rodó finalmente hacia un costado y los ojos se cerraron, hasta que sólo se vio un tajo lechoso de muerte entre los párpados.

Me di la vuelta y examiné al hombre cuya vida había salvado. Se encontraba acurrucado delante de mí. Su capuchón le cubría el rostro.

—Aquí hay más fieras de este tipo —dije— Deberías venir conmigo. Aquí no estás seguro.

La figura, envuelta en sus harapos amarillos, parecía volverse aún más pequeña.

—La Enfermedad Sagrada —susurró, y señaló su cara.

Esa era la traducción literal de la palabra Dar-Kosis, Enfermedad Sagrada. El nombre se origina en la creencia de que esa enfermedad es sagrada para los Reyes Sacerdotes, y que todos los que la sufren están consagrados a ellos. Por consiguiente también es

considerado un pecado el derramar su sangre. De todos modos, los leprosos tenían poco que temer por parte de sus semejantes; su enfermedad era tan aborrecida en el planeta que aun el delincuente más audaz hacía un gran rodeo para evitarlos.

En diferentes lugares existen cavernas de Dar-Kosis donde los enfermos pueden permanecer voluntariamente y donde se los provee de víveres, arrojados desde el lomo de tarns que vuelan a grandes alturas. Si un leproso habita semejante cueva, ya no puede abandonarla. Ese pobre hombre debía de haber huido de una de ellas.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Soy un leproso —gimió el inquietante personaje. Los leprosos están muertos. Los muertos no tienen nombre.

Me sentía agradecido a la oscuridad reinante y a que el hombre se hubiera cubierto con el capuchón, pues sentía pocas ganas de ver su rostro devastado por la enfermedad.

—No temas —le dije y señalé al tarn, que sacudía las alas impaciente—. Apresúrate. Hay más larls por aquí.

—La Enfermedad Sagrada —volvió a decir el hombre.

—No puedo abandonarte aquí —dije. Me estremecía al pensar en alzar a ese ser terrible para colocarlo en mi silla. Ciertamente temía a la enfermedad, pero al mismo tiempo no podía dejar al enfermo a merced de las fieras.

La figura emitió un ruido débil, quejumbroso: —Hace tiempo que estoy muerto —rió salvajemente—. ¿Deseas contraer la Enfermedad Sagrada?— preguntó y extendió una mano, como si quisiera estrechármela.

Retrocedí aterrado.

El enfermo tropezó, trató de apoyarse en mí y cayó al suelo con un débil gemido. Estaba sentado allí, delante de mí, envuelto en harapos amarillos; la imagen de la desesperación bajo las tres lunas goreanas. Se hamacaba de un lado a otro y emitía débiles sonidos que parecían provenir de un loco.

A cierta distancia escuché el aullido de un larl.

—dije— No tenemos mucho tiempo.

—Ayúdame —gimió.

Reprimí mi asco y extendí la mano. —Ven, apóyate —dije— Yo te ayudo.

De entre el montón de harapos me extendió una mano cuyos dedos estaban encorvados como las puntas de las garras de una fiera. Cerré los ojos para levantar a ese ser desgraciado.

Con sorpresa advertí que la mano del hombre era firme y dura como el cuero de una montura. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, mi brazo fue arrastrado hacia abajo y me encontré a los pies del hombre, que se puso de pie de un salto, y colocó una de sus botas sobre mi cuello. Su mano empuñaba una espada, cuya punta iba dirigida hacia mi pecho. El hombre se rió a carcajadas y echó su cabeza hacia atrás, dejando caer el capuchón. Pude distinguir una cabeza maciza, semejante a la de un león, con largos pelos desgredados y una barba tan salvaje como la Cordillera Voltai. El hombre que parecía ir aumentando de estatura mientras se encontraba de pie delante de mí, sacó de entre sus ropas amarillas un silbato de tarn y emitió un silbido agudo. De inmediato, desde diferentes direcciones en las montañas, ese sonido fue retomado por otros silbidos. Apenas un instante después, el aire resonaba con un salvaje aleteo y aproximadamente medio centenar de salvajes tarnsmanes aterrizaron sobre la llanura.

—Yo soy Marlenus Ubar de Ar —dijo el hombre.

14 - LA MUERTE DEL TARN

Me habían obligado a arrodillarme y, en esa posición, me habían encadenado; mi espalda sangraba, lastimada por numerosos latigazos. Llevaba ya nueve días prisionero

en el campamento de Marlenus torturado y maltratado, cuando me condujeron ante la presencia del Ubar, por primera vez desde que le había salvado la vida. Quizá se proponía poner fin a los sufrimientos del guerrero que había robado la Piedra del Hogar de su ciudad.

Uno de sus tarnsmanes me asió por el pelo y me obligó a inclinarme hasta que mis labios tocaron su sandalia. Levanté la cabeza sin encorvar la espalda y no dejé traslucir nada en mi mirada que pudiera depararle satisfacción. Estaba arrodillado sobre el suelo rocoso de una caverna poco profunda en alguna parte de la Cordillera Voltai; a la izquierda y a la derecha ardían fogatas. Marlenus estaba sentado sobre un trono compuesto de trozos de roca apilados. Su pelo suelto le caía sobre los hombros y su gran barba casi le llegaba hasta el cinto de la espada. Era un hombre enorme, más grande que Tarl el Viejo, y en sus salvajes ojos verdes ardía el fuego que también había encontrado en los ojos de su hija Talena. A pesar de que moriría a manos de ese bárbaro gigantesco, no sentía aversión por él.

Alrededor del cuello, llevaba la cadena dorada del Ubar, una reproducción del tamaño de un medallón de la Piedra del Hogar de Ar. Sus manos sostenían la Piedra verdadera, aquella diminuta fuente de tanto derramamiento de sangre. Sus dedos la palpaban suavemente.

A la entrada de la cueva, dos hombres habían colocado una lanza de tharlarión en un hoyo. Probablemente iba a ser empalado. Existen diversas maneras de llevar a cabo esta cruel ejecución, y, por supuesto, algunas son más consideradas que otras. Yo apenas contaba con la posibilidad de que se me concediera una muerte rápida.

—Tú robaste la Piedra del Hogar de Ar —afirmó Marlenus.

—Sí —respondí.

—Lo hiciste bien —dijo Marlenus y contempló la piedra.

Yo estaba arrodillado delante de él y me sorprendía ante el hecho de que ni él ni los demás hombres allí presentes mostraran el menor interés por el destino de su hija.

—Por supuesto sabrás que debes morir —agregó Marlenus sin mirarme.

—Eres un guerrero joven, valiente y tonto —dijo y se inclinó hacia adelante. Durante un buen rato me miró a los ojos y luego volvió a acomodarse en su trono— Hubo una época en la que yo fui igualmente joven y valiente, y quizás igualmente tonto.

Marlenus miró fijamente al vacío por encima de mi cabeza: —Arriesgué mil veces mi vida y sacrifiqué mi juventud en aras de un imperio unido de Ar, para que en Ar no hubiera más que un idioma, un comercio, un tipo de ley. Para que los caminos y desfiladeros de las montañas fueran seguros, y los campesinos cultivaran sus campos en un clima de paz, y hubiera un solo Consejo que decidiera sobre la política; para que sólo existiera una ciudad suprema, bajo cuya influencia se unieran los cilindros de cien ciudades enemigas. Y tú has destruido todo eso.

Marlenus me miró —¿Qué puedes saber tú acerca de todo eso, tú, un simple tarnsman? Pero lo puedo saber yo, Marlenus, que era algo más que un simple guerrero. Donde los demás sólo veían las reglas de sus castas, donde los demás no sentían más responsabilidad que la relacionada con su Piedra del Hogar yo me atreví a soñar el sueño de Ar, me atreví a imaginar que podría ponerse fin al absurdo derramamiento de sangre, que se podrían desterrar temores y peligros, campañas de venganza y crueldades que ensombrecen nuestra vida, soñé que de las cenizas de mis conquistas surgiría un mundo nuevo, un mundo de honor y de orden, de poder y justicia.

—De tu justicia —dije.

—Sí, de mi justicia, si quieres llamarla así —dijo Marlenus—. Depositó la Piedra del Hogar en el suelo y desenvainó su espada, que colocó transversalmente sobre sus rodillas. Parecía un terrible dios de la guerra.

—¿No sabes acaso, tarnsman —dijo— que no existe justicia sin espada?— Sonrió ferozmente. —Esta es una verdad terrible —agregó— ¡Piénsalo bien! Sin esta espada no

hay nada, no hay justicia, ni civilización, ni sociedad, ni comunidad, ni paz. Sin la espada no hay nada.

—¿Pero con qué derecho es precisamente la espada de Marlenus la que otorga la justicia a Gor?

—No me entiendes —dijo el Ubar— También el derecho del que hablas con tanto respeto debe su existencia a la espada.

—Pienso que eso es falso —respondí— Por lo menos tengo la esperanza de que lo sea.

Marlenus no perdió la calma: —Frente a la espada nada es falso o verdadero, frente a la espada sólo existe la realidad. No existe justicia mientras la espada no la cree, establezca, garantice, le dé sustancia y significado.

—Pero —objeté— ¿qué ocurre con el sueño de Ar, del que tú hablaste, del sueño que tú considerabas bueno y verdadero?

—¿Qué le pasa?

—¿Es un sueño bueno? —pregunté.

—Sí, es un sueño bueno.

—Y sin embargo, tu espada aún no ha encontrado la fuerza necesaria para convertirlo en realidad.

Marlenus me miró pensativamente y se rió: —Por los Reyes Sacerdotes —dijo— creo que he perdido esta controversia. Pero si tus palabras son ciertas ¿cómo separamos entonces los sueños buenos de los sueños malos?

Me pareció una pregunta difícil.

—Yo te lo diré —rió Marlenus. Orgullosamente golpeó su espada— ¡Con esto!

Entonces el Ubar se levantó y envainó su espada. Como respondiendo a una señal, algunos de sus tarnsmanes entraron en la cueva y me apresaron.

—¡Empaladlo! —dijo Marlenus.

Los hombres comenzaron a quitarme las cadenas para ser empalado libremente, ofreciendo tal vez un mejor espectáculo que si estuviera encadenado.

—Tu hija Talena vive —le dije a Marlenus. No pareció interesarse mucho por el tema. Sin embargo, si era un ser humano, tenía que preocuparle el destino de su hija.

—Me hubiera aportado mil tarns —dijo Marlenus—. Continúad con la ejecución.

Los guerreros sujetaron mis brazos. Otros dos hombres sacaron la lanza de tharlarión del hoyo y la acercaron. Ahora habrían de introducirla en mi cuerpo, que luego sería levantado junto con ella.

—Al fin y al cabo es tu hija —le dije a Marlenus—. Está viva.

—¿Se te sometió? —preguntó Marlenus.

—Sí —dije.

—Entonces valoró más su vida que mi honor.

De repente desapareció la extraña parálisis que pesaba sobre mí y sentí una furia intensa: —¡Al diablo con tu honor! —grité.

Sin pensarlo más, me liberé de los dos tarnsmanes como si se tratara de unos niños, me arrojé sobre Marlenus y le propiné un violento puñetazo en la cara. Desconcertado, retrocedió tambaleante. Apenas tuve tiempo para darme la vuelta y eludir la lanza que, sostenida por dos hombres, estaba por atravesarme la espalda. Traté de apoderarme de ella, la giré y la utilicé como una barra sostenida por ambos hombres. Salté por el aire y al hacerlo pateé a mis contrincantes. Los oí gritar doloridos y me encontré en posesión de la lanza. Unos cinco o seis tarnsmanes aparecieron corriendo en dirección a la ancha entrada de la cueva, pero los atacué de inmediato, sosteniendo la lanza en posición paralela a mi cuerpo, acometí con fuerzas casi sobrenaturales y forcé a los hombres a salir de la caverna. Sus gritos se mezclaron con los bramidos de cólera de los otros tarnsmanes que venían a atacarme.

Uno de los guerreros alzó la ballesta y yo arrojé la lanza. El hombre cayó de espaldas; el asta de la lanza podía verse clavada en su pecho y el pivote de su arma chocó contra el techo, sobre mi cabeza, arrancando chispas. Uno de los hombres yacía a mis pies. Precipitadamente desenvainé su espada. Comencé a defenderme, maté al primer hombre que se me acercó y herí al segundo, pero poco a poco fui empujado al interior de la caverna. No tenía posibilidades de sobrevivir, pero estaba decidido a vender cara mi vida.

Durante la lucha escuché detrás de mí la risa desenfadada de Marlenus, que se alegraba de que un simple empalamiento hubiera derivado en una de esas luchas que tanto lo regocijaban. En una pausa de la lucha me volví hacia él, con la esperanza de poder cogerlo por sorpresa, pero en el mismo instante mis propias cadenas golpearon mi rostro. Marlenus las había arrojado como un lazo, de modo que se enrollaron alrededor de mi cuello. Traté de tragar y sacudí la cabeza, para evitar que mis ojos se llenaran de sangre, pero de inmediato fui dominado por algunos tarnsmanes.

—Has sabido luchar, joven guerrero —dijo Marlenus apreciativamente—. Realmente no quisiste morir como un esclavo. Se volvió hacia sus hombres: —¿Qué os parece? —preguntó riendo—. ¿No ha conquistado el derecho de morir la muerte del tarn?

—¡En efecto! —exclamó uno de los tarnsmanes, que se estaba curando una herida en el pecho.

Me arrastraron hacia afuera y encadenaron las articulaciones de mis pies y de mis manos. Los extremos sueltos de las cadenas fueron sujetados con anchas tiras de cuero a dos tarns, uno de los cuales era el mío.

—¡Morirás despedazado! —dijo Marlenus—. No es agradable, pero de todos modos es preferible al empalamiento.

Me ataron firmemente. Un tarnsman montó el primero de los tarns; otro, el segundo.

—Todavía no estoy muerto —dije. Era un comentario algo tonto, pero presentía que mi hora aún no había llegado.

Marlenus permaneció serio: —Has robado la Piedra del Hogar de Ar. Tuviste suerte.

—Nadie se salva de la muerte del tarn —dijo uno de los hombres.

Los guerreros del Ubar retrocedieron e hicieron sitio para el tarn.

Marlenus volvió a examinar personalmente los nudos y los apretó aún más.

—¿Prefieres que te mate enseguida? —preguntó en voz baja— La muerte del tarn no es un fin agradable.

Su cuerpo se interponía entre sus hombres y su mano, que colocó sobre mi cuello.

—¿A qué viene esta consideración repentina? —pregunté.

—Se debe a una joven —dijo— Al amor que siente por ti.

—Tu hija me odia —respondí.

—Sólo cedió a los requerimientos de Pa-Kur, el Asesino, para que tuvieras una posibilidad de sobrevivir en el almacén.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

—Lo sabe todo el mundo en el campamento de Pa-Kur —respondió Marlenus—. Sentí que sonreía. —Yo mismo, en mi condición de leproso, se lo escuché decir a Mintar, que pertenece a la Casta de los Mercaderes. Los mercaderes deben tener amigos en ambos bandos, pues ¿quién puede saber si Marlenus, algún día, no vuelve a ocupar el trono de Ar?

Debí de haber lanzado un grito de alegría, pues Marlenus me tapó rápidamente la boca con su mano.

No volvió a preguntarme si deseaba que me matara, y se marchó.

Sentí un tirón doloroso cuando ambos tarns levantaron el vuelo. Durante un instante me balanceé libremente entre las dos aves. Cuando hubimos alcanzado una altura de aproximadamente cien metros, los dos jinetes de acuerdo con una señal previamente convenida, a saber, el silbido agudo de un silbato de tarn, comenzaron a guiar a sus animales en direcciones opuestas. Un dolor repentino pareció destrozar mi cuerpo y creo

que grité sin proponérmelo. Las aves siguieron su curso, tratando de separarse. De vez en cuando, cejaban en su empeño y las sogas se aflojaban. Escuchaba las maldiciones de los tarnsmanes que se encontraban por encima de mí y distinguí en dos ocasiones las chispas de los agujones de tarn. A continuación las aves retomaron su curso y volví a sentir un dolor insoportable.

De repente, resonó un ruido áspero y advertí que se había roto una de las esposas. Sin pensarlo más, traté de soltar la del otro brazo, y cuando el ave volvió a emprender el vuelo, el lazo fue arrancado dolorosamente de mi mano y la soga desapareció en la oscuridad, colgando de cabeza de las sogas del otro tarn. Pasarían algunos instantes hasta que los tarnsmanes se dieran cuenta de lo ocurrido, ya que naturalmente debían suponer en un primer momento que habían despedazado mi cuerpo.

Hice un esfuerzo por elevarme y comencé a trepar por una de las sogas que me conducían hasta la gran ave que se hallaba encima de mí. En pocos segundos alcancé la cincha de la silla de montar y me aferré a los aros que sostenían las armas.

En ese instante el tarnsman me descubrió Y lanzó un grito de rabia. Desenvainó su espada y trató de alcanzarme con ella, pero me deslicé sobre una garra del animal, que de inmediato cambió de rumbo. Momentos después aflojé la cincha de la silla; la montura, a la que estaba sujeto el jinete, se desprendió del lomo del tarn y cayó en la oscuridad insondable que había debajo de mí.

Escuché el grito del tarnsman, un grito que, de pronto, se apagó.

El otro tarnsman debía de haber advertido algo. Yo no tenía ni un segundo que perder. Lo aposté todo a una sola carta, busqué a tientas las riendas del tarn y finalmente logré agarrar la correa de cuero que rodeaba el cuello del animal. La presión de mi mano repentinamente dirigida hacia abajo tuvo el efecto deseado. El ave creyó que yo había tirado de la cuarta rienda y de inmediato comenzó a descender. Al cabo de unos instantes volví a pisar tierra firme; me encontraba sobre una áspera meseta. Un resplandor rojo apareció por encima de las montañas y me di cuenta que estaba amaneciendo. Las articulaciones de mis pies seguían encadenadas al tarn y solté las sogas precipitadamente.

El primer resplandor matinal me permitió descubrir a cierta distancia lo que estaba buscando: la silla y el cuerpo destrozado del tarnsman. Me alejé del tarn, corrí hacia donde se encontraba la silla y me apoderé de la ballesta, advirtiéndome con alegría que estaba intacta. También la aljaba especialmente preparada estaba llena. Tendí el arma y coloqué un proyectil. Escuché por encima de mí al otro tarn. Cuando el jinete descendió para atacarme, descubrió demasiado tarde mi ballesta. El proyectil lo alcanzó y el guerrero se desplomó en la silla.

El tarn, mi negro gigante de Ko-ro-ba, aterrizó y se acercó majestuosamente. Lo esperé con cierta inquietud, hasta que apoyó su cabeza confiadamente sobre mi hombro y extendió el cuello. Amistosamente le saqué un puñado de piojos de entre las plumas y los coloqué sobre su lengua como si se tratara de golosinas. Luego le acaricié afectuosamente la pata, trepé a la silla, arrojé al suelo al jinete muerto y me sujeté a la montura.

Me sentí magníficamente bien. Contaba nuevamente con armas y con mi tarn, y además con un agujón de tarn y con una montura completa. Me elevé a las alturas, sin pensar en Ko-ro-ba o en la Piedra del Hogar. Con gran optimismo dejé que mi tarn se elevara por encima de la Cordillera Voltai y tomé el rumbo de Ar.

15 - EN EL RECINTO DE MINTAR

Ar, si bien todavía estaba sitiada, seguía invicta y presentaba un espectáculo grandioso. Sus maravillosos cilindros relucientes se alzaban orgullosos detrás de las

blanquísimas fortificaciones de mármol; sus dos muros, el primero de los cuales tenía una altura de cien metros y el segundo, a veinte metros del anterior, alcanzaba los ciento treinta metros, eran tan anchos que se los podía recorrer con seis carromatos de tharlariones, uno al lado del otro. A intervalos de cincuenta metros se alzaban torres elevadas. Encima de la ciudad, de los muros a los cilindros, y entre éstos, pude ver el reflejo del sol sobre alambres de tarn que se balanceaban, millares y millares de finos hilos de metal que se extendían sobre la ciudad a la manera de una red protectora. Era prácticamente imposible conducir un tarn a través de esa red, ya que los alambres seccionarían las alas del animal.

En la ciudad, los Iniciados que poco después de la huida de Marlenus habían subido al poder seguramente ya habían echado mano de las provisiones que se reservaban para las épocas de sitio y administraban los numerosos graneros. Con un racionamiento eficaz una ciudad como Ar podría soportar un sitio a lo largo de toda una generación.

Los ejércitos de Pa-Kur se habían reunido fuera de los muros y se aprestaban para la lucha bajo las indicaciones de los mejores expertos sitiadores de Gor. A una distancia de unos centenares de metros de los muros, fuera del alcance de las ballestas, millares de esclavos cavaban un inmenso foso. Cuando éste estuviera terminado debería tener un ancho de quince a veinte metros y una profundidad de casi veinticinco. En el borde posterior del hoyo, con la tierra removida, se iba levantando un gran baluarte. En lo alto de ese baluarte se encontraban numerosos agujeros que, detrás de escudos móviles de madera, se proponían albergar a arqueros y piezas de artillería.

Entre ese foso y los muros de la ciudad se habían colocado, en la oscuridad, millares de estacas afiladas, inclinadas hacia la ciudad. Algunas de esas trampas mortales estaban disimuladas o colocadas dentro de hoyos. Detrás del gran foso se extendía, a algunos centenares de metros de distancia, un foso más pequeño, de unos cinco metros de ancho por cinco de profundidad, también provisto de un baluarte. Sobre éste se alzaba una empalizada de troncos afilados en la punta. En esa empalizada se abría, cada cincuenta metros, un portón de madera: accesos a las innumerables carpas del ejército sitiador.

Aquí y allá se construían torres sitiadoras entre las carpas. Podían verse nueve de esas construcciones. Era inimaginable que pudieran sobrepasar los muros de Ar, pero con sus arietes de asalto quizá podrían causar daños a menor altura. Las crestas de los muros serían atacadas por tarnsmanes. Cuando llegara el momento del asalto, se tenderían puentes encima de los fosos; sobre esos puentes avanzarían las hordas de Pa-Kur. Armas livianas, sobre todo catapultas, serían transportadas por encima de los fosos por equipos de tarnsmanes armados.

Un aspecto del sitio debía de ocultarse a mi vista: el violento duelo de los túneles cavados por ambas partes. Probablemente ya se habrían comenzado a cavar numerosos pasajes subterráneos, en los cuales, sin duda, se librarían algunos de los combates más violentos del sitio. Si se observaban los cimientos de los poderosos muros de la ciudad, parecía improbable que pudieran llegar a derrumbarse por la existencia de túneles; pero, era posible que alguno de ellos llegara sin que los sitiados lo advirtieran hasta la ciudad; a través de él podría pasar un destacamento de guerreros valientes que, quizá, podría situarse detrás de las filas de los defensores y, desde allí, atacar la puerta principal.

Entonces noté una circunstancia que me produjo cierta confusión. Pa-Kur había descuidado la protección de su retaguardia y no había construido un tercer foso. Yo veía a proveedores y mercaderes que entraban al campamento y salían de él sin ningún impedimento. Pensé que, seguramente, Pa-Kur no tenía nada que temer y por ello no quería que sus esclavos y prisioneros perdieran el tiempo en un trabajo inútil. A pesar de ello, me pareció que cometía un error, aunque sólo fuera desde el punto de vista de las reglas de la práctica del sitio de una ciudad.

Aterricé con mi tarn a una distancia prudente del campamento, a unos ocho o diez pasang de la ciudad. No me sorprendió el hecho de que nadie me detuviera; la arrogancia de Pa-Kur era tan grande que no había centinelas que controlaran el acceso a la ciudad de las carpas. Entré en el campamento como quien entra a una feria. No tenía planes precisos, pero estaba decidido a encontrar a Talena y huir con ella, o a morir en el intento.

Detuve a una joven esclava que pasaba presurosa y le pregunté por el camino que me conduciría al campamento del comerciante Mintar; estaba segura de que habría acompañado de vuelta a las hordas al núcleo de las tierras de Ar. La muchacha escupió en la mano las monedas que llevaba en la boca y me dio la información requerida.

Me había cubierto con un casco que le había quitado al guerrero en las Voltai, y me acerqué nerviosamente al campamento de Mintar. A la entrada había una enorme jaula de alambre, un corral de tarns. Le arrojé un discotarn de plata al guardián y le ordené que se ocupara de mi ave.

Sigilosamente me deslicé alrededor del campamento que, a la manera de muchos campamentos de mercaderes, se hallaba separado del principal por un cerco de ramas entrelazadas. Sobre las instalaciones se extendía una red de tarn que emitía un resplandor plateado, como si se tratara de una ciudad sitiada. El campamento de Mintar tenía una extensión de varios acres; se trataba del campamento de mercaderes más grande.

Miré con precaución a mi alrededor, trepé el cerco y me deslicé hasta el suelo entre algunos tharlarones. Los pesados animales de tiro apenas levantaron la cabeza, mientras me abría paso entre ellos y me acercaba cautelosamente al interior del corral.

Tuve suerte, ya que nadie me vio cuando salté por encima del cerco; me hallaba sobre un sendero que tenía aspecto de ser muy transitado, entre las carpas que servían de vivienda. Normalmente todo campamento de mercader bien organizado se halla dispuesto en forma geométrica, y noche tras noche las carpas están en la misma posición relativa. Los diferentes grupos forman círculos concéntricos: las carpas de los guardianes, el círculo exterior, seguidas por las viviendas de los artesanos, cocheros, supervisores y esclavos; el centro naturalmente le estaba reservado al comerciante, a sus mercaderías y a su guardia personal.

Teniendo en cuenta todo esto, había elegido el lugar adecuado para saltar el cerco; me proponía llegar hasta la carpa de Kazrak, que se hallaba en el círculo exterior, en las proximidades de los corrales de los tharlarones. Mis reflexiones resultaron acertadas, e instantes después me deslizaba dentro de su carpa. Dejé caer sobre su bolsa de dormir mi anillo con el signo de Cabot.

La hora siguiente, mientras esperaba la llegada de Kazrak, me pareció interminable. Por fin, la figura cansada del guerrero se perfiló mientras se agachaba para entrar en la carpa. Llevaba el casco en la mano. Esperé silenciosamente en la sombra. Dejó caer su casco sobre la bolsa de dormir y comenzó a quitarse la espada. Yo seguía callado, ya que mientras portara un arma no podía descartarse la posibilidad de que me atacara en el primer instante de sorpresa. Vi cómo Kazrak removía el fuego y advertí un cálido sentimiento de amistad que brotaba dentro de mí, al distinguir sus rasgos a la luz de las llamas. Encendió la pequeña lámpara de la carpa y se dio la vuelta; al hacerlo descubrió el anillo.

—¡Por los Reyes Sacerdotes! —exclamó.

Corrí a través de la carpa y le tapé la boca con mi mano. Forcejamos durante un instante.

—¡Kazrak! —exclamé y aparté la mano. Me abrazó y me apretó fuertemente contra su pecho. Vi lágrimas en sus ojos.

—Te busqué —dijo—. Durante dos días cabalgué a lo largo de las orillas del Vosk. Hubiera cortado tus ataduras.

—Eso está prohibido —dije riendo.

—Y aunque así fuera —respondió—, igualmente lo hubiera hecho.

—Estamos juntos otra vez —dije simplemente.

—Encontré el almacén de madera —siguió Kazrak— a medio pasang de distancia del Vosk. Te di por muerto.

El buen hombre lloraba y tuve ganas de llorar con él. Amistosamente le agarré del hombro y lo sacudí. De su baúl, que se encontraba junto a la bolsa de dormir, saqué una botella de Ka-la-na, tomé un buen trago y le puse la botella en la mano. Bebió el resto y se limpió la barba.

—Estamos juntos otra vez, Tarl de Bristol, mi hermano de espada.

Kazrak y yo nos sentamos y le relaté mis aventuras. Sacudió la cabeza: —El destino te favorece —dijo— Los Reyes Sacerdotes te han elegido para llevar a cabo grandes empresas.

—La vida es corta —respondí— Hablemos de otras cosas.

En ese instante se abrió la entrada de la carpa de Kazrak y yo me oculté entre las sombras.

El hombre que entró era uno de los palafreneros de Mintar: el que conducía los animales que arrastraban la litera del mercader.

—¿Podrían Kazrak y su huésped, Tarl de Bristol, hacer el favor de acompañarme a la carpa de Mintar, de la Casta de los Mercaderes? —preguntó.

Kazrak y yo nos quedamos mudos, pero nos levantamos y seguimos al hombre. Había oscurecido, y como tenía cubierta mi cabeza con el casco, no corría peligro de ser reconocido por un observador casual. Antes de abandonar la carpa coloqué en mi bolso el anillo de metal rojo. Hasta entonces había llevado la alhaja abiertamente, pero en ese momento consideré que convenía ser más prudente.

La carpa de Mintar era redonda y muy grande, un palacio hecho de telas de seda. En la entrada pasamos junto a los guardianes. En el medio del gran espacio interior, dos hombres se hallaban sentados sobre almohadones, delante de una pequeña fogata, con un tablero en medio de los dos. Uno era Mintar, de la Casta de los Mercaderes, cuyo cuerpo descansaba sobre las almohadas como si fuera un saco de harina. El otro, un ser gigantesco, se hallaba envuelto en los harapos de un leproso, pero los llevaba como un rey. Estaba sentado sobre los almohadones con las piernas cruzadas y la cabeza bien erguida, en la posición de un guerrero. Lo reconocí de inmediato. Era Marlenus.

—No interrumpáis el juego —ordenó Marlenus.

Mintar estaba absorto; sus ojos pequeños se dirigían a los cuadrados rojos y amarillos del tablero. También Marlenus volvió a concentrarse en él juego. Los ojos de Mintar relampaguearon brevemente y su gruesa mano se demoró un instante, titubeando sobre una de las piezas del juego, un Tarnsman. Tocó la figura, lo que le comprometía a moverla. A esto siguió un breve cambio de piezas, casi una reacción en cadena, durante la cual ninguno de los dos hombres pareció reflexionar mucho. Un Primer Tarnsman venció a un Primer tarnsman, un Segundo Luchador de Lanza eliminó al Primer Tarnsman, la Ciudad venció al Luchador de Lanza, un Asesino se apoderó de la Ciudad, el Asesino fue víctima del Segundo Tarnsman, éste fue eliminado por un Esclavo con Lanza y este último, a su vez, por otro Esclavo con Lanza.

Mintar se reclinó sobre los almohadones: —Tomaste la Ciudad —dijo— pero no la Piedra del Hogar —sus ojos centellearon— La perdí para poder apoderarme del Esclavo con Lanza. Terminemos el juego. El Esclavo con Lanza me otorga el punto necesario, un punto pequeño, pero decisivo.

Marlenus sonrió ferozmente. Con un gesto imperioso envió a su Ubar al claro que se había formado por la última jugada de Mintar; el Ubar protegía ahora la Piedra del Hogar.

Mintar se inclinó irónicamente: —Una debilidad de mi juego —dijo—. Siempre presto demasiada atención a la ganancia, no importa cuán pequeña sea.

Marlenus nos miró a Kazrak y a mí: —Mintar —dijo— me enseña a tener paciencia. Es por lo general un experto en cuanto a la defensa.

—Y Marlenus en cuanto al ataque —respondió Mintar sonriendo.

—Un juego absorbente —dijo Marlenus y señaló el tablero. Yo utilicé al Asesino para tomar la Ciudad, luego el Asesino fue eliminado por un Tarnsman... una combinación poco ortodoxa, pero interesante...

—Y el Tarnsman a su vez es eliminado por un Esclavo con Lanza —comenté.

—En efecto —dijo Marlenus sacudiendo la cabeza—, y de este modo soy yo quien vence.

—Y Pa-Kur —dije— es el Asesino.

—Sí —prosiguió Marlenus— y Ar la Ciudad.

—¿Y yo soy el Tarnsman? —pregunté.

—Sí —dijo Marlenus.

—¿Y quién es el Esclavo con Lanza?

—¿Acaso importa? —preguntó Marlenus— Tomó a varios Esclavos con Lanza y los dejó caer uno tras otro sobre el tablero. Cualquiera de ellos sirve.

—Cuando los Asesinos tomen la Ciudad —dije—, el dominio de los Iniciados habrá llegado a su fin y la horda se dispersará con el botín y dejará en la ciudad una guarnición para ocuparla.

Mintar se movió con cierta inquietud sobre su cojín: El joven tarnsman juega bien —dijo.

—Y —proseguí— cuando caiga Pa-Kur las tropas de ocupación se pelearán entre sí y puede producirse una revolución...

—Bajo la conducción de un Ubar —dijo Marlenus asintiendo, y examinó la pieza que tenía en su mano: era un Ubar. La dejó caer sobre el tablero, dispersando de este modo las demás piezas— ¡Bajo la conducción de un Ubar! —repitió.

—¿Estás dispuesto a entregar la ciudad a Pa-Kur? —pregunté— ¿Permitirás que sus hordas se apoderen de los cilindros, saqueen y destruyan la ciudad, maten o esclavicen a sus habitantes?

Los ojos de Marlenus centellearon. —No —dijo— Pero Ar caerá. Los Iniciados sólo saben murmurar plegarias y organizar los detalles de sus inútiles ceremonias de sacrificio. Ambicionan el poder político, pero no entienden nada al respecto, no lo saben manejar. No soportarán durante largo tiempo un sitio bien organizado. No pueden defender la ciudad.

—¿Pero no podrías entrar tú en la ciudad y tomar el poder? Podrías devolver la Piedra del Hogar y reunir un séquito a tu alrededor.

—Sí —dijo Marlenus— Podría devolverle la Piedra del Hogar a la ciudad y pronto contaría nuevamente con partidarios. Pero no serían suficientes. ¿Cuántos seguirían el estandarte de un proscrito? No, primero el poder de los Iniciados debe ser destruido.

—¿Cuentas con un acceso a la ciudad? —pregunté.

Marlenus me miró y me guiñó el ojo: —Quizá —contestó.

—Entonces te propongo lo siguiente: trata de apoderarte de las Piedras del Hogar de las ciudades dominadas por Ar, que se encuentran en la torre central. Cuando estén en tu poder puedes sembrar la discordia entre las hordas de Pa-Kur, devolviendo las piedras a las delegaciones de las diferentes ciudades, bajo la condición de que se retiren inmediatamente. Si se niegan a hacerlo puedes destruir las Piedras.

—Los soldados de las doce ciudades sometidas —repuso— buscan el botín y a las mujeres de Ar y no sólo sus Piedras.

—Quizás algunos de ellos luchen por su libertad, por el derecho de conservar su Piedra del Hogar —dije—. Seguramente las hordas de Pa-Kur no están compuestas sólo de aventureros y mercenarios.

Advertí el interés del Ubar y proseguí: —Además, pocos soldados goreanos, a pesar de su posible salvajismo, arriesgarían la destrucción de su Piedra del Hogar, que a fin de cuentas es el símbolo de su patria.

Marlenus frunció el ceño: —Pero si se pone fin al sitio, el poder seguiría en manos de los Iniciados.

—Y Marlenus no podría reconquistar el trono de Ar —dije—. Pero por lo menos se salvaría la ciudad. ¿Qué es lo que tú más quieres Ubar, tu ciudad o tu título? ¿Te preocupa el bienestar de Ar o sólo tu gloria?

Marlenus se levantó de un salto, se despojó de sus harapos amarillos y desenvainó su espada reluciente: —¡Un Ubar responde con la espada semejante pregunta!

Yo también había desenvainado mi espada. Durante un largo, terrible instante nos mirarnos fijamente, luego Marlenus retrocedió un paso, lanzó una gran carcajada sonora y envainó la espada: —Tu plan es bueno —dijo— Esta noche entraré en la ciudad con mis hombres.

—Y yo os acompañaré —agregué.

—No —replicó Marlenus—. Los hombres de Ar no necesitan la ayuda de un guerrero de Ko-ro-ba.

—Quizás el joven tarnsman podría ocuparse de Talena, la hija de Marlenus —dijo Mintar en voz baja.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No lo sabemos con exactitud —respondió Mintar—. Pero se supone que se halla en las carpas de Pa-Kur.

Kazrak habló por primera vez: —El día que caiga Ar, se casará con Pa-Kur y reinará a su lado. Él abriga la esperanza de que esto inducirá a los sobrevivientes de Ar a reconocerlo como Ubar legítimo. Se proclamará libertador de la ciudad, el hombre que puso fin al despotismo de los Iniciados, y restablecerá el esplendor del imperio.

Mintar movía pensativamente de un lado a otro las figuras sobre el tablero: —Tal como la situación se presenta actualmente —dijo— la joven carece de importancia, pero sólo los Reyes Sacerdotes pueden prever todas las variaciones posibles. Podría resultar ventajoso eliminar a la muchacha del juego.

Marlenus miraba fijamente el suelo con los puños cerrados: —Sí —dijo—, tiene que desaparecer, pero no sólo por motivos estratégicos: me ha deshonrado —Me miró con el ceño fruncido—. Estuvo a solas con un guerrero, se le sometió y ahora le ha prometido a un Asesino que reinaría a su lado.

—Ella no te deshonró —afirmé.

—Se sometió —gruñó Marlenus.

—Sólo para salvar la vida —respondí.

—Y por lo que se dice —dijo Mintar sin levantar la vista —aceptó a Pa-Kur sólo para ofrecerle una oportunidad de supervivencia a cierto tarnsman que ama.

—Como novia habría aportado mil tarns —dijo Marlenus amargamente—. Ahora vale menos que una esclava educada.

—¡Es tu hija! —repuse acaloradamente.

—Si ahora estuviera aquí —dijo Marlenus—, la estrangularía.

—Y yo te mataría —exclamé.

—Bueno —dijo Marlenus sonriendo—, quizá sólo la azotaría y se la entregaría a mis tarnsmanes.

—Y yo te mataría —repetí.

—En verdad —dijo Marlenus—, uno de los dos mataría al otro.

—¿Acaso no la quieres? —pregunté.

Marlenus me miró confundido: —Soy un Ubar —repuso—. Recogió el manto amarillo, se lo echó encima y ocultó su rostro tras la capucha amarilla de leproso. Antes de irse, me

golpeó amistosamente el pecho con su bastón nudoso —Que los Reyes Sacerdotes te acompañen —dijo riéndose.

Marlenus se encorvó y abandonó la carpa, simulando ser un leproso desesperado que con el bastón iba buscando el camino.

Mintar levantó la vista: —Hasta ahora eres el único hombre que se ha salvado de la muerte de tarn —dijo, y en su voz había algo de veneración— Quizá sea cierto lo que se cuenta acerca de ti: que eres uno de esos guerreros que se traen a Gor sólo una vez cada mil años para modificar el mundo, y son los Reyes Sacerdotes quienes los traen.

—¿Cómo sabías que vendría a tu campamento? —le pregunté.

—Por la muchacha —respondió Mintar. Era una suposición lógica que en primer lugar visitarías en su carpa a Kazrak, tu hermano de espada.

Mintar hurgó en su bolso y sacó un discotarn de oro. Se la arrojó a Kazrak. Supongo que deseas dejar de prestarme servicios —dijo.

—Tengo que hacerlo —respondió Kazrak.

—¿Dónde están las carpas de Pa-Kur? —pregunté.

—Se encuentran en el lugar más alto del campamento, cerca del segundo foso, directamente frente a la gran puerta de la ciudad de Ar. No se te escapará el estandarte negro de la Casta de los Asesinos.

—Muchas gracias —dije—. A pesar de pertenecer a la Casta de los Mercaderes eres un hombre valiente.

—Un comerciante puede ser tan valiente como un guerrero, joven tarnsman —repuso Mintar sonriendo. Casi parecía turbado— Veámoslo desde este ángulo. Si Marlenus reconquistara la ciudad, ¿acaso Mintar no obtendría todos los monopolios que desee?

—Sí, pero en eso Pa-Kur, seguramente, no sería menos generoso que Marlenus.

—Sería aún más generoso —rectificó Mintar, volviendo a mirar el tablero—, pero desgraciadamente Pa-Kur no interviene en este juego.

16 - LA MUCHACHA ENJAULADA

Kazrak y yo regresamos a la carpa y hasta el amanecer discutimos acerca de las posibilidades de salvar a Talena. Discurríamos varios planes, pero ninguno parecía tener grandes probabilidades de éxito. Era suicida arriesgar un contacto directo y, sin embargo, me parecía que no había otra salida. Hasta que cayera la ciudad o Pa-Kur modificara sus planes, consideré que Talena estaría relativamente a salvo, pero soportaba apenas imaginarla en las carpas de Pa-Kur y tenía conciencia de que ya no podría controlarme durante largo tiempo. Sin embargo, por el momento prevaleció la reflexión serena de Kazrak.

Los días siguientes permanecí a su lado y esperé que llegara la ocasión apropiada. Teñí de negro mi pelo y conseguí el casco y uniforme de un Asesino. En el costado izquierdo del casco negro sujeté la franja dorada de los mensajeros. Con ese disfraz me movía entre las carpas, observaba el sitio y los movimientos de tropas. De vez en cuando, escalaba una de las torres de sitio que estaba en construcción y contemplaba la ciudad de Ar y las luchas que se libraban entre el primer foso y el muro de fortificación exterior.

A intervalos regulares se oían silbidos de alarma cuando las fuerzas de ataque de la ciudad efectuaban alguna salida. Tales luchas se libraban casi diariamente y finalizaban con resultados diversos. A pesar de ello, no cabía ninguna duda de que la gente de Pa-Kur se encontraba en una posición más favorable. El refuerzo de soldados y de material para Pa-Kur parecía inagotable; además tenía a su disposición una eficiente caballería de tharlariones, un arma de la que carecían por completo los defensores de la ciudad.

A menudo el cielo estaba poblado de tarnsmanes provenientes de Ar o del campamento, que disparaban sobre los soldados que marchaban en hileras apretadas, o

que se batían a duelo a algunos centenares de metros de altura. Pero con el pasar del tiempo el ejército de tarnsmanes de la ciudad disminuyó, debió ceder cada vez más a la supremacía de Pa-Kur. Al noveno día de sitio, Pa-Kur había conquistado el predominio aéreo; también cesaron las salidas por tierra por parte de los soldados de la ciudad. No les quedaba ya ninguna esperanza a los sitiados de poner fin al sitio por medio de la lucha. Los moradores de Ar permanecían detrás de sus muros, se escondían debajo de sus redes de tarn y esperaban los ataques, mientras los Iniciados ofrecían sus sacrificios a los Reyes Sacerdotes.

El décimo día de sitio, pequeñas catapultas fueron transportadas por tarns por encima de los fosos y comenzaron de inmediato sus duelos de artillería con armas equivalentes que se encontraban sobre los muros de Ar. Simultáneamente, los esclavos empujaban hacia adelante la hilera de estacas afiladas. Después de un bombardeo de alrededor de cuatro días, que probablemente no tuvo grandes consecuencias, se procedió al primer ataque general.

Algunas horas antes del amanecer las enormes torres sitiadoras se pusieron en movimiento. Estaban rodeadas por placas de acero para resistir el efecto de flechas de fuego y alquitrán ardiente de los defensores. A mediodía se encontraban al alcance de los proyectiles de los arqueros. Al anochecer la primera torre avanzó hasta los muros a la luz de las antorchas. En el curso de una hora, otras tres torres habían llegado a la meta. Alrededor de ellas pululaban los guerreros. Encima de éstos, en el aire, los tarnsmanes se enfrentaban en duelo mortal. En escalas de cuerda, los defensores de la ciudad descendían unos cuarenta metros por los muros para alcanzar las puntas de las torres. A través de pequeñas puertas, los habitantes de la ciudad atacaban asimismo las torres desde abajo, pero eran rechazados por las hordas de Pa-Kur. Desde la parte superior de los muros llovían piedras y otros proyectiles sobre las torres. Dentro de éstas, esclavos sudorosos se inclinaban bajo los látigos de sus supervisores y tiraban con violencia de las cadenas que balanceaban de un lado a otro los poderosos arietes de acero.

Una de las torres sitiadoras fue socavada y cayó hacia un lado, otra fue capturada e incendiada. Pero otras cinco rodaban lentamente hacia los muros de la ciudad. Un grupo de tarnsmanes logró eliminar a varios arqueros de la ciudad que provocaban numerosas bajas. El vigésimo día reinaba gran alegría en el campamento de Pa-Kur, ya que en cierto lugar de la ciudad se habían cortado los alambres de tarn y un destacamento de luchadores de lanza había llegado hasta el depósito principal de agua de Ar y lo había envenenado. Ahora la ciudad vivía esencialmente de una cisterna privada, y se esperaba que el agua y los víveres escasearan pronto, y así los Iniciados, que no habían procedido con mucha habilidad durante el sitio, se verían enfrentados a una población hambrienta y desesperada.

Yo ignoraba qué había sido de Marlenus. Suponía que había encontrado un acceso para entrar en la ciudad y que esperaba el momento oportuno para actuar. Pero a la cuarta semana llegaron malas noticias. Por lo visto Marlenus había sido descubierto y lo habían encerrado en el cilindro de las Piedras del Hogar, en el edificio que una vez fuera su palacio.

Parecía que Marlenus y sus guerreros dominaban el piso superior y el techo del cilindro, pero no podía servirse de las Piedras del Hogar que ahora estaban tan cerca. Él y sus hombres carecían de tarns, y les habían cortado la retirada. Además las redes de tarn eran particularmente espesas en las proximidades de la torre central y frustrarían todo intento de salvarlo.

Pa-Kur, por supuesto, se sentía satisfecho de saber a Marlenus en manos de sus contrarios. Yo me preguntaba durante cuánto tiempo Marlenus soportaría esa situación. De todos modos, mi plan con respecto a las Piedras del Hogar había fracasado y Marlenus, en quien había confiado, estaba neutralizado o bien completamente descartado, utilizando el lenguaje del juego.

Desesperados, Kazrak y yo discutíamos esa situación. Nos parecía improbable que Ar resistiera el sitio, pero por lo menos, debíamos intentar una cosa. Salvar a Talena. Se me ocurrió un nuevo plan.

—Quizá podría levantarse el sitio —dije— si Pa-Kur fuera atacado por sorpresa, o sea desde atrás, del lado desprotegido de su ejército.

Kazrak sonrió: —Efectivamente. ¿Pero de dónde sacamos un ejército?

Titubeé un instante y dije: —De Ko-ro-ba o quizá de Thentis.

Kazrak me miró incrédulo: —¿Has perdido la razón? —preguntó— Las Ciudades Libres se cuidarán de hacerlo. Desean la caída de Ar.

—¿Y qué ocurrirá —pregunté— cuando Pa-Kur reine sobre la ciudad?

Kazrak frunció el ceño.

—Pa-Kur no destruirá a Ar —dije— y hará lo posible para que no se desbande su horda. Marlenus soñó con un imperio, la ambición de Pa-Kur sólo puede llevar a una pesadilla de sometimiento.

—Tienes razón —dijo Kazrak.

—¿Por qué no se habrían de unir entonces las Ciudades Libres de Gor para vencer a Pa-Kur? Marlenus ya no representa un peligro; aun si llegara a sobrevivir, no dejaría de ser un proscrito.

—Pero las ciudades nunca se unirán.

—No lo han hecho hasta ahora —dije—, pero espero que sean lo suficientemente razonables como para reconocer el momento oportuno. Toma este anillo —proseguí, y le di el aro rojo de metal con el sello de Cabot— Muéstraselo a los administradores de Ko-ro-ba, Thentis y otras ciudades. Diles que deben levantar el sitio, y que este pedido procede de Tarl Cabot, guerrero de Ko-ro-ba.

—Probablemente me empalarán —dijo Kazrak y se levantó—. Pero iré a pesar de todo.

Apesadumbrado, vi cómo Kazrak se pasó por encima del hombro el cinto de su espada y tomó el casco: —Adiós, hermano de espada —dijo, se dio la vuelta y abandonó la carpa.

Pocos minutos después, yo también recogí mis cosas, me puse el casco negro de los Asesinos y me dirigí hacia el campamento de Pa-Kur. Estaba compuesto de algunas docenas de carpas de seda negra, situadas sobre una pequeña elevación detrás del segundo foso.

Ya me había acercado centenares de veces a ese grupo de carpas, pero ahora quería algo más. Mi corazón comenzó a palpar; al fin iba a actuar. Hubiera sido suicida penetrar a la fuerza en el campamento, pero como Pa-Kur por el momento se encontraba en las afueras, cerca de la ciudad, quizá podría hacerme pasar por su mensajero.

Sin titubear me presenté ante los guardias.

—Un mensaje de Pa-Kur —dije— para ser entregado a Talena, su futura Ubara.

—Yo se lo llevaré —respondió uno de los guardianes con desconfianza.

—El mensaje es para la futura Ubara —dijo enojado— ¿Le impides el acceso a un mensajero de Pa-Kur?

—No te conozco —gruñó.

—¡Dime tu nombre! —le exigí.

Siguió un silencio angustiante; luego el guardián me dejó pasar. Atravesé el portón y miré a mi alrededor. De inmediato llegué a un segundo portón y fui nuevamente interrogado; un esclavo de la torre me acompañó a través de las carpas, seguido por dos guardias.

Nos detuvimos delante de una carpa resplandeciente de seda amarilla y roja. Me di la vuelta: —Esperad aquí —dije— Mi mensaje está destinado a la futura Ubara y sólo a ella. —El corazón me latía violentamente. Me sorprendió que mi voz no delatara tal emoción.

Entré en la carpa. En el gran espacio interior se encontraba una jaula. Era un cubo de unos tres metros. Las pesadas barras de metal estaban cubiertas de plata y adornadas

con piedras preciosas. Una joven estaba sentada sobre un trono, llevaba los pesados ornamentos de una Ubara.

Una voz interior me previno. No sé por qué tenía la sensación de que algo extraño ocurría. Reprimí el impulso de llamarla por su nombre, de correr hasta la jaula, de tocarla y abrazarla. Tenía que ser Talena, mi amada, a quien pertenecía mi vida. Y sin embargo me acerqué lentamente, casi sigilosamente. La figura, de algún modo, me resultaba extraña. ¿Acaso estaría herida o aletargada? ¿Acaso no me reconocía? Me coloqué delante de la jaula y me quité el casco. No dio señales de reconocermme.

Mi voz sonaba apagada: —Soy un mensajero de Pa-Kur —dije— Te manda decir que la ciudad caerá con brevedad y que entonces reinarás a su lado sobre el trono de Ar.

—Pa-Kur es bondadoso —dijo la muchacha.

Me sentí aturdido, prácticamente aplastado en el momento por la astucia de Pa-Kur. Podía estar agradecido por no haber desoído los consejos de Kazrak. Sí, hubiera sido un error querer liberar a Talena por la fuerza. La voz de esa joven no era la voz de mi querida Talena. La muchacha que estaba en la jaula era una desconocida.

17 - CADENAS DE ORO

Pa-Kur había sido más listo que yo. Deprimido, abandoné el campamento del Asesino y regresé a la carpa de Kazrak. Los días siguientes traté de hacer averiguaciones; pregunté a esclavos, desafié a espadachines e incurrí en diversas situaciones peligrosas para obtener la información deseada. Pero en los casos en que, por medio de la espada o el pago de discotarns de oro, obtuve alguna respuesta, ésta era siempre la misma, que Talena vivía en la carpa amarilla y roja. Probablemente sólo Pa-Kur sabía dónde se encontraba realmente la joven.

En mi desesperación me di cuenta de que con mis apresuradas averiguaciones sólo había logrado un objetivo. Pa-Kur tenía que saber ahora que alguien se interesaba desesperadamente por conocer el paradero de la joven, por lo cual el Asesino extremaría las medidas de seguridad. Durante esos días yo llevaba las simples vestimentas de un tarnsman; a pesar de ello en más de una ocasión eludí a duras penas patrullas enviadas por Pa-Kur; por lo general eran conducidas por hombres a quienes yo había interrogado.

En la carpa de Kazrak hice un triste balance. Tenía que admitir que el Tarnsman de Marlenus había sido neutralizado y ya no intervenía en el juego. Reflexioné acerca de la posibilidad de matar a Pa-Kur, pero eso probablemente no me hubiera acercado a la meta anhelada.

Fueron días terribles. No recibía ninguna noticia de Kazrak y las informaciones procedentes de la ciudad sobre la situación de Marlenus comenzaron a ser contradictorias. De ello podría deducirse que él y sus hombres habían sido vencidos y que la torre central se hallaba nuevamente en poder de los Iniciados. Y si aún no había sido derrotado, eso ocurriría en cualquier momento.

El sitio duraba ya más de cincuenta días y el primer muro había caído en poder de las fuerzas de Pa-Kur. Era metódicamente desmantelado en siete lugares diferentes para brindar acceso a las torres sitiadoras que se aprestaban a atacar el segundo muro. Adicionalmente se construían centenares de livianos «puentes voladores»; en el momento del asalto a la ciudad éstos se tenderían entre el primero y segundo muro y así los guerreros de Pa-Kur podrían pasar del uno al otro. Corrían rumores de que docenas de túneles llegaban ya mucho más allá del segundo muro y podían ser abiertos en cualquier momento en diferentes lugares de la ciudad. Ar tuvo la desgracia de que, precisamente en esos tiempos difíciles, se encontraba dominada por la más débil de todas las castas, la Casta de los Iniciados, expertos únicamente en mitología y superstición. Por relatos de desertores se sabía que detrás de los muros reinaba el hambre y que el agua escaseaba.

Algunos defensores de la ciudad abrían las arterias de los tarns y bebían su sangre. En nuestro campamento se calculaba que la ciudad caería en días, en horas. Pero Ar no se rendía.

Creo, en realidad, que los valientes guerreros de Ar hubieran defendido su ciudad hasta la última gota de sangre, pero ese no era el designio de los Iniciados. Sorprendentemente, el Iniciado Supremo de la ciudad apareció sobre los muros. Alzó un escudo y luego lo colocó delante de sus pies, junto con su lanza. Tal gesto, de acuerdo con las convenciones goreanas, es el pedido de una conferencia, de un armisticio, de una suspensión temporal de la lucha. En el caso de una capitulación, se rompen la correa del escudo y el asta de la lanza, como señal de que el vencido se encuentra sin armas a merced del vencedor.

Poco después Pa-Kur apareció sobre el primer muro frente al Iniciado Supremo y realizó los mismos gestos. Esa noche se intercambiaron mensajeros, y las condiciones de capitulación quedaron fijadas en notas y conferencias. Al amanecer, en el campamento, se conocían las principales condiciones. Ar había caído.

En las negociaciones, a los Iniciados les interesó principalmente garantizar su propia seguridad e impedir, en lo posible, la devastación de la ciudad. En consecuencia la primera condición fue que Pa-Kur les concediera una amnistía general. Pa-Kur, de buena gana, aceptó esa condición; una matanza indiscriminada de los Iniciados hubiera sido un mal augurio para sus tropas, y además ellos podrían prestarle valiosos servicios en el control de la población. Adicionalmente, los Iniciados exigían que la ciudad sólo fuera ocupada por diez mil soldados armados; los guerreros restantes sólo habrían de pasar desarmados las puertas de la ciudad. Seguía una cantidad de concesiones y condiciones complicadas de menor importancia, que en su mayor parte se relacionaban con el aprovisionamiento de la ciudad y la protección de sus mercaderes y campesinos.

Pa-Kur, por su parte, impuso las severas exigencias que en general son propias de un conquistador goreano. La población debía ser completamente desarmada. Los oficiales de la Casta de los Guerreros y sus familias, empalados; del resto de la población, sería ejecutado un hombre de cada diez. Las mil mujeres más hermosas de la ciudad serían puestas a disposición de Pa-Kur como esclavas de placer, para su distribución entre los oficiales de más rango. En cuanto a las restantes mujeres libres, un treinta por ciento, entre las más sanas y atractivas, serían repartidas entre los soldados; el beneficio económico que eso reportaría le correspondería a Pa-Kur. Siete mil hombres jóvenes se incorporarían a las filas de sus esclavos sitiadores. Los niños menores de doce años serían repartidos al azar entre las demás Ciudades Libres de Gor. Y en cuanto a los esclavos de Ar, pasarían a poder de quienes les cambiaran el collar.

Al amanecer, una imponente procesión abandonó el campamento de Pa-Kur y cuando llegó al puente principal, sobre el primer foso, comenzaron a abrirse las grandes puertas de la ciudad. Probablemente yo fuera el único en la inmensa multitud de espectadores que sentía ganas de llorar, quizá con la excepción de Mintar. Pa-Kur cabalgaba al frente de los diez mil hombres de las tropas de ocupación. Su cabalgadura era un tharlarión negro, un animal poco común, adornado de joyas. Con sorpresa advertí que la enorme procesión se detenía y ocho miembros de la Casta de los Asesinos acercaron una litera.

Entonces presté la máxima atención. La litera fue depositada junto al tharlarión de Pa-Kur. De ella descendió una joven. No tenía velo, y mi corazón dio un vuelco. ¡Era Talena! Pero no llevaba las vestiduras de una Ubara. Iba descalza y la cubría un largo manto blanco. Con sorpresa advertí que sus muñecas estaban sujetas por esposas doradas; de ellas pendía una cadena de oro que Pa-Kur sujeto a la silla de su tharlarión. Al sordo ritmo de los tambores de tarn la procesión volvió a ponerse en movimiento, y Talena avanzó con dignidad junto al tharlarión de su vencedor.

No logré disimular totalmente mi espanto cuando un jinete montado sobre un tharlarión comentó en tono divertido: —Una de las condiciones de la capitulación: Talena, la hija de Marlenus, será empalada.

—¿Pero por qué? —pregunté—. ¿Acaso no iba a ser la esposa de Pa-Kur, la Ubara de Ar?

—Cuando huyó Marlenus —contestó el jinete— los Iniciados decidieron que todos los miembros de su familia fueran empalados—. Sonrió agriamente: —Ahora, para no caer en descrédito ante los ciudadanos de Ar, han exigido que Pa-Kur respete esa decisión.

—¿Y Pa-Kur ha accedido?

—Por supuesto, él acepta cualquier llave que le abra las puertas de la ciudad.

Me sentí mareado y salí, tambaleándome, a través de las filas de soldados que observaban la procesión. Corrí por las calles abandonadas del campamento y busqué a ciegas el camino hasta la carpa de Kazrak. Me arrojé sobre la bolsa de dormir y me puse a llorar.

Luego mis manos se aferraron a la tela y sacudí violentamente la cabeza, tratando de librarme del cúmulo de sentimientos incontrolados. La emoción de volver a ver a Talena y enterarme del destino que le esperaba había sido demasiado para mí. Tenía que hacer un esfuerzo para controlarme.

Finalmente me levanté con lentitud y me puse el casco negro y el uniforme de la Casta de los Asesinos. Aflojé la espada en la vaina, coloqué el escudo sobre mi brazo izquierdo y torné mi lanza. Apresuradamente me dirigí hacia el gran corral de tarns a la entrada del campamento.

Me trajeron mi tarn. Tenía un resplandor saludable y parecía lleno de energía. Los días de descanso le habían sentado bien; por otra parte seguramente extrañaba la inmensidad de las alturas.

Le arrojé al cuidador un discotarn de oro. Había hecho un buen trabajo. Desconcertado, me mostró la moneda. Un discotarn de oro equivale a una pequeña fortuna. Me instalé sobre la silla y me sujeté con firmeza. Le dije al cuidador que se guardara el dinero, un gesto que le alegró. Además, no esperaba vivir para gastarlo yo personalmente.

—Quizá me traiga suerte —dije. Luego tiré de la primera rienda y dejé que el enorme animal alzara el vuelo.

18 - EN EL CILINDRO CENTRAL

Cuando el tarn alcanzó cierta altura, vi el gran campamento, los fosos, los dobles muros de Ar y la imponente procesión de Pa-Kur; el sol matinal brillaba sobre las armas de los soldados. Pensé en Marlenus, quien, si es que todavía vivía, podía contemplar ese espectáculo desde su torre. Deseaba que no supiera qué destino aguardaba a su hija. Yo haría lo posible para salvarla. ¡Qué habría dado en ese momento por tener a mi lado a Marlenus y a sus tropas, no importa cuán reducidas fueran!

Como si repentinamente las piezas de un rompecabezas encajaran, empecé a ver claro. Marlenus, por algún camino, había entrado en la ciudad. Durante días había meditado acerca de esto, y ahora la solución parecía estar a la vista.

¡Los harapos de los leprosos! ¡Las cuevas de Dar-Kosis detrás de la ciudad! Una de esas cuevas debía de ser una pista falsa, debía de ocultar un acceso subterráneo a la ciudad. Probablemente, hacía años, el astuto Ubar se había preparado esa posibilidad de fuga. Tenía que encontrar la cueva y el túnel y, de alguna manera, unirme a Marlenus.

Pero antes tenía que resolver otro asunto. Dejé que mi animal volara en línea recta hacia los muros de la ciudad. Apenas un minuto más tarde me encontraba, montado sobre mi tarn, encima del muro interior en la proximidad de la gran puerta. Los soldados se dispersaron frenéticamente cuando aterricé con mi tarn. Nadie se atrevió a atacarme.

Yo llevaba el uniforme de un guerrero de la Casta de los Asesinos y, en el lado izquierdo de mi casco, resplandecía la franja dorada de mensajero.

Sin descender, pedí hablar con el oficial al mando. Un hombre canoso se acercó cabizbajo; no le alegraba ser llamado por un enemigo de la ciudad.

—¡Pa-Kur se acerca a la ciudad! —exclamé. Ar le pertenece.

Los hombres callaron.

—Le dais la bienvenida —dije despectivamente— abriéndole la gran puerta, pero no habéis retirado las redes de tarn. Bajadlas de inmediato para que sus tarnsmanes puedan entrar sin tropiezos en la ciudad.

—Eso no figuraba entre las condiciones de capitulación —dijo el oficial.

—Ar ha caído —dije— Obedece la palabra de Pa-Kur.

—Bien —dijo el oficial, y se volvió hacia un subordinado— Baja la red.

La orden recorrió el muro de boca en boca, de torre en torre. Poco después se ponían en movimiento los grandes cabrestantes, y metro tras metro fue descendiendo la espantosa red. En cuanto cayó al suelo, fue desmontada y enrollada. Por supuesto que a mí no me interesaba facilitarles el acceso a los tarnsmanes de Pa-Kur, que por lo que yo sabía ni siquiera se contaban entre las tropas de ocupación, sino que quería que el cielo sobre la ciudad estuviera libre para que yo y otros tuviéramos posibilidad de huir.

Seguí hablando con tono arrogante: —Pa-Kur desearía saber si el ex Ubar Marlenus vive aún.

—Sí —dijo el oficial—, en el cilindro central.

—¿Está preso?

—Como si lo estuviera.

—Procurad que no huya.

—No huirá —dijo el hombre— Cincuenta guardias se ocupan de ello.

—¿Y qué pasará ahora con el techo del cilindro? —pregunté—. Las redes de tarn han sido bajadas.

—No creo que Marlenus pueda volar —respondió el oficial.

—¿Adónde llevará Pa-Kur a la hija del ex Ubar, dónde será ejecutada?

El oficial señaló un cilindro lejano: —En el Cilindro de la Justicia. La ejecución se realizará lo antes posible.

El cilindro era blanco, un color que en Gor es símbolo de imparcialidad. El color también indicaba que la justicia practicada en esa torre era la justicia de los Iniciados.

En Gor existen dos sistemas de derecho, el de la ciudad, bajo la jurisdicción de un Administrador o Ubar, y el de los Iniciados, bajo la jurisdicción del Iniciado Supremo de cada ciudad. La división corresponde aproximadamente a la que existe en nuestro mundo entre derecho civil y canónico.

Advertí aterrizado que sobre el techo del Cilindro de la Justicia relucía una lanza de casi quince metros de largo. En la distancia parecía una aguja brillante.

Volví a remontarme a las alturas. Había logrado eliminar las redes de tarn de la ciudad, sabía que Marlenus vivía y controlaba una parte del cilindro central, y sabía además dónde y cuándo tendría lugar la ejecución de Talena.

Dejé a mis espaldas los muros de Ar y, al hacerlo, observé consternado que la procesión de Pa-Kur ya casi había llegado a la ciudad. Vi al tharlarión que montaba Pa-Kur y, junto a él, a la muchacha vestida de blanco.

Los tres minutos siguientes me parecieron interminables; pero al cabo me encontré detrás del campamento de Pa-Kur y comencé a buscar las temidas cuevas de Dar-Kosis, aquellas prisiones a las que los leprosos podían acudir por su voluntad. Había varias de esas cuevas, fácilmente reconocibles desde arriba, cavidades grandes, circulares, como un pozo de agua hundido en la tierra. Al terminar mi búsqueda había encontrado sólo una cueva no habitada por leprosos. Sin perder tiempo en reflexionar acerca de un posible peligro de contagio, aterricé con el tarn en la cueva abandonada.

El gigante llegó hasta el suelo rocoso; mirando hacia arriba eché un vistazo a lo largo de las paredes artificialmente alisadas, que de todos lados se alzaban hasta una altura de unos trescientos metros. Hacía frío allí abajo. En el centro de la cueva había una cisterna llena hasta la mitad de agua podrida. Por lo que podía comprobar no existía ninguna posibilidad de abandonar la cueva de Dar-Kosis, excepto sobre el lomo de un tarn. Si existía una salida secreta, preparada por Marlenus, al menos no era visible. Y yo no tenía tiempo de mirar detenidamente a mi alrededor.

Descubrí algunas de las cavidades que habían sido abiertas en las paredes rocosas de la cueva y que servían de morada a los leprosos. Desesperado, examiné varias de esas cavidades; algunas eran pequeñas, otras constaban de tres o cuatro cámaras conectadas entre sí. Encontré esteras de dormir medio podridas, trozos herrumbrados de utensilios como sartenes y ollas, pero el pasaje buscado seguía oculto.

Al abandonar unas de esas cavidades vi que mi tarn se encontraba en el otro extremo de la cueva, con la cabeza reclinada hacia un costado con gesto desconcertado. El ave picoteaba en una roca aparentemente lisa, luego retiraba el pico y repetía varias veces el movimiento. Después comenzó a moverse de aquí para allá, mientras sacudía impacientemente las alas.

Corrí a través de la cueva hacia el lugar donde se encontraba el tarn, y comencé a examinar detenidamente la roca. Miraba fijamente cada centímetro cuadrado y deslizaba sobre él mis dedos. Pero no aparecía nada, aunque por cierto flotaba en el aire un leve olor a tarn.

Durante varios minutos examiné el muro liso, seguro de que allí se encontraba el secreto. Desesperado, retrocedí con la esperanza de distinguir, en alguna parte, una prominencia o cavidad poco común, donde podría encontrarse el mecanismo de apertura del túnel. Pero no apareció ninguna palanca, manivela u otro dispositivo.

Extendí mi búsqueda y recorrí los muros de piedra, los que empero parecían completamente intactos e impenetrables.

Con una exclamación repentina corrí hacia donde se encontraba la cisterna poco profunda en el centro de la cueva, me arrojé de bruces al suelo, hundí mi mano en el agua fresca y maloliente, y palpé desesperadamente la roca.

Mis dedos apresaron una manivela, que hice girar apresuradamente. Al mismo tiempo oí detrás de mí un ruido suave; en alguna parte, un gran peso era levantado hidráulicamente y mantenido en equilibrio. Ante mi desconcierto, se abrió un enorme boquete en el muro rocoso. Un imponente trozo de roca se había deslizado hacia arriba y dejaba al descubierto un gran túnel sombrío, rectangular, que parecía suficientemente grande como para que en él volara un tarn. Tomé las riendas de mi animal y lo hice pasar a través de la abertura. Detrás de ella distinguí una segunda manivela, que hacía juego con el dispositivo de la cisterna. La hice girar y la gran puerta se cerró detrás de mí. Pensaba guardar el mayor tiempo posible el secreto del túnel.

Allí abajo no reinaba una oscuridad total; el túnel estaba iluminado por focos redondos, protegidos por alambre, que brillaban cada cien metros. Esos focos, inventados hacía aproximadamente cien años por la Casta de los Constructores, brindan una luz clara, suave y sólo deben ser remplazados cada dos años.

Monté mi tarn, que evidentemente se sentía nervioso en ese ambiente extraño. Lo acaricié y le hablé para tranquilizarlo, aunque no logré que se calmara. Cuando tiré de la primera rienda, el animal no reaccionó, pero al hacerlo por segunda vez alzó el vuelo y, al ascender, casi tocó el techo y rozó los muros con las puntas de sus alas. Mi casco me protegió del granito del techo del túnel. Por último, el tarn descendió un poco y comenzó a volar con mayor agilidad a través del túnel; los focos brillaban a mi paso como una cadena centelleante.

Al final de nuestro vuelo el túnel se ensanchó, convirtiéndose en una cámara enorme, iluminada por centenares de focos. En la cavidad se encontraba una enorme jaula de

tarns que contenía unos veinte animales gigantescos medio muertos de hambre. Levantaron la cabeza al vernos y nos examinaron atentamente. El suelo de la jaula estaba cubierto por los huesos y plumas de aproximadamente quince tarns. Supuse que debía de tratarse de los animales de Marlenus y sus hombres, que se encontraban encerrados arriba, en el cilindro central. Privados de alimentos durante semanas, los tarns finalmente se habían abalanzado sobre sus compañeros más débiles. El hambre los había convertido en fieras incontrolables.

Quizá yo podría servirme de esto.

De alguna manera tenía que liberar a Marlenus. Sabía que si aparecía en el palacio, mi presencia debía resultarles inexplicable a los guardias, y que allí no podía hacerme pasar por mensajero de Pa-Kur. De alguna manera debía dispersar o abatir a sus guardias. De repente se me ocurrió un plan. Sin duda me encontraba ya debajo del cilindro central, y Marlenus y sus hombres debían de hallarse en alguna parte por encima de mí. Miré a mi alrededor. Una ancha escalera conducía hacia una puerta que seguramente constituía el acceso a la torre central. Satisfecho, comprobé que también era lo suficientemente grande como para el paso de un tarn. Por suerte, una de las puertas de la jaula de tarns se encontraba frente a la escalera.

Agarré el aguijón de tarn y desmonté. Subí las escaleras que conducían al portón del cilindro, hice girar la manivela y, en cuanto comenzó a moverse la pared, bajé apresuradamente la escalera, abrí la puerta de la jaula y me refugié detrás de ella. Pocos segundos más tarde, el primero de los enflaquecidos tarns asomó su cabeza por la puerta de la jaula. Me miró fijamente con ojos centelleantes. Para él yo significaba alimento, algo que podía matar y devorar. Caminó alrededor de la puerta y se dirigió hacia mí. Golpeé al agresor con el aguijón de tarn, pero el instrumento no parecía surtir efecto. El peligroso pico me volvía a embestir una y otra vez; el animal levantó sus poderosas garras. El aguijón de tarn me fue arrancado de la mano.

En ese instante una gran sombra negra terció en la lucha embistiendo con el pico y con las garras protegidas por el acero; mi tarn negro, en unos pocos segundos, transformó al agresor en un triste montón de plumas. Apoyando una de sus garras sobre el enemigo vencido, mi tarn lanzó el grito de guerra propio de su raza. Los demás tarns, que deseaban abandonar la jaula, titubearon. Entonces advirtieron la puerta abierta que conducía hacia el cilindro.

Entonces uno de los guardias descubrió la misteriosa abertura que de repente había aparecido en la pared y dio la señal de alarma. Uno de los tarns famélicos se arrojó sobre él, y el hombre gritó aterrorizado. Un segundo tarn llegó hasta la puerta y trató de quitarle su presa al primero. Otros hombres llegaron corriendo y de inmediato los tarns, casi enloquecidos por el hambre, se precipitaron hacia el cilindro. Desde la gran sala llegaron hasta mí terribles ruidos de luchas, gritos de hombres y tarns, silbidos de flechas, golpes violentos de alas y garras.

Después de algunos minutos conduje a mi tarn por la escalera y a través de la abertura. La gran sala, en la planta baja del cilindro, presentaba un aspecto espantoso. Quince tarns se encontraban posados sobre los restos de unos doce guardias. Varias aves estaban muertas; otras, alcanzadas por flechas, se movían convulsivamente en el suelo. No se veía un solo guardia vivo. Los supervivientes seguramente habían huido, quizá por la ancha escalera que, por la parte interior del cilindro, conducía hacia arriba.

Dejé mi tarn y subí los escalones con la espada desenvainada. Al acercarme a la parte del edificio reservada para uso particular del Ubar, distinguí a unos veinte guardias delante de una barricada compuesta de basuras y alambre de tarn. Algunos soldados habían luchado abajo contra los tarns; estaban bañados en sudor; sus ropas, destrozadas; sus armas, manchadas de sangre. Me veían como al responsable del peligroso ataque. Sin preguntarme acerca de mi identidad y sin ningún tipo de protocolo se abalanzaron sobre mí.

—¡Muere, Asesino! —gritó uno de los hombres, y me atacó con su espada.

Logré eludirlo y hundir mi espada en su pecho. Los otros hombres se me habían acercado. No recuerdo claramente los siguientes minutos; los recuerdo como fragmentos de sueño inconexos, absurdos. Los hombres me atacaron; mi espada, como guiada por el brazo de un dios, hacía frente a sus aceros, se abría camino hacia arriba. Uno, dos, tres contrincantes cayeron al suelo, y luego otro y otro. Yo atacaba, paraba los golpes, y volvía a atacar, mi espada relucía y bebía sangre nueva. Me parecía como si yo me hallara junto a mí mismo y me observara, Tarl Cabot, un simple guerrero, un solo hombre. En ese violento delirio de la lucha me parecía también que yo era muchos hombres a la vez, un ejército, que nadie podía hacerme frente, como si no me combatieran a mí, sino a algo intangible y a la vez irresistible, algo que tampoco yo podía percibir claramente, un alud, una tormenta, una fuerza de la naturaleza, el destino de su mundo, algo a lo que no lograba dar un nombre, pero que en aquellos instantes no se podía negar ni controlar.

De pronto me encontré solo en la escalera, rodeado de muertos. Tomé conciencia de que sangraba por varias heridas poco profundas.

Lentamente subí la escalera hasta alcanzar la barricada. Grité en voz alta: —¡Marlenus, Ubar de Ar!

Con alegría escuché la voz del Ubar. —¿Quién quiere hablar conmigo?

—¡Tarl de Bristol! —exclamé.

Silencio.

Limpié mi espada, la envainé y trepé por encima de la barricada. Lentamente descendí del otro lado y subí los escalones con las manos vacías; pasé la curva de la escalera y varios metros encima de mí apareció una puerta ancha, obstruida por muebles. Detrás de ese baluarte protector apareció el rostro macilento y la mirada siempre fogosa del Ubar Marlenus. Me quité el casco y lo coloqué sobre la escalera. Enseguida Marlenus se abalanzó a través de los obstáculos, como si no fueran otra cosa que leña menuda.

Nos abrazamos en silencio.

19 - EL DUELO

Acompañado de Marlenus y de sus hombres bajé apresuradamente a la sala principal del edificio. Las grandes aves, que habían saciado su hambre, se mostraban nuevamente accesibles a las órdenes de los hombres, y Marlenus y sus guerreros pronto lograron hacerse respetar con sus agujijones de tarn. A pesar de la urgencia de nuestra misión, el Ubar se tomó el tiempo necesario para levantar una baldosa y mover la manivela que se encontraba debajo. La puerta secreta, a través de la cual habíamos llegado, se cerró y guardó el secreto del túnel.

Llevamos a nuestros tarns a una de las grandes ventanas circulares del cilindro. Monté mi tarn y dejé que alzara el vuelo. Marlenus y sus hombres me imitaron. Un minuto más tarde habíamos alcanzado el techo del cilindro central y Ar se hallaba a nuestros pies.

Marlenus estaba informado, en términos generales, de la situación política. Lanzó una maldición cuando le informé acerca del destino que le aguardaba a su hija, pero no parecía dispuesto a acompañarme en el ataque al Cilindro de la Justicia.

—¡Mira! —exclamó Marlenus—. Las tropas de ocupación de Pa-Kur ya están en la ciudad. Los hombres de Ar entregan sus armas.

—¿No piensas salvar a tu hija? —pregunté.

—Toma todos los hombres que quieras —dijo— pero yo tengo que luchar por mi ciudad: mientras yo viva Ar no ha de caer.

Se acomodó el casco sobre la cabeza y se aprestó para la lucha. Momentos después su tarn salía volando.

Lo llamé, pero su decisión ya estaba tomada. Iba descendiendo hacia las calles de la ciudad para volver a movilizar a los ciudadanos de Ar, para exhortarlos a que se liberaran del yugo traicionero de los Iniciados. Uno por uno lo seguían sus hombres, un tamsman detrás de otro, todos dispuestos a morir con su Ubar. Y también yo habría volado con él, si un compromiso más elevado no hubiera requerido mi intervención.

Me aprestaba para la lucha. Sin grandes esperanzas conduje a mi tarn hacia el Cilindro de la Justicia. Mientras volaba observé, aterrado, cómo las hordas de Pa-Kur se apretujaban sobre los puentes del primer foso. La luz del sol brillaba sobre sus armas. Por lo que yo veía, no parecía que los vencedores fueran a respetar las condiciones de la capitulación. Esa noche Ar estaría en llamas; los cofres, vaciados; los hombres, apuñalados; las mujeres, en poder de soldados ávidos de placer.

El Cilindro de la Justicia era de mármol blanco. Su techo, sobre el que se encontraban unas doscientas personas, tenía un diámetro de aproximadamente cien metros. Distinguí las vestiduras blancas de los Iniciados y los uniformes de diversos colores de los soldados de Ar, y, como manchas negras en esa concentración, la ropa oscura de la Casta de los Asesinos. La punta de lanza, generalmente visible en lo alto del cilindro, había sido bajada. Cuando volviera a subir, sostendría el cuerpo de Talena.

Aterricé con mi tarn en el centro del techo. Gritando y lanzando violentas maldiciones, los hombres corrieron a refugiarse en un lugar seguro. En realidad, yo esperaba que me atacaran de inmediato, pero luego caí en la cuenta de que seguía llevando las ropas de mensajero.

Talena yacía en el suelo, con los pies y las manos encadenados. La punta de la lanza de ejecución se encontraba junto a ella. Cuando aterricé, también habían huido sus dos verdugos. La joven se encontraba casi al alcance de las alas del tarn, tan cerca y sin embargo tan alejada de mí.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó una voz acostumbrada a mandar. Pa-Kur se dio la vuelta.

Lo miré y sentí dentro de mí una furia inmensa, como de lava que pugna por salir: — ¡Hombres de Ar! —exclamé—. ¡Tened cuidado!

Con un gesto amplio señalé las multitudes armadas que avanzaban a través del campo, delante de los muros de la ciudad. Se oyeron gritos enfurecidos.

—¿Quién eres tú? —exclamó Pa-Kur, y desenvainó su espada.

Me quité el casco: —Soy Tarl de Bristol —contesté.

El grito de sorpresa y de alegría que lanzó Talena me tranquilizó indescriptiblemente.

—¡Empaladla! —gritó Pa-Kur.

En el momento en que avanzaban los dos robustos verdugos tomé mi lanza y la arrojé con una fuerza que a mí mismo me pareció increíble. La lanza cruzó el aire como un rayo, se incrustó en el pecho de uno de los verdugos, traspasó su cuerpo y se clavó en el corazón del otro.

Un silencio aterrorizado se apoderó de todos.

Desde abajo sonaban gritos débiles. Comenzó a olerse a quemado. Se oía estrépito de armas.

—¡Hombres de Ar! —exclamé—. ¡Escuchad! ¡Marlenus, vuestro Ubar, está preparado para la lucha por la libertad de Ar!

Los hombres de la ciudad se miraron entre sí.

—¿Queréis entregar vuestra ciudad? ¿Dejar a merced de los Asesinos vuestra vida y vuestras mujeres? —pregunté.

—¡Mueran los Iniciados! —exclamó un hombre y desenvainó su espada.

—¡Mueran los Asesinos! —dijo otro.

Los Iniciados retrocedieron aterrorizados. Como por arte de magia los hombres de la ciudad se iban separando de los otros guerreros. Desenvainaron sus espadas; pronto comenzó la lucha.

—¡Alto! —tronó una voz solemne y sonora. Todos se dieron la vuelta. El Iniciado Supremo de Ar avanzó majestuosamente entre los demás hombres. Era un hombre de rostro demacrado, increíblemente alto, de mejillas hundidas y bien afeitadas y ardientes ojos proféticos. —¿Quién pone en duda aquí la voluntad de los Reyes Sacerdotes? —preguntó.

Nadie respondió. Los hombres retrocedieron asustados, también Pa-Kur parecía intimidado. El poder espiritual de ese hombre flotaba en el aire en forma casi visible.

Si es la voluntad de los Reyes Sacerdotes —dije— provocar la muerte de una joven inocente, entonces yo me opongo a esa voluntad.

Tales palabras aún no habían sido nunca pronunciadas en Gor.

Sobre el cilindro reinaba un silencio absoluto. El Iniciado Supremo se volvió hacia mí y alzó un largo dedo esquelético.

—¡Muere por la muerte llameante! —dijo.

Mi padre y Tarl el Viejo me habían hablado de esa muerte, del destino legendario que aguardaba a todos los que se oponen a la voluntad de los Reyes Sacerdotes. Yo sabía muy poco acerca de los misteriosos Reyes Sacerdotes, pero creía que debían existir, ya que había sido traído a Gor mediante una tecnología avanzada. Por cierto que no los consideraba dioses, suponía más bien que eran seres vivos normales, bien informados acerca de los acontecimientos de este mundo y que de tiempo en tiempo les manifestaban su voluntad a los goreanos.

Esperé montado sobre el lomo de mi tarn.

—¡Muere por la muerte llameante! —repitió el anciano pero su voz se había vuelto insegura, su gesto tenía algo de patético.

—Quizá ningún hombre pueda conocer la voluntad de los Reyes Sacerdotes —dije.

—¡Yo dispuse la muerte de la joven! —gritó el anciano con vehemencia— ¡Matadla! —gritó a los que lo rodeaban.

Nadie se movió. Antes que alguno de los presentes pudiera detenerlo, le arrancó la espada a un Asesino, la cogió con ambas manos y se arrojó hacia donde se encontraba Talena. Temblaba histéricamente, sus ojos parecían los de un loco, su boca se contraía convulsivamente, su fe en los Reyes Sacerdotes había sido destruida. El anciano se preparó para el golpe que debía matar a la joven. Pero en ese instante se vio envuelto en un resplandor azulado, y ante el terror de todos, parecía que iba a explotar echando chispas como una bomba viviente. La masa en llamas, que una vez había sido un ser humano, no emitió ningún sonido; segundos después todo había concluido y un soplo de viento dispersó algunas partículas de ceniza por el techo.

Pa-Kur dijo con voz excesivamente tranquila: —La espada decidirá.

De inmediato me deslicé de la silla de mi tarn y desenvainé mi espada. Por lo que se decía, Pa-Kur era la mejor espada de Gor.

Momentos después se desencadenó una lucha violenta entre los Asesinos de Pa-Kur y los hombres de la ciudad, que respondieron con violencia al ataque repentino. Eran una minoría absoluta, pero yo estaba seguro de que sabrían defenderse.

Pa-Kur se aproximó precavidamente; confiaba en su destreza superior; sin embargo no quería arriesgarse.

Nuestras espadas se encontraban casi encima del cuerpo de Talena. Las puntas de las hojas se tocaron brevemente, una vez, dos veces. Pa-Kur hizo una finta, sin exponerse, sus ojos parecían observar mi hombro, registrando cómo paraba su golpe. Una vez más me puso a prueba y pareció satisfecho con el resultado. Luego probó metódicamente otros golpes; utilizaba su espada casi como una sonda. En una oportunidad lo atacué directamente. Con suma facilidad Pa-Kur desvió el golpe hacia un costado.

Finalmente retrocedió: —Puedo matarte —dijo, seguro de sí. Podía ser verdad, pero yo más bien tenía la impresión de que con ese comentario se proponía quitarle seguridad e iniciativa al adversario.

—¿Cómo podrás matarme si no te doy la espalda? —respondí. En esa calma exterior debía de encontrarse una pizca de vanidad.

Pero sólo coseché un breve centelleo de enfado en sus ojos, seguido por una agria sonrisa. Nuestros aceros chocaron, el intercambio de golpes era ahora más rápido. Empecé a preguntarme si su táctica respondía a un motivo especial, si sus pruebas cuidadosas habían dejado quizás al descubierto algún punto débil de mi defensa. Pero durante una lucha tales especulaciones son peligrosas. Quería concentrarme por completo en el movimiento de su espada, sin dejarme intimidar.

Comencé a presionarlo y él no se opuso; sin ningún esfuerzo paraba mis golpes, sin pasar por su parte a la ofensiva. Por lo visto deseaba debilitarme a fin de poder comenzar, sin correr ningún peligro, su propio ataque violento, que era legendario en Gor.

Mientras luchábamos, los hombres de Ar hacían retroceder una y otra vez a sus adversarios, pero desde el interior del cilindro emergían más y más partidarios de Pa-Kur. Era sólo una cuestión de tiempo que el último defensor de la ciudad fuera empujado por encima del borde del edificio.

Talena se había dado la vuelta y, a pesar de estar encadenada, ahora de rodillas, observaba el combate. El verla me dio nuevas fuerzas, y por primera vez creí notar que Pa-Kur ya no paraba mis ataques con la misma seguridad que al comienzo.

De repente se escuchó un ruido como de truenos en el cielo y una enorme sombra flotó sobre nuestras cabezas, como si el sol hubiera sido oscurecido por una nube. Pa-Kur y yo nos separamos y miramos precipitadamente hacia arriba. En nuestro duelo nos habíamos olvidado por completo del mundo exterior. Escuché entonces el grito alegre: —¡Hermano de espada! —¡Era Kazrak!

—¡Tarl de Ko-ro-ba! —exclamó una segunda voz familiar, la voz de mi padre.

El cielo estaba cubierto de tarns. Millares de aves enormes descendían sobre la ciudad, se derramaban sobre los puentes y las calles, se precipitaban entre las torres, que ya no estaban protegidas por redes de tarn. A lo lejos vi el campamento de Pa-Kur envuelto en llamas.

Un ejército irrumpió sobre los puentes del gran foso. En Ar los hombres de Marlenus por lo visto habían llegado a la puerta grande, pues se cerró lentamente, separando las tropas de ocupación de las hordas salvajes que quedaban fuera. La horda misma se sintió sorprendida y confundida, presa del pánico. Muchos tarnsmanes de Pa-Kur ya buscaban su salvación huyendo de la ciudad. Las tropas de Pa-Kur eran mucho más numerosas que las de los agresores, pero les faltaba algún tipo de liderazgo. Los hombres de Pa-Kur sólo sabían que habían sido sorprendidos y que ahora eran atacados por tropas disciplinadas, mientras que los tarnsmanes enemigos podían proceder sin trabas desde arriba.

El tarn de Kazrak había aterrizado en el techo del cilindro, seguido por mi padre y por otros cincuenta luchadores. Los Asesinos de Pa-Kur ya estaban entregando sus armas y eran rápidamente encadenados.

También Pa-Kur había visto todo esto antes de que volviéramos a enfrentarnos. Yo incliné mi espada al suelo, en gesto de gracia concedida al vencido. Pero Pa-Kur resolló despectivamente y volvió al ataque. Yo resistí con paradas diestras y después de un largo y violento intercambio de golpes, me di cuenta de que podía vencerlo.

Entonces fui yo quien tomó la iniciativa y empecé a empujarlo hacia atrás; paso a paso nos acercábamos al borde del cilindro. Le dije tranquilamente: —Puedo matarte—. Sabía que decía la verdad.

De un golpe hice saltar su espada, que cayó con estrépito sobre el suelo de mármol.

—Ríndete —dije— o coge tu espada.

Como una cobra lista para el ataque, Pa-Kur volvió a coger su arma. La lucha continuó; dos veces lo herí, la segunda vez casi alcancé la posición que necesitaba. Sólo faltaban unos pocos golpes y el Asesino yacería sin vida a mis pies.

Pa-Kur también pareció advertirlo, pues de repente arrojó su espada hacia mí. Me hirió en un costado y sentí el calor de la sangre que brotaba de la herida. Pa-Kur y yo nos miramos sin odio. Bien erguido y desarmado se encontraba de pie delante de mí.

—No seré tu prisionero —dijo. Se volvió y saltó al vacío.

Lentamente me dirigí hacia el borde del cilindro. No se veía nada del Asesino. Su cuerpo destrozado sería recogido allí abajo en las calles y empalado públicamente.

Envainé mi espada, fui hacia donde se encontraba Talena y deshice sus ataduras. Se encontraba junto a mí, temblorosa; la tomé en mis brazos:

—Te quiero —le dije.

Estábamos abrazados.

—Te quiero —susurró Talena.

Detrás de nosotros resonó la risa estrepitosa de Marlenus. Talena y yo nos separamos precipitadamente.

El Ubar me dio unas palmadas en el hombro. Luego se dirigió hacia donde se encontraba su hija y tomó su cabeza entre sus manos. —Sí —dijo, como si viera a su hija por primera vez—. Merece ser la hija de un Ubar. ¡Dadme muchos nietos!

Me volví. Mi padre me contemplaba cariñosamente. Del campamento de Pa-Kur, que se veía a lo lejos, no quedaba nada más que un resto de postes carbonizados. Las tropas de ocupación en la ciudad se habían rendido. Fuera de los muros la horda había entregado sus armas. Ar estaba a salvo.

Talena me miró. —¿Qué harás conmigo? —preguntó.

—Te llevo a Ko-ro-ba —dijo— A mi ciudad.

—¿Cómo tu esclava? —sonrió.

—Si me quieres tomar, como mi Compañera Libre.

—Te tomo, Tarl de Ko-ro-ba —dijo Talena— Te tomo como mi Compañero Libre.

Se rió y la coloqué sobre la silla de mi tarn.

—¿Eres un guerrero auténtico? —preguntó.

—¡Ya lo veremos! —respondí riendo.

Actuando según las rudas costumbres matrimoniales de Gor, ella se resistía, se retorció simulando no querer volar conmigo y yo la arrastré a la silla delante de mí. Con las muñecas y las piernas encadenadas, se encontraba acostada transversalmente sobre el lomo del tarn, una prisionera indefensa, pero prisionera por amor y por propia decisión. Los guerreros reían y Marlenus más que nadie.

—Me parece que te pertenezco, audaz tarnsman dijo— ¿Qué vas a hacer ahora conmigo?

En lugar de responderle tiré de la primera rienda y la gran ave se remontó a las alturas, casi hasta las nubes. Talena exclamó: —¡Ahora, Tarl!

Y aun antes de dejar la ciudad detrás de nosotros la desencadené y arrojé su manto a las calles para que su pueblo supiera qué había sido de la hija de su Ubar.

20 - EPÍLOGO

Ya es tiempo de que el redactor solitario de estas líneas termine su relato, sin amargura y sin resignación. Aún no he perdido la esperanza de poder quizá regresar algún día a Gor. Estos últimos párrafos los escribo en un apartamento en Manhattan en el sexto piso, alejado del tránsito de la calle. Brilla el sol y sé que en alguna parte detrás de él, contrapuesto a mi planeta natal, existe otro mundo. Y me pregunto si en ese mundo una muchacha, ahora una mujer, piensa en mí y en los secretos de mi planeta, acerca de los cuales le he hablado.

Mi destino se había cumplido: había servido a los Reyes Sacerdotes; un mundo se había modificado. No me necesitaban más y me enviaron de vuelta. Quizá los Reyes

Sacerdotes de Gor me consideraran peligroso, tal vez se dieran cuenta que yo no los adoraba, quizá también envidiaran mi amor por Talena.

Gracias a mi intervención, los ejércitos vencidos de Pa-Kur fueron tratados con mucha benevolencia. Se devolvieron las Piedras del Hogar de las Doce Ciudades Sometidas y se les permitió regresar a su patria a los guerreros de esas ciudades. La mayor parte de los mercenarios fueron retenidos durante un año como esclavos, y debieron rellenar los grandes fosos y túneles sitiadores y reparar los muros de Ar. Los oficiales de Pa-Kur no fueron empalados sino tratados como simples soldados. Los miembros de la Casta de los Asesinos tuvieron que trabajar como esclavos en las galeras. Extrañamente no pudo encontrarse el cuerpo de Pa-Kur.

Marlenus se sometió al Consejo de las Castas Elevadas de su ciudad. Si bien fue revocada la sentencia de muerte decretada por los Iniciados, fue desterrado de su ciudad por temor a su ambición de poder. Con unos cincuenta hombres leales a él se retiró a la Cordillera Voltai, desde donde puede divisar las lejanas torres de su ciudad. Allí probablemente reine aún hoy, un Iarl entre los hombres, un rey expulsado, para sus seguidores el Ubar por excelencia.

Las Ciudades Libres de Gor nombraron a Kazrak, mi hermano de espada, Administrador provisional de Ar, una decisión que más tarde fue ratificada por el Consejo Superior.

Cuando Talena y yo regresamos a Ko-ro-ba, se realizó allí una gran fiesta para celebrar nuestra unión como Compañeros Libres. Se declaró un día festivo y la ciudad entera lo celebró. Hasta Torm, el viejo Escriba, me dio la alegría de dejar de lado sus pergaminos para compartir mi felicidad.

Aquel día Talena y yo nos juramos fidelidad eterna. He tratado de cumplir esta promesa y sé que ella también lo ha hecho. Esa noche maravillosa estuvo colmada de flores, antorchas y vino Ka-la-na, y después de las dulces horas del amor nos dormimos tiernamente abrazados.

Habría sido unas semanas más tarde cuando volví a despertar con una sensación de frío y rigidez en las montañas de New Hampshire, cerca de la meseta donde había aterrizado la aeronave plateada. Vestía la misma ropa de excursión que había llevado en aquella oportunidad; ahora me parecía tosca y estrecha. Los hombres mueren, pero no por el corazón destrozado, porque si eso fuera cierto yo hace tiempo que estaría muerto. Dudé que estuviera en mi sano juicio; tenía el temor de que todo lo ocurrido no fuera más que un sueño terrible. Estaba solo en medio de las montañas, sentado, con la cabeza apoyada en las manos.

Me levanté con el corazón oprimido. Entonces vi, junto a mi bota en el pasto, un pequeño objeto redondo.

Caí de rodillas, lo tomé en la mano y las lágrimas rodaron por mi rostro; mi corazón experimentó la alegría más triste que un hombre puede conocer. En mi mano sostenía el anillo de metal rojo, que llevaba el sello de Cabot, el regalo de mi padre. Me corté la mano con el anillo y reí de alegría cuando sentí el dolor y vi la sangre. El anillo era realidad y yo estaba despierto, y existía una Contratierra y una muchacha llamada Talena.

Cuando regresé a la ciudad comprobé que había estado fuera durante siete meses. No me deparó mayores dificultades simular una amnesia y ¿qué otra explicación habría podido dar sobre el tiempo transcurrido? Pasé algunos días bajo observación en un hospital y luego fui dado de alta. Decidí que al menos provisionalmente me mudaría a Nueva York. Mientras tanto, mi puesto en el college había sido ocupado. Además no sentí deseos de regresar; hubiera tenido que explicar demasiado.

Le mandé a mi amigo en el college un cheque en pago por su equipo para acampar que había sido destruido por la carta azul. Tuvo la amabilidad de ocuparse de que enviaran a la nueva dirección mis libros y otros objetos de mi propiedad. Al transferir mi cuenta bancaria, comprobé con sorpresa que habían aumentado considerablemente los

fondos de mi Caja de Ahorros. Desde mi regreso de la Contratierra no he tenido pues necesidad de trabajar. He aceptado algún puesto ocasionalmente, pero sólo trabajos que me gustaban y que en cualquier momento podía dejar. Me dediqué a viajar, leo mucho y me mantengo en forma. Hasta he llegado a ingresar en un club de esgrima para mantener alerta mi ojo y fuerte mi brazo. A pesar de que la hoja diminuta, en comparación con la espada goreana, apenas se siente en la mano.

Han pasado seis años desde que regresé de la Contratierra, mientras tanto parece que no envejezco exteriormente. He estado pensando sobre esto y lo he relacionado con la misteriosa carta de mi padre que llevaba fecha del siglo diecisiete. Quizá los sueros de la Casta de los Médicos tienen algo que ver al respecto, no lo sé.

Dos o tres veces al año regreso a las montañas de New Hampshire para contemplar la gran roca chata y pasar una noche allí, y para tratar de divisar, quizás, el disco plateado en el cielo, en el caso de que los Reyes Sacerdotes quieran volver a llamarme a su mundo. Pero si esto ocurre, lo harán conscientes de que yo no estoy dispuesto a ser una simple pieza de su gran juego, ¿Quién o qué son los Reyes Sacerdotes para determinar de tal modo la vida de otros, para dominar un planeta, infundir terror a las ciudades de un mundo, condenar a hombres a la muerte llameante y separar a quienes se aman? No importa cuán tremendo sea su poder, alguien tiene que desafiarlos. Si vuelvo a contemplar alguna vez los verdes campos de Gor, sé que trataré de resolver el enigma de los Reyes Sacerdotes. Me internaré en las Montañas Sardar y me enfrentaré con ellos, quienesquiera que sean.

FIN